

MUNDIAL

MAGAZINE



PUBLICATIONES
ALFRED & ARMAND GUIDO
6, Cité Paradis - Paris

"MASS & C^o"

Los últimos 9, Place de la Madeleine

CAMPEONATOS

han sido ganados con la raqueta

"MASS & C^o"

Adoptada por los mejores jugadores de Francia y del ... extranjero ...



CELEBRE
RAQUETA

- Campeonato de Francia
- Campeonato de Suecia
- Campeonato de Hungría
- Campeonato de Inglaterra
- Campeonato del Mundo
(Wimbledon)
- Campeonato del Mundo
(sobre tierra blanda-Paris)

"MASS & C^o"

MUNDIAL

En boga en París - los deliciosos perfumes de
MONNA VANNA

Monna-Vanna!
j'ai deviné ses parfums gasants!

A. Ehrmann.

AMBREDOR
BOUQUET CAVALIERI
LA-VIOLETTE CARUSO
LA-ROSE MONNA VANNA
LE BAISER SUPRÊME
MADAME etc. etc.

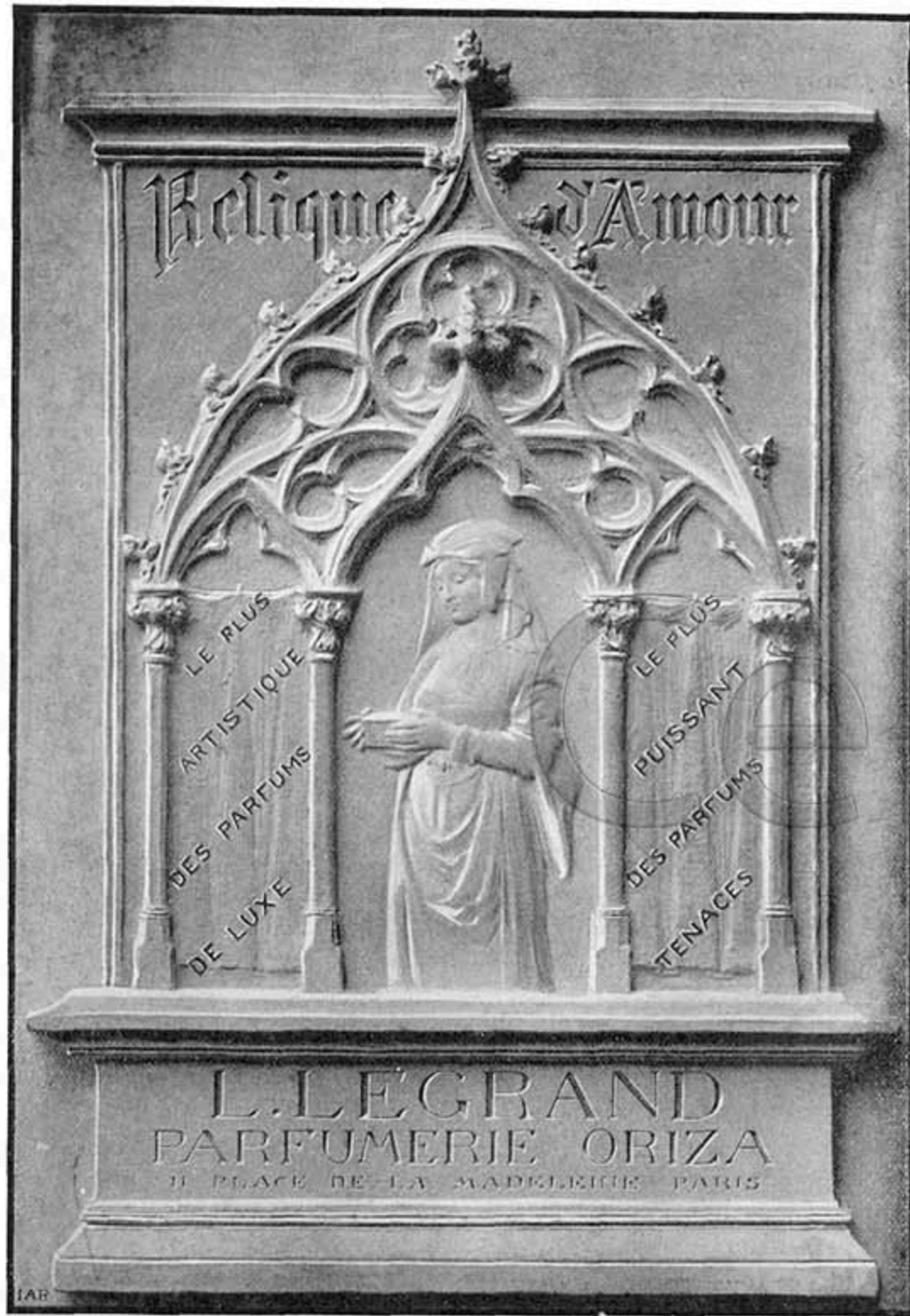
PARFUMERIE MONNA-VANNA
PARIS-NEUILLY, 122. Rue Borghèse.

ROSA CARUSO
MADAME
BRISA ECUATORIAL
MAGNATICO

VIOLETA CARUSO
MADEMOISELLE
BOUQUET CAVALIERI
ADIVINADOR

REPRESENTANTE EN
BUENOS-AIRES
Alex. R. ZOCCOLA. // // Lima 486.

DEPOSITARIO EN
MONTEVIDEO. (Casa TOGORES.)
Francisco L. Cabrera, Suc. // Sarandí 685/7.



PETROLEO GAL



lo mejor para el pelo

Pedidos al por mayor á E. GAL, fábrica de perfumeria
 MADRID

"SWAN SAFETY"



PORTA-PLUMA RESERVOIR CON PLUMA DE ORO Y PUNTA DE IRIDIO

MODELO REGULAR PARA HOMBRES

MODELO DE SEGURIDAD PARA SEÑORAS

MARIE TODD & C^o, 79-80, High Holborn, LONDON :: A. K. WATTS, 106, rue de Richelieu, PARIS



LINCRUSTA-WALTON Est

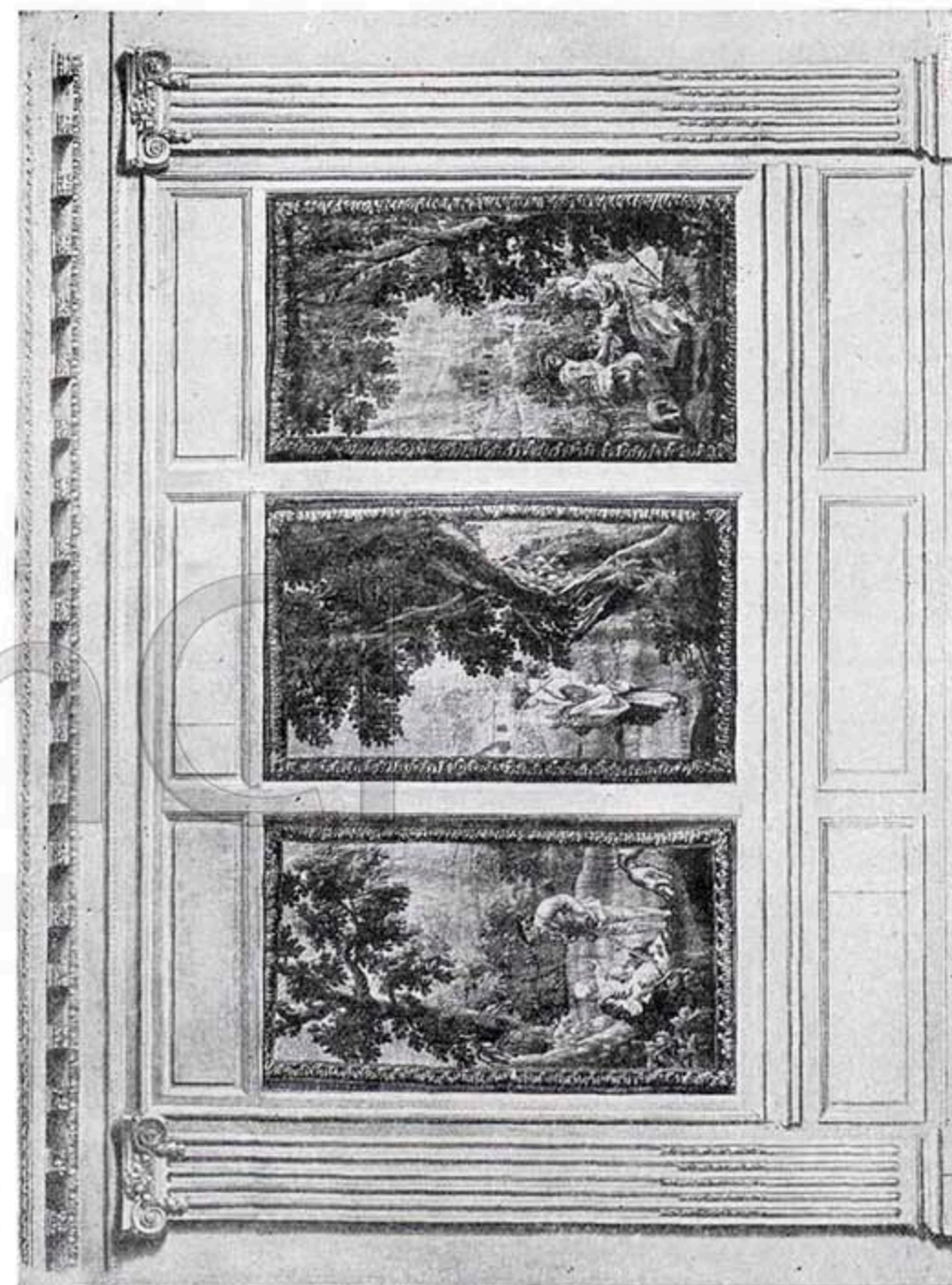


AGENTE EN RIO DE JANEIRO
(BRASIL)

Ed. SCHMIDT
117, Avenida Central

MERCIER FRÈRES

100, Faubourg Saint-Antoine, PARIS



SERIE DE SIETE MAGNIFICAS TAPICERIAS EPOCA LUIS XV

de conservación perfecta

EXPUESTAS EN SUS SALONES

.. .. Elegante
Residencia de Campo

COMPIÈGNE

A distancia de hora
.. y media de Paris ..

Situada en la
linde
del bosque.
Servida
por trenes
expresos.



Excelentes
caminos
de
automóvil.

... HOTEL Y ...
RESTAURANT **ROND ROYAL** Lugar de reunión de
todas las elegancias.

GANT NEYRET

MARQUE  DÉPOSÉE

17 Rue d'Uzès
PARIS

FABRICACIÓN FRANCESA
DE GUANTES DE PUNTO
Especialidad en guantes de seda pura

Se vende en todos los almacenes importantes.

i sereis bellas!
J.F. Rimerin

Los productos de Belleza **EPIDERMIA** hermocean sin pintar

Bozongles en un minuto da á las uñas el brillo esplendido de la ágata; quita las envidias, se emplea sin pulidor, resiste 8 dias al lavarse, al jabón y al alcohol.

El Secreto de J.-F. RIMERIN
Os quita las PECAS
RESULTADO GARANTIZADO

KISS-ME. colorete natural para los labios.
Permanece un dia completo.

BELPO ==> Polvos de arroz liquidos, insuperablos <== **DUVET D'AMOUR**

<== **MOUSSE - PRINTEMPS** ==>
Nieve imponderable y divinamente pertumada. Fija los polvos sin formar parches

De venta en los buenos almacenes de novedades, perfumerias, droguerias, farmacias de España y del Extranjero, en los cuales se hacen aplicaciones y pruebas gratuitas.

Pedid nuestro folleto gratuito: "Sereis bellas", por J.-F. RIMERIN

Depositarlo en España: Eug. SARRA, 7, Ronda de San Pedro, BARCELONA
Depósito general: EPIDERMIA, seccion E, 134, Rue Saint-Maur, PARIS



Goerz TENAX

Cámaras manuales de gran precisión para todos usos fotográficos

Ultimo modelo:
Taro-Tenax Goerz 9x12 cm
con tenastigmático Goerz

De venta en todos los comercios del ramo

Notas de precios gratis

Optische Anstalt **C. P. GOERZ** Aktiengesellschaft
Berlín - Friedenau

VIENA PARÍS LONDRES NUEVA YORK

PIDASE EN TODAS PARTES
EL EXQUISITO

ANIS REQUENA

Gran diploma de Honor - Gran premio -
en la Exposición de Buenos-Aires - en la Exposición del Tibidabo -
1910 - 1911

REQUENA é HIJOS
TARRAGONA --
-- -- (España).



Los Maravillosos

PERFUMES GODET

Teléfono 582-33
PARIS-NEUILLY

Las concentradas de flores - Las solas que no manchan

SOUS-BOIS
El perfume de moda, fresco, persistente, inimitable

EXQUISITÉ
ENVOI de FLEURS
Las dos mejores creaciones de la perfumeria francesa



EVIAN-LES-BAINS

La más bella entre las estaciones veraniegas, junto al lago de Ginebra. Lugar de cita para la más alta sociedad francesa y extranjera.



TEMPORADA
Mayo - Octubre

ESTABLECIMIENTO
TERMAL

CASINO Y TEATRO

TIRO DE PICHON

TENNIS Y GOLF

CAZA Y PESCA

ALPINISMO

Bebed agua "EVIAN-CACHAT"

SOCIEDAD FRANCESA
:: DE ESCULTURA ::
DE ARTE EN MARMOL

Preferido por lo mejor de la Colonia Sud-Americana

GRUPOS, ESTATUAS, BUSTOS
:: PARA DECORACIONES ::
DE SALAS Y SALONES

Fuera de Concurso 1910

FIGURAS, VASOS, FUENTES
DE GRANDES DIMENSIONES
:: :: :: PARA :: :: ::
VESTIBULOS Y JARDINES

Catálogo ilustrado, precio 2 francos,
á las personas que lo soliciten

TRABAJOS DE MARMOLERIA, PRECIOS
Y PROYECTOS SEGUN PLANOS

Galerie Félix Cavaroc & C^{ie}, 10, Rue de la Paix, Paris



B.R.C

LUZ PARA

AUTOMOVILES

FAROS

GENERADOR ALPHA

DYNAMO

DEPOSITOS Y CONCESIONARIOS

ARGENTINA } BANQUE AUTOMOBILE 731 Maipú BUENOS-AIRES
A & G. CAHEN 1135, Carlos Pellegrini, "
LABORDE & C^{ia} 368, San Martín, "
RECHT & LEHMANN 815, Concallo, "

ESPAÑA } BLANC FRÈRES, 57, Calle de Alcalá MADRID
PORTUGAL }
MEJICO DE LOS RIOS, 153, Av. Hombres Ilustres, MEJICO

B.R.C

RODRIGUES, GAUTHIER & C^o
67, Boul^d de Charonne, PARIS.

POUDRE GERMANDRÉE

Secret
de beauté



Exclusivo para todo el Brasil :
PERIANDROS, Sté Anme, PARIS
Agente en Rio de Janeiro :
S. H. SEABRA, rua de S. Pedro, 84-Sob^o

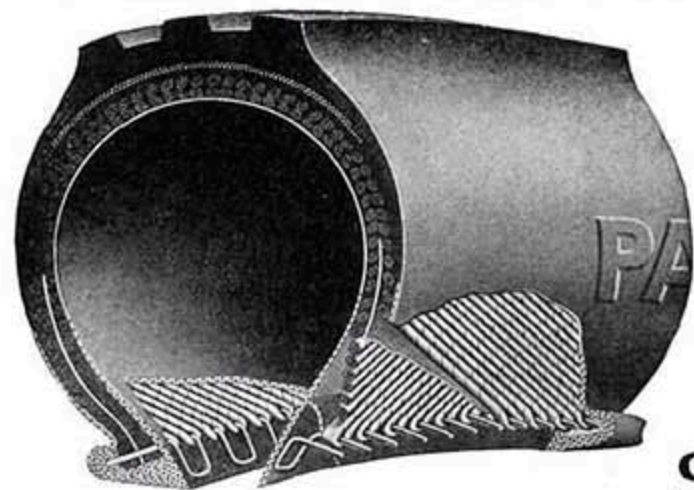
LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS,
:: FUNDADA EN 1864, EN PARIS, ::
:: RUE DE L'ARCADE, 59 ::

CAPITAL: 12.000.000 COMPLETAMENTE
:: :: :: VERTIDOS :: :: ::
CONJUNTO DE GARANTIA: 80.000.000
La compañía ha pagado desde su
fundación más de doscientos mi-
:: :: llones de siniestros :: ::

Seguros contra accidentes de todas
naturalezas: Automóviles — Do-
mésticos — Individuales — Respon-
:: :: sabilidades — Civiles :: ::

Condiciones especiales para seguros tempo-
rales á los extranjeros que residen en Francia.

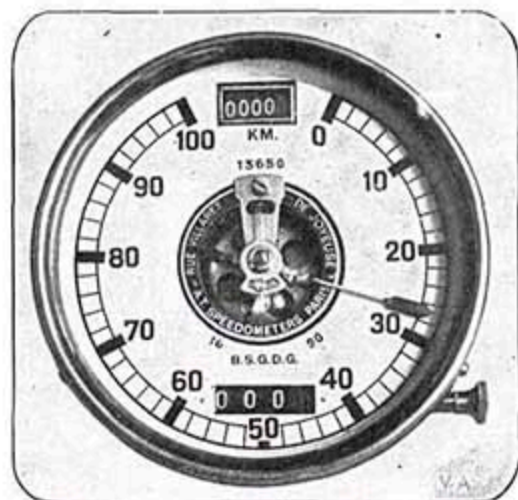


De construcción diferente
é incomparable resisten-
cia son los neumáticos

con cuerdas

PALMER

152, avenue Malakoff, Paris



El **SPEEDOMETER**

A.T.

PARA

AUTOMOVILES

es el Contador más **EXACTO**

el más **ELEGANTE**

De venta en todas partes

el más **DURABLE**

PEDIR EL CATALOGO ILUSTRADO A :

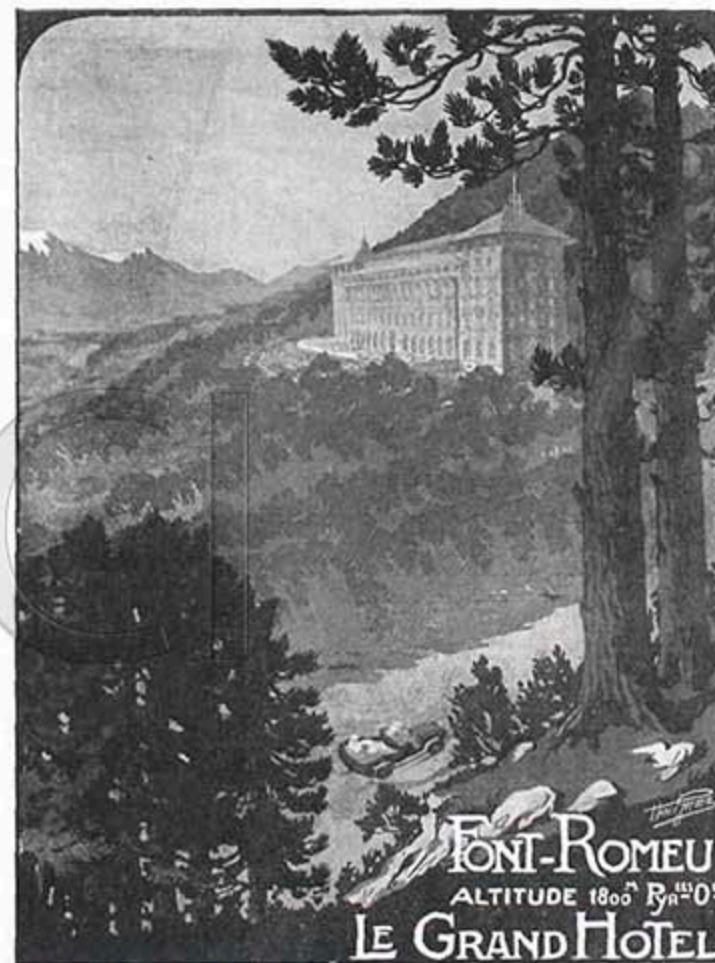
LOUIS A. WERNER, 38 bis, Av. de la Grande-Armée
PARIS

FONT-ROMEU (Pirineos-Orientales)

La estación climatérica más bella de Europa.
A 1.800 metros de altura

EL GRAN HOTEL

Propiedad de la Sociedad de Ferro-carriles y de los Hoteles de Montaña en los Pirineos.
Servida por medio de la Estación de Odeillo-Via-Font-Romeu.
Autobus à todos los trenes.



INSTALACION DE PRIMER ORDEN

INSTALACION DE PRIMER ORDEN

200 habitaciones, de las cuales 130 para viajeros y las restantes para dependencia y servidumbre. Cuartos de baño; agua fría y caliente; pila de baño y W. C. particulares.

SALONES :: CIRCULO :: CASINO

Luz eléctrica — Ascensores — Garage — Teléfono — Telégrafo
Intérpretes para todos los idiomas.

Magnífico centro de excursiones. — Punto de partida para los servicios de AUTO-CARS sobre la Carretera de los Pirineos.

AUTOMOVILES :: CABALLOS :: GUIAS :: DEPORTES DE INVIERNO

Messine-Automobile
6^{me} Rue Treillard
Tél 558-09

S^{TE} G^{LE} DES AUTOMOBILES INDUSTRIELS
PARIS

Messine-Automobile
6^{me} Rue Treillard
Tél. 558-09



Alquiler de Coches
de Gran Lujo
Garaje, Reparaciones, Cambios



Vehículos Berliet
Camiones Omnibus
Coches de las mejores marcas

Manufactura de Lámparas para Gas y Electricidad

CHARLES BLANC

PARIS - 42, Boulevard Richard-Lenoir - PARIS



Los Almacenes de
lámparas más im-
portantes de París

Grandes premios
en las Exposiciones
de Bruselas, Turin
:: y Roubaix ::

UNO DE LOS SALONES DE EXPOSICION

Envío franco de los Catálogos • Gas N° 74 • Electricidad N° 75

El mejor y el más completo de los diccionarios españoles.

Exito Inmenso.

PEQUEÑO LAROUSSE ILUSTRADO



Contiene, en un magnifico volumen de 1.528 páginas :

El vocabulario completo del diccionario de la Academia Española, con las palabras técnicas y científicas, y los modismos vulgares de uso corriente; las palabras extranjeras adoptadas por el uso; los sinónimos; los proverbios; y la gramática con la conjugación de los verbos, así como más de 9.000 americanismos.

Las locuciones latinas y extranjeras.

Un diccionario histórico, geográfico y literario, especialmente documentado para todo lo que se refiere a España y a la América española.

Un compendio enciclopédico sumamente sustancial.

5.900 grabados, 200 cuadros enciclopédicos, muchos de ellos en colores, y **102 mapas**, de los cuales **7 tirados en color.**

Encuadernado en tela (tapas artísticas en tres colores) . . . 9 frs.

Elegantemente encuadernado en piel, con título dorado . . . 12 frs.

(Añádase 1 franco para gastos de correo)

De venta en todas las librerías y en la

Librería LAROUSSE, 13-17, rue Montparnasse, Paris (6^o)

Se envía prospecto muestra a quien lo solicite

Reproducción en tamaño muy reducido.
(Dimensiones reales 13,5 x 20 1/2.)

VICHY-HOTEL RUHL

Situado entre los dos parques, enfrente del Casino



Cuenta 300 cuartos con salas de baños, instalados con todo el confort moderno.

APERTURA : MAYO 1913



¡ CUIDADO, SEÑORA !

Vd. empieza a engordar y engordar es envejecer. Tome pues, todas las mañanas en ayunas, dos grajeas de **THYROIDINE BOUTY** y su talle se conservará esbelta ó volverá a serlo.

MEDICAMENTO EFICAZ E INOFENSIVO Exigiendo: Thyroidine Bouty. Para recibir gratis el Folleto explicativo, dirigirse: Laboratorios BOUTY, 3^{ra} Rue de Dunkerque, PARIS.



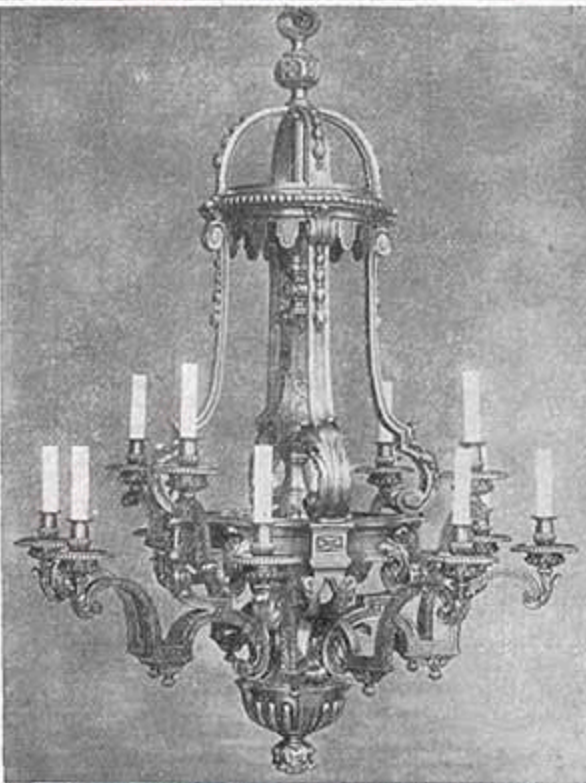
ARTICULOS DE ARTE
EN HIERRO FORJADO
Y BRONCE

H. VIAN
HAAS & Cie Succ.

5, rue de Thorigny, 5
(Hôtel de Juigné)
PARIS

MARMOLES - BARROS

Especialidad en reproducciones de
modelos antiguos.



HALL DU VOYAGE

18, rue des Pyramides, PARIS

FABRICA
de MALETAS, SACOS y VALIJAS
CESTAS para TÉ y LUNCH

MALETAS ARMARIOS de todos modelos

Las más ligeras

Las más robustas

Las más prácticas

MARROQUINERIA

RELOJERIA



LOS SAQUITOS
PARA
EL TOCADOR
DEL
Doctor DYS

Dan á la piel un frescor delicioso. Protegen la piel del aire vivo de los primeros días de primavera, y conservan la belleza y la dulzura de la juventud. Envío franco del librito explicativo, dando toda clase de detalles sobre los productos del Doctor Dys. Se suplica mencionar el nombre de "Mundial".

V. DARSY
54, Faubourg Saint-Honoré
PARIS

NEW YORK, 14, West 47 th Street.
S. PESSL. — VIENNE, 28, Kärntnerstrasse.
BUDAPEST, 19, Váci utca.
G. LOHSE. — BERLIN W., Jägerstrasse.

Evitar las imitaciones.



**AMOUR
DE NYMPHES**

PARFUMERIE D'ESTRÉE
16 Rue St-Croix de la Bretonnerie - PARIS

A. Ehrmann.

DEPOSITARIOS EN MONTEVIDEO :

Casa TOGORES — F. L. CABRERA, Suc., Sarandi 685-7

**LA REINA
DEL ALUMBRADO ELÉCTRICO**



*Si l'auto lumineuse passe,
Resplandissante et faisant fi
De la nuit, comme de l'espace
C'est grâce à la Dynamo Phil...*

Hugues DELORME.

FAROS BLÉRIOT
Y
DINAMOS 14, 16, R. Duret, PARIS

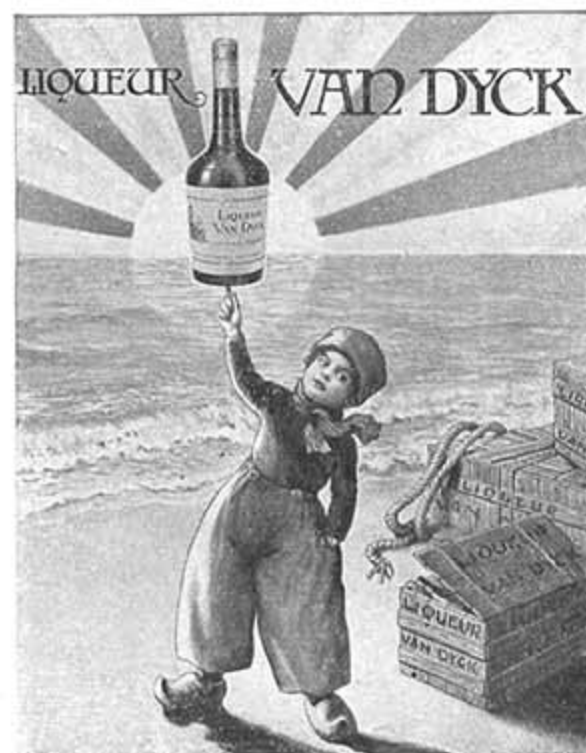
Envío del Catálogo y proyectos, franco, á quien los solicite



**AUTOMOBILES
KOECHLIN**

15 HP SIN VALVULAS. - 2 Tiempos

— Últimas Perfecciones. —



78 bis, Avenue Henri-Martin, PARIS
 DEPOSITARIOS PARA:
 ARGENTINA: CABEZAS, PAZOS & Cia. Suipacha. 14 y 26, Buenos Aires.
 URUGUAY: B. & N. SOLARI, Salto.

**RMSP THE ROYAL MAIL
STEAM PACKET CO**

VAPORES de LUJO
Salen de
**SOUTHAMPTON
 y CHERBOURG**
Cada Viernes para
**BRASIL ARGENTINA
 y URUGUAY.**

Touchando en
**ESPAÑA, PORTUGAL
 y MADERA**

Agentes en Paris
Geo. DUNLOP & Co. 4 Rue Halévy

MVSEVM

REVISTA MENSUAL
 DE ARTE ESPAÑOL
 ANTIGUO Y MODERNO Y DE
 LA VIDA ARTISTICA CONTEMPORANEA



III AÑO:

1912

NÚM 5

MVSEVM es la única revista puramente artística en lengua española, que se publica en Europa y América.

MVSEVM es la mejor publicación de arte que ve la luz en los países de origen latino, según lo atestigua la prensa competente de Europa

MVSEVM manda gratuitamente números de muestra a las personas que lo soliciten

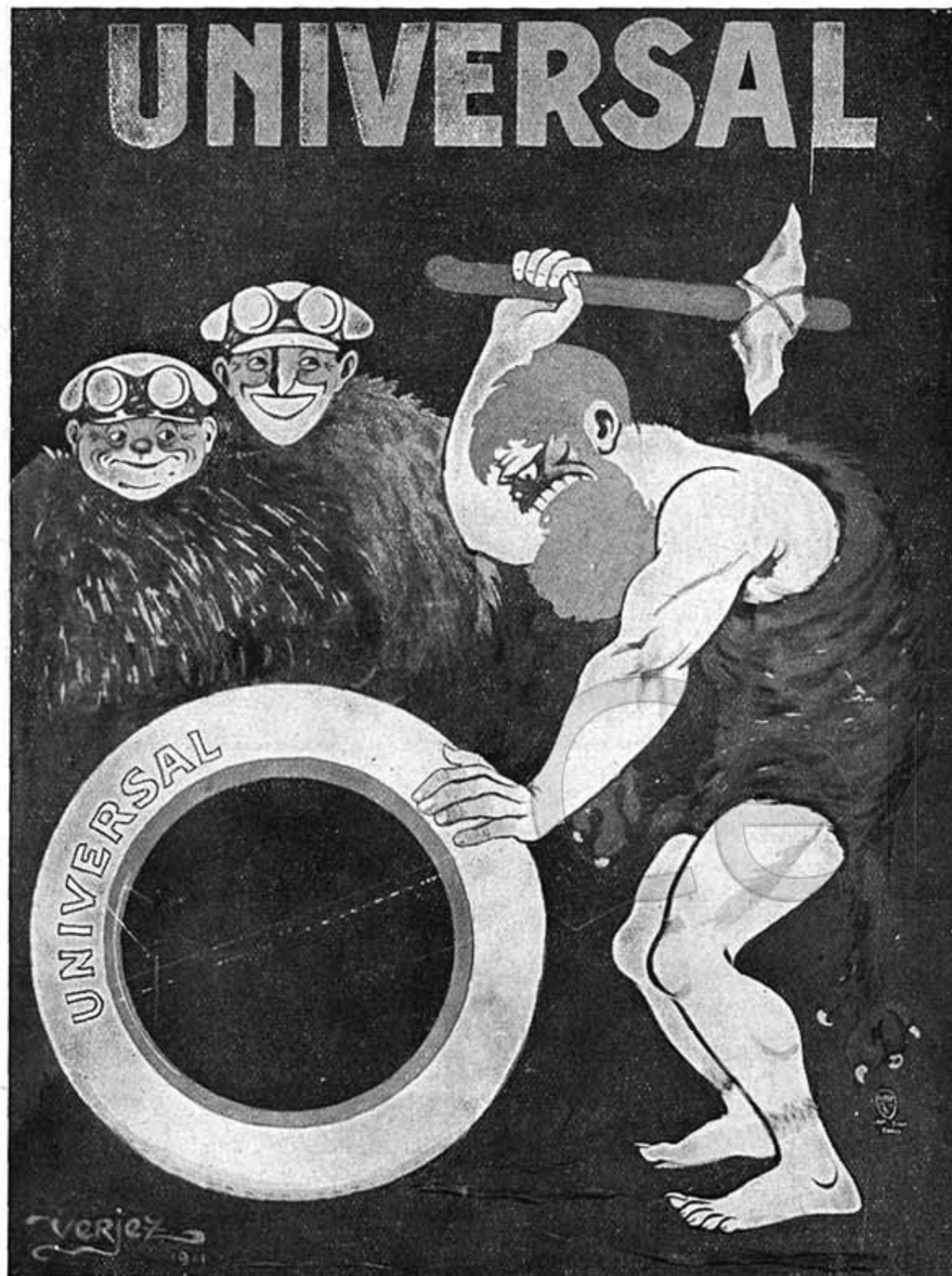
MVSEVM publica informaciones e investigaciones sobre pintura, escultura, arquitectura, arqueología, cerámica, vidriería, numismática, orfebrería, xilografía, arte industrial, tapices, bordados, decoración de interiores, etc., etc.

MVSEVM publica dos ediciones, una en castellano y otra en francés.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

España, un año.	20 pesetas.
Extranjero	25 francos.
Número suelto	2 pesetas.
Número suelto en el extranjero	2 fr. 50.

Administración. c. Mallorca, 291. — Barcelona — (España)



NEUMATICO UNIVERSAL

169 - BOULEVARD PÉREIRE - PARIS

— FAROS — DUCELLIER

— PARA —
AUTOMOVILES
— DE —
GRAN LUJO
Y CARRUAJES



**LOS FAROS DUCELLIER
TIENEN EL BRILLO DEL SOL**



ZAPATERIA DE LUJO **COSTA**
 .. 277, Rue Saint-Honoré, Paris ..



PARFUM
 DU CHEVALIER
 D'ORSAY

17 rue de la Paix - Paris

PERFUMERIA

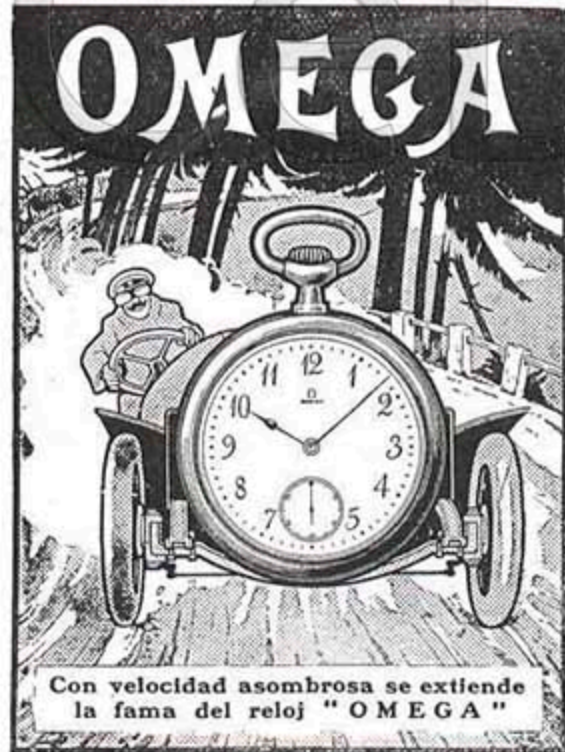
EXTRA-FINA



T. JONES
 23, Boulevard
 des Capucines
PARIS

Veni - Vici
 &
Gai - Paris

PERFUMES INCOMPARABLES



OMEGA

Con velocidad asombrosa se extiende
 la fama del reloj "OMEGA"

De venta en todas las
 .. principales relojerías ..

Publicaciones ALFRED & ARMAND GUIDO, 6, Cité Paradis, PARIS

MUNDIAL
 MAGAZINE

Dirección telegráfica :
SANTAGUIDO-PARIS

Director literario :
RUBEN DARIO

Secretario de la Redacción :
CARLOS LESCA

TELEFONOS
 Dirección y Administración :
 Louvre 0-36
 Redacción y Publicidad :
 Bergère 43-34

SUSCRIPCIONES

FRANCIA
 6 Meses.. .. 6 fr. 50 | Un Año. 12 fr.
 EXTRANJERO
 6 Meses.. .. 9 fr. 50 | Un Año. 18 fr.
 NUMERO SUELTO
 Francia. 1 fr. | Extranjero .. 1 fr. 50

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio
 todos los números extraordinarios que se publiquen.

AGENTES DE PUBLICIDAD PARA

- ARGENTINA : Guinzú & Carranza. - Tucumán 1335. - Buenos-Aires.
- ALEMANIA : Haasenstein & Vogler. -- Leipzigerstrasse, 31 & 32 - Berlin.
- BRASIL : Alfredo D. de Luzuriaga, Rua do Rozende, 58 A. - Rio-de-Janeiro.
- ESPAÑA : Empresa de Anuncios, Rialp. -- Rambla de Cataluña, 14 - Barcelona.
- FRANCIA : Hoteles y estaciones balnearias : "Société Européenne de Publicité", 11, Rue Drouot, Paris.
- INGLATERRA : South American. Press Agency Ltd, 1, Arundel Street. - Londres W. C.
- ITALIA : Giancarlo Madon, Casella Postale. 239, Milano.
- SUIZA : Robert Hug, Hauptpostbox 6206. -- Zurich.

Venta exclusiva y suscripciones para España, América latina é Islas Filipinas : Sociedad de Ediciones Louis-Michaud, 168, Boulevard Saint-Germain, Paris.

En PARIS, se encuentra de venta en todos los kioscos del Bulevar y en los Grandes Hoteles, así como en las principales librerías, igualmente que en nuestras oficinas, 6, Cité Paradis.



- HAITI
- HONDURAS
- MEJICO
- NICARAGUA
- PANAMA
- PARAGUAY
- PERU
- PUERTO RICO
- PORTUGAL
- REPUBLICA DEL SALVADOR
- URUGUAY
- VENEZUELA

SUMARIO

CUBIERTA. — Retrato de Mlle. B..., por C. J. WATELET.

Cuadro expuesto en la exposición de los Artistas Franceses del año actual.

LA NOVELA DE JUANILLO , por MAX HENRIQUEZ UREÑA, ilustraciones de FALGAS...	199
EN LAS ERAS , poesía, por LA HIJA DEL CARIBE...	205
EL CONCURSO LITERARIO DE "MUNDIAL" ...	206
EL CENTENARIO DE WAGNER , por MAX...	207
LOS HILOS DE LAS MARIONETAS , por ANTONIO G. DE LINARES...	213
EL SEXTO SENTIDO , por AMADO NERVO, ilustrado por FALGAS...	226
CABEZAS. "GRAÇA ARANHA" , por RUBEN DARIO...	240
VELADA DE VENUS , poesía, por OSVALDO MAGNASCO...	242
ESTRAZILLA , continuación de la novela de JOSÉ ORTEGA MUNILLA, ilustrada por PARYS...	246
ASTORGA Y LEON , por JOSÉ SANCHEZ ROJAS...	258
EL CONJURO , por AMICHATIS, con ilustraciones de BASTÉ...	263
LA PRIMERA VERBENA QUE DIOS ENVIA , por GREGORIO CAMPOS...	267
ENTRE DOS PATRIAS , por ENZO ALOISI BARONTI, cuento ilustrado por SYROVY...	273
INFORMACIONES AMERICANAS , por EDUARDO HERRERA...	279
CURIOSIDADES LITERARIAS , por RUBEN DARIO...	284
EL TEATRO EN PARIS , por E. GOMEZ-CARRILLO...	287
EL ENCANTO DE LOS MUEBLES ANTIGUOS ...	291

(No se devuelven los originales.)

En el próximo número :

HOMBRES Y PAJAROS, por RUBEN DARIO. — **EL ENCANTO DE MASR-EL-KAIRA**, por ENRIQUE GOMEZ-CARRILLO. — **TRES SONETOS INEDITOS**, de JULIO HERRERA Y REISSIG. — **COMO RECORRI LAS CAPITALS EN AEROPLANO**, por BRINDEJONC DES MOULINAIS.

NOTA. — La abundancia de originales nos obligó á suspender por este mes la publicación de nuestra novela "Tarde". En el número de Agosto encontrarán nuestros lectores la continuación de la obra de JORGE HUNEUS.



JUANILLO era el Benjamín de aquel grupo de muchachos que, ebrios de juventud y de poesía, nos reuníamos en la redacción del « Siglo Nuevo » á charlar de literatura y de amor.

Comenzábamos á vivir. Nos atrevíamos á todo. Aquél presumía de tallar el soneto con refinamientos de orfebre ; el otro gustaba de peinar las largas trenzas de la oda ; el de más allá tenía ya trazado el plan de una tragedia ó de un drama... A quien, por voto unánime, habíamos consagrado novelista, era á Juanillo, el cual había escrito dos cuentos que mirábamos como pequeñas obras maestras.

— Sí, es verdad — decía Paco Téllez, re-

torciéndose con esmero su esperanza de bigote — cada cual tiene su vocación. Yo nací dramaturgo. Juanillo nació novelista, y nada más que novelista.

Y Juanillo, abriendo desmesuradamente sus grandes ojos expresivos, murmuraba :

— ¿ De qué sirve tener esas dotes en un medio como éste, donde no hay asuntos ?

— ¡ Protesto ! — gritaba Romero, incipiente autor de comedias de costumbres — en Cuba sobran asuntos, pero se necesita saber observarlos bien. La novela genuinamente cubana todavía no se ha escrito. Debe ser una novela de corte nuevo, que copie con enérgicos relieves el carácter nacional.

— ¡ Bien hablado ! — dijo Paco Téllez. — No tendríamos por eso perdón de la posteridad si, habiendo entre nosotros un novelista de condiciones superiores, no lo impulsáramos á ser el creador de esa novela nueva, de la novela nacional.

— A Juanillo, lo que le hace falta es ponerse en contacto con la vida cubana —

ratificó Romero. — Pasa el tiempo enfrascado en lecturas de autores franceses ó rusos, los cuales describen un medio que él no conoce, y en cambio no ve pasar la vida real, no se da cuenta de lo que tiene ante su vista...

Y cuando, á la caída del sol, íbamos en busca de aire fresco al paseo del Malecón, para mitigar un tanto el calor mortificante del trópico, recreando al mismo tiempo nuestra vista con la contemplación de los automóviles y coches que hacían desfilar ante nosotros el mundo de la Habana, esto es, sus personajes, sus figuras conocidas, sus diversos elementos representativos, insistíamos con Juanillo para que observase la realidad, para que prestara atención á los tipos diferentes que pasaban confundidos en la muchedumbre, y tomara de allí los elementos indispensables con que forjar la novela genuinamente nacional.

Juanillo, instigado de esta suerte á diario, tomó en serio su papel de observador. Mientras los demás discutíamos y gesticulábamos, él solía quedarse callado, atento al transitar de los vehículos, ó al tardo cruzar de los paseantes de á pie. Muchas veces, con toda gravedad, sacaba su cartera de apuntes y escribía algo. Romero, con cara de triunfo, decía :

— ¡ Ya verán si hay asuntos en la vida cubana! ¡ Apuesto á que Juanillo, en quince días, ha anotado más de cien...

— No — contestó Juanillo secamente — son notas al vuelo sobre gestos, expresiones, movimientos... que me servirán para la construcción sintética de los personajes...

Y se quedó mudo nuevamente, abstraído en graves reflexiones, mirando tenazmente al suelo. Una mulata, que pasaba luciendo ricos atavíos, le lanzó una mirada codiciosa, y le dijo bruscamente :

— ¡ Jesús, cara simpática ! ¿ Qué te pasa ? ¿ Se te ha perdido algo ?

Juanillo, sin proferir palabra, sacó su cartera y escribió. La mulata se alejó sonriendo...

— ¡ Bruto ! — exclamó Romero. — Debiste seguirla. Era una conquista fácil, que te hubiera enseñado á conocer el alma del pueblo...

— No — dijo Juanillo — el escenario de mi novela es la clase acomodada... Ya tengo el asunto.

— Bueno — contestó Romero — pero luego escribirás otras obras...

— Por ahora, debo concentrar todas mis energías en la primera que preparo. Tengo dividido así el tiempo que debo dedicar á esta novela : un año para observar y perfec-

cionar el plan, un año para escribirla, y un año para retocarla.

Nuestro entusiasmo fué indescriptible. ¡ Por fin ! ¡ Ya estaba en marcha la novela de Juanillo ! La posteridad nos agradecería, á más de la obra propia de cada uno, la novela de Juanillo, que sentíamos tan nuestra, por haber colaborado á ella con nuestro empeño y nuestro estímulo.

— ¿ Y cómo se llamará la novela ? — exclamó Paco Téllez.

— *Vidas inútiles.*

Un domingo, á la hora en que el sol, incrustado como gigantesca medalla áurea sobre el plafón impecablemente azul de un cielo sin nubes, se aproximaba á su ocaso, nos hallábamos, según nuestra costumbre inveterada, sentados junto á la glorieta del Malecón. El paseo estaba ese día extraordinariamente animado.

— ¿ Quién es aquella hermosa muchacha que va en automóvil, vestida de rosa ? — inquirió, acercándosenos, el poeta Arnaldo Narváez.

Paco Téllez, que siempre andaba á caza de chismes sociales, replicó :

— No he podido averiguarlo, pero hace poco tiempo que llegó á la Habana. Quizás sea una provinciana que viene á la capital en busca de marido. La otra noche, en una tanda de cinematógrafo del Nacional, me fijé en ella... ¿ Sabes quién estaba á su lado ? Zúñiga, el cronista de *El Diario*... Y verás lo que pasó...

— ¡ Adiósos ! — gritó en esto Romero, saludando á una parvada de jovencuelos alegres que iban en automóvil. Y luego, riéndose : — Valiente grupo de *desprestigiados*... Dios los cría...

— No seas escandaloso — interrumpió Juanillo, quitándose ceremoniosamente el sombrero. — Mira que detrás va el Secretario de Obras Públicas, que es amigo mío...

— Vamos, hombre, ahora quieres darte importancia...

— No, es que iba con sus hijas...

— ¡ Ah ! ¿ Esas flacuchas que van allí ?... Pues de nada les ha servido lo que ha robado el padre : no engordan...

— ¡ Hazme el favor !...

Bruscamente, Juanillo cortó la conversación, para ir al encuentro de dos elegantes damas que bordeaban la avenida, á pasos lentos.

— ¿ Quiénes son ? — me preguntó Paco Téllez.

— ¿ Cómo ? ¿ No las conoces ? La señora y la hija del magistrado Pacheco. Si



Créame, Ureña, Uds hacen mucha poesía, y de poesía no se vive.

Juanillo tarda, iré á hacerles compañía. Es gente muy amable y culta.

— ¡ Calle ! ¡ Es verdad ! ¿ Aquella señorita es Julieta ? ¡ Diantre ! Si hace tres años era una chicuela...

— Desengáñate, Paco, nos vamos poniendo viejos. Lo menos diez años llevamos á esa joven... ¡ Y no hemos hecho nada todavía ! Siquiera Juanillo, cuando alcance nuestra edad, habrá escrito una novela, quizás dos...

— ¿ Qué habrá ido á hacer Juanillo ? ¿ Le interesarán las de Pacheco ?

— ¡ Psché ! Habrá ido á hablar del compromiso del viejo Domínguez, el catédrico, con Juanita Vázquez ; á decir pestes de la ópera que trabaja en Payret ; ó á comentar veladamente la fuga de la señora de Menéndez con el petardista Arriatúa...

— Puede... — dijo Romero — aunque á la gente de Pacheco no le gusta hablar de vulgaridades... Pero yo me atrevo á apostar, á que Juanillo se ha acercado á esa gente con el propósito de acumular materiales de observación para su novela. Recuerden que el asunto se desarrollará en la clase acomodada... Juanillo observa y estudia. Está decidido á trabajar de veras, sobre el molde macizo de la realidad...

Y Romero, contento de su frase, la cortó con un gesto elegante de despedida, y se alejó encendiendo un cigarrillo...



No pasaron muchos días, sin que la cara soñadora y pálida de Julieta Pacheco asomase de nuevo junto al rostro complaciente y satisfecho de su elegante mamá, por la orilla del Malecón. Juanillo y yo acudimos presurosos á saludarlas. La conversación de la señora Pacheco me agradaba, y no traté de disputarle á Juanillo, la compañía de Julieta. La señora Pacheco tenía el arte de saber conversar, y ponía en ello verdadero *esprit*. Julieta, en cambio, era una niña romántica, de charla insustancial, que vivía suspirando por un mundo mejor.

Creo que el único que conocía, en nuestro grupo, á Juanillo, era yo. Juanillo era un sentimental. Juanillo era un romántico. Por eso, no me extrañó ver que su rostro redondo é imberbe adquiría una intensa expresión de arrobamiento, mientras Julieta le contaba sus ensueños de niña bien educada...

La señora de Pacheco, entretanto, me hablaba de cosas prácticas :

— Créame, Ureña, Uds. hacen mucha poesía, y de poesía no se vive. Es lo que le decía yo á Juanillo el otro día, cuando vino á salu-

darnos. Por cierto que Ud., ni siquiera por cortesía se acercó un momento...

— He reparado esa omisión...

— Bueno. Indultado queda. Pues, como le iba diciendo, es lástima que jóvenes de talento como Uds. no se decidan á labrarse una posición seria, que les permita más tarde trabajar con sosiego y conquistarse un nombre... Vienen los años, se acaban las fuerzas, y ya es muy tarde para empezar á abrirse un puesto brillante en la sociedad. Además, que tarde ó temprano encuentra cada cual la media naranja que le falta, y es muy triste renunciar á la dicha por no tener siquiera lo necesario para el sustento, aun á trueque de un nombre literario bien adquirido.

Y levantó alegremente la sombrilla, para saludar á dos señoras que pasaban en elegante carruaje...

— ¡ Adiós ! ¡ Adiós ! Allá van las de Hiráldez. Sigamos. Aconséjele á Juanillo, que es buen muchacho y le queremos mucho, para que se haga abogado. Es lo que anoche me decía mi esposo : « Podría ser una gloria del foro, y eso no le impediría serlo de las letras... »

Y como yo hiciera ademán de despedirme, la señora de Pacheco exclamó :

— ¡ Ah ! ¿ Pero ya se van Uds. ? Hasta la vista, entonces, soñadores. Vayan por casa, que nos tienen olvidadas... Ahora recibimos los viernes.

Juanillo y yo nos alejamos Paseo de Martí arriba. Eché mi diestra sobre el hombro de mi amigo, y le pregunté :

— ¿ La quieres ?

Me miró sorprendido de que hubiera adivinado su secreto, y dijo, haciendo un gesto teatral :

— Es encantadora... ¿ verdad ?



Un mes después, se publicó en las crónicas de sociedad de todos los periódicos de la Habana el compromiso de Juanillo con la hija del magistrado Pacheco. En la forma pomposa en que se anunció el compromiso, hablando de Juanillo como de una « esperanza del foro », me pareció ver la habilidosa ingerencia de la señora Pacheco...

Efectivamente, Juanillo nos había dado á conocer ya su propósito de seguir la carrera de abogado, pues el magistrado Pacheco quería que su yerno fuese un hombre de provecho...

— Una vez que concluya mi carrera y se realice mi boda — agregó Juanillo — escribiré mi novela *Vidas inútiles*. Iré acumulando observaciones y datos, y después tra-



Me quedé mirándole sin decir palabra.

bajaré en ella con entera calma. No es posible escribir buenas obras sin gozar de cierta tranquilidad y de ciertas comodidades materiales...

Miré absorto á Juanillo ; me parecía estar oyendo á la señora de Pacheco !

II

Vino entonces para Juanillo una época de consagración absoluta á los estudios universitarios. Había contraído un compromiso solemne, y tenía que cumplirlo. Sólo esperaba obtener el diploma de Doctor en Derecho Civil para casarse con Julieta. El magistrado Pacheco, con sus influencias, su prestigio y sus vastas relaciones, le daría impulso efi-

ciente al bufete del joven abogado. Los cronistas de sociedad, guiados hábilmente por la señora Pacheco, hablaban ya de Juanillo como de una « inteligencia privilegiada, que había abandonado la literatura para consagrarse al estudio de la ciencia jurídica ». Antes de que Juanillo concluyese su carrera, la cual iba realizando brillantemente, ya la gente de Pacheco había logrado difundir el concepto de que Juanillo era, « á sus pocos años », una autoridad indiscutible en materia civil.

Dejó de ir Juanillo por el « Siglo Nuevo ». Romero, por su parte, fué nombrado Inspector de Escuelas en Pinar del Río. Narváez, no sé hacia donde fué, pero desapareció. La revista languidecía. La vida, con sus imperativos categóricos, nos fué disgregando.

Yo me decidí á completar rápidamente mis estudios, mucho antes comenzados, para alcanzar el doctorado en Derecho Público. Y logré, merced á un padrino político influyente, ser nombrado segundo secretario de Legación en Europa.

En la Universidad, por donde pasé como una exhalación, logrando aprobar en un solo año las asignaturas que me faltaban, vi á menudo á Juanillo, que desde hacia tiempo no visitaba el « Siglo Nuevo ». Estaba un poco enflaquecido por las vigias, pero en el brillo de sus ojos se adivinaba una voluntad firme. Estudiaba de veras: no se hubiera atrevido á presentarse, como yo, á examen, con un vistazo sintético de las asignaturas.

— ¡ Chico! — me decía — ¡ tú sí eres atrevido! Yo no puedo hacer eso. Además, yo necesito conocer á fondo el derecho, porque tengo un gran compromiso que cumplir. Creo que la vida material me será relativamente fácil. Mis esfuerzos serán compensados con creces...

— ¿ Y tu novela?

— ¡ Ah, sí! *Vidas inútiles*. Deja que me gradúe y disponga de un poco de tiempo. Todo el aprendizaje que hago ahora de la vida, me será útil para esa empresa...

Partí, poco después, á ocupar mi cargo. Al principio, Juanillo y yo nos escribíamos con suma frecuencia. Después, las cartas escasearon. Comprendí que Juanillo no tenía más preocupación inmediata que los estudios, y que el escribir le representaba desgaste de tiempo y energías.

Yo, en tanto, laboraba. Hojeando los incunables de una biblioteca de Alemania, sentí acrecentarse la afición que de niño profesé á los estudios históricos, y me dediqué á ellos con ahínco, publicando varios libros que me consolidaron en mi carrera. Fui ascendido á Primer Secretario de Legación, y después á Encargado de Negocios.

Años después, cuando resolví regresar á Cuba, por consejo de amigos influyentes que, á merced de los últimos cambios políticos querían lograr mi exaltación á Ministro Plenipotenciario, el « Siglo Nuevo » había muerto; los muchachos se habían dispersado á los cuatro vientos; Juanillo me había enviado hacía tiempo su escuela de matrimonio con Julieta.

Una de mis primeras visitas, al llegar á la Habana, fué para él. No me sorprendió que el coche que me conducía, se detuviese ante una espléndida residencia del Paseo de Mar-

tí. Ya me habían dicho que Juanillo era hombre de posición holgada. Un criado ceremonioso me hizo pasar al salón.

— Entregue esta tarjeta al doctor...

El salón era confortable. Los muebles, armoniosamente escogidos en un solo estilo, le daban relieve aristocrático. Las lujosas alfombras ponían en el recinto un rojo color triunfal.

No pasaron dos minutos sin que una voz, de antiguo conocida, pero más viril y recia, me llamase familiarmente:

— Pero chico ¿ qué es eso? Supe que pensabas venir, pero nadie me pudo decir cuándo, ¡ venga esa mano!

Me hallaba enfrente de un señor grueso que, cubierto con un elegante payama, con gorro y pantuflas, me recordaba algo al Juadillo de años atrás.

Me quedé mirándole sin decir palabra. El interpretó mal mi actitud, y dijo en tono de excusa:

— Chico, no te quise hacer esperar, y he salido como estaba. Figúrate que hoy no pensaba recibir á nadie, porque estoy estudiando un expediente muy interesante... Vamos á la biblioteca, que estaremos allí mejor.

Pasamos á una habitación contigua, llena de sol y de vida. En los anaqueles, los libros, mostrando sus colores diferentes, daban al salón una tonalidad alegre, como para festejar la gloria de la mañana.

— Siéntate — dijo Juanillo, señalándome un cómodo butacón. Ya he sabido de tus triunfos. Me dicen que ahora te van á hacer Ministro...

— Es probable. ¿ Y tú?

— Yo no me puedo quejar. Terminé mi carrera en tres años. Me casé enseguida. Tengo dos hijos y otro que se anuncia ya... He tenido que luchar, ciertamente. Mi suegro no es rico, y sólo ha podido ayudarme con su prestigio y con su influencia. Ha sido preciso abrirse paso. ¿ Sabes lo que es sostener un hogar, con un nuevo hijo cada año? Y esto, manteniéndose en una posición decente y holgada que aumente el crédito social. Tengo que vivir con cierta ostentación, y aun á veces con lujo superfluo. Afortunadamente, nunca me ha faltado trabajo. Me caen muchos asuntos, casi no doy abasto para despacharlos. No me queda un minuto libre. ¿ Quieres fumar?...

Juanillo, mientras encendía un puro, se repantigaba en su sillón de cuero, poniendo las piernas en cruz. Todo cuanto era viveza juvenil en el Juanillo de otro tiempo, había desaparecido. Los grandes ojos, fatigados por el excesivo trabajo, tenían cierta va-

guedad trivial; parecía como si Juanillo no atendiese lo que le decían. Del labio superior brotaba un mustio bigote achinado. El abdomen había adquirido extraordinario desarrollo. Pero Juanillo parecía estar muy á gusto en su sillón de cuero.

— ¿ Y... tu novela? — me aventuré á preguntar.

— ¿ Qué novela? — dijo él, como si cayese de las nubes.

— ¡ Chico! ¿ No recuerdas? El proyecto del « Siglo Nuevo ». Creo que pensabas ponerle: *Vidas inútiles*...

— ¡ Ah! ¡ Sí! — dijo Juanillo con un ligero fruncimiento de cejas. — ¿ Quién habla ya de eso? ¿ Acaso tengo tiempo? Ya ni siquiera leo literatura. ¿ Qué quieres? No he podido escribir mi novela: *la he vivido*.

Comprendí. Era la confesión de su renunciamento. Una voz un tanto agría — voz

de ama de casa atareada — dijo en la estancia vecina:

— ¡ Juanillo, el chocolate!

Y Juanillo contestó alegremente:

— ¡ Ven acá, Julieta, que te guardo una sorpresa!

La puerta se abrió. Una señora gruesa, que en nada recordaba á la niña romántica y pálida del Malecón, apareció en el umbral, con un robusto niño entre sus brazos. De sus labios descoloridos, marchitos para la pasión, brotó un grito:

— ¡ Cómo! ¿ Cuando llegó Ud.?

Y mientras yo corría á estrechar ceremoniosamente la diestra del ama de la casa, Juanillo se acercó á nosotros, arrastrando ligeramente sus pantuflas, y empujándose con suavidad hacia el comedor, exclamó:

— ¡ Vamos allá, vamos á tomar el chocolate!

MAX HENRIQUEZ UREÑA.

(Ilustraciones de Falgás.)

EN LAS ERAS

Es en tierras de Castilla y en un campo de trigales: los arados, hondos surcos han trazado en el terreno, y regada la simiente por los rústicos bancales han crecido las espigas bajo un cielo azul sereno. Encorvados á la tierra, sin parar, los segadores, con las hoces, que parecen medias lunas en sus manos, van segando, cual la muerte que destruye los amores, las espigas, que en el suelo desparraman rubios granos. Un zagal, sobre la estiva de la miés, recién cortada, canta dejos melancólicos de añoranzas pastoriles, suena el eco del cencerro que conduce la manada que retorna lentamente á dormir en los rediles. Las mujeres, con los brazos enarcados como asas, sosteniendo en la cabeza los botijos rezumantes, y la pierna dura y firme, y los ojos como brasas, Hebes rústicas parecen con sus ánforas goteantes. Ya los bueyes de los carros se desuncen fatigosos, se les ve jadear disnéicos con los ojos entornados, y las jóvenes parejas, entre duos amorosos, van camino de sus casas, jugueteros y enlazados. En el campo queda sólo una calma enervadora, la avecilla vuelve al nido que dejara presurosa, y la luna, en su creciente, aparece triunfadora tras la curva de la sierra como el hombro de una diosa.

LA HIJA DEL CARIBÁ.

Nuestro Concurso Literario

El día 30 del pasado mes de Abril quedó definitivamente cerrado nuestro Concurso, en lo que se refiere á los temas de *poesías, cuentos y comedias*.

Los originales, escrupulosamente ordenados, se remitieron inmediatamente al jurado, que, según se anunció repetidas veces en estas columnas, está constituido del siguiente modo :

Presidente : D. Rubén Darío.

Vocales :

D. Enrique Gómez Carrillo, D. Ricardo León, M. Martinenche,
D. Amado Nervo.

Secretario : D. Carlos Lesca.

Este jurado trabaja desde hace un mes en su labor de clasificación, y á pesar del enorme número de originales que ha de examinar, y de lo excepcionalmente concienzudo que ha de ser el fallo, creemos de seguro poder anunciar el resultado definitivo de los Concursos de Poesía, Cuento y Comedia, en nuestro número de Agosto próximo, en cuyas páginas aparecerán los nombres de los autores premiados, y de aquéllos cuyas composiciones merezcan especial mención.

Respecto al concurso de novelas, recordamos que el plazo de admisión de originales quedará definitivamente cerrado el 31 de Julio próximo, y como es lógico, el fallo del jurado tardará bastante tiempo en ser conocido, tanto á causa de la mayor prórroga, como en razón del mayor trabajo que exige el examen de los manuscritos.

Nuestros premios son :

Para la mejor poesía..	500 francos.
Para la mejor comedia	1.000 francos.
Para el mejor cuento.	1.000 francos.
Para la mejor novela.	4.000 francos.



EL CENTENARIO DE WAGNER

« Admiro las obras de Wagner, pero no profeso ni profesaré jamás la religión Wagneriana. »

CAMILLE SAINT-SAËNS.



El 22 del pasado mes de Mayo hizo un siglo que nació Wagner. Tal fecha da lugar á evocaciones sin cuento. En los escenarios alemanes, junto á la obra inmortal del maestro, renace su obra olvidada: aquella que tal vez hubo de costarle mayor esfuerzo, por haber puesto en ella mayor y mejor parte de su alma. En todos los centros literarios y artísticos, en estos días, se habla de Wagner, de su labor gigantesca y de su influencia trascendental... Hablemos pues aquí también de Wagner; pero como acerca del músico y del dramaturgo se ha dicho cuanto hay que decir, y algo más también, platiquemos acerca del hombre, y recordemos de su existencia lo que fué trivial, lo que fué penoso, lo que, en suma, fué humano...

La vida íntima de Wagner no se envuelve, como la de tantos otros hombres superiores, en nieblas de misterio. Las *memorias*, escritas casi al día por el autor de *Parsifal*, son prolijas, y con frecuencia fatigosas; pero al menos no dejan lugar á la más pequeña duda, que, de existir, se desvanecería ante la numerosa y extensísima correspondencia privada que del maestro se conserva, y en la que salen á la luz del día sus penas más hondas, sus dudas más calladas, y sus amores más secretos... Parece como si aquel hombre inmenso hubiera tenido de su grandeza propia tan alta idea, que cifrara todo empeño en que los detalles más nimios de sus jornadas quedaran escritos para devoción de los humanos, de los míseros humanos que, para llegar á comprenderle á medias, según él, necesitaron de tanto tiempo y de tan obstinados esfuerzos...

« Me llamo — escribe en sus memorias el coloso — Guillermo Ricardo Wagner, y nací en Leipzig el 22 de Mayo de 1813. Mi padre, que era escribano, murió á poco de yo nacer, y mi madre casó en segundas nupcias con Luis Greyer. Era éste un excelente hombre que escribía comedias, las representaba, y pintaba él mismo las decoraciones. Quiso hacerme pintor, pero hubo de convenirse pronto de que yo no tenía ninguna vocación para el dibujo. Cuando Greyer murió, cumplía yo siete años. Había aprendido á interpretar en el piano algunas composiciones, muy populares entonces, y la víspera de su muerte, mi padrasto me rogó que tocara, para distraerle. Descando complacerle, me senté ante el clave. Luego de escucharme, el moribundo dijo á mi madre: — ¡ Puede ser que este muchacho tenga facilidad para la música!... »

« A los nueve años entré en la Kreuzschule de Dresde, y entregado por completo á mis estudios no volví á pensar en aquella profecía. Por entonces, dos hermanas mías estudiaban el piano; yo prestaba siempre gran atención á sus ejercicios, pero no tomaba parte en las lecciones. Nada me producía, sin embargo, una emoción tan grande, como el escuchar la partitura del *Freischütz*. Diariamente, Weber cruzaba por delante de nuestra casa, al volver de los ensayos, y yo le aguardaba siempre para verle pasar, con el respeto que producen las cosas sagradas.

« Esta afición me hizo solicitar de uno de mis maestros el que me diera algunas lecciones de piano. Un día me esforzaba yo en improvisar el canto del *Freischütz*, cuya música no había podido conseguir; llegó en tanto mi profesor quien, luego de escucharme durante un rato, me dijo que nunca podría hacer cosa de provecho. Esto me obligó á de-



Wagner en 1882. — Su último retrato.

La madre de Wagner en 1812.

sistir de mi empeño, y renuncié á nuevos ensayos. »

En efecto, en lo sucesivo, Wagner consagró todos sus afanes al estudio del latín, del griego y de la mitología. Pero un incidente de la vida de colegio había de señalarle una nueva y definitiva orientación. Murió uno de sus condiscipulos, y el director de la Kreuzschule impuso á sus alumnos, como ensayo literario, la composición de una poesía dedicada al amigo que todos acababan de perder. Entre los trabajos presentados, el de Wagner mereció ser designado como primero, y ganó el premio que consistía en ser impreso y publicado. Esta victoria inclinó hacia la poesía los afanes del espíritu inquieto é innovador que animaba al entonces futuro gran artista, quien aprendió en poco tiempo el inglés, sólo para poder leer y traducir á Shakespeare.

« En esta época — sigue diciendo Wagner — hice el boceto de una tragedia á imitación de « Hamlet » y del « Rey Lear ». En el transcurso del drama morían *cuarenta y dos personajes*, y al llegar al último acto, para que no quedara la escena desierta, tuve que hacer resucitar á varios muertos que volvieron á aparecer bajo la forma de espíritus. »

En la preparación de esta terrible obra,

cuyo destino ignoramos, trabajó Wagner durante dos años. Luego, la familia del incipiente dramaturgo abandonó su residencia para trasladarse á Leipzig, y al cambiar de colegio Wagner sufrió una gran decepción, ya que sus nuevos profesores le asignaron una clase más atrasada de la que acababa de cursar en Dresde. Merced á esta circunstancia, el estudiante desatendió sus trabajos de griego y de latín, por fortuna, y en cambio concentró todas sus energías en la labor dramática, única que seguía interesándole grandemente.

Huyendo siempre del enojo que le producían las aulas, asistió Wagner á los famosos conciertos del Gewandhaus, en donde se interpretaba la obra de Beethoven. Las audiciones del Maestro de maestros produjeron en Wagner un verdadero deslumbramiento, y decidieron de su vocación musical, como la lectura de Shakespeare había decidido de su vocación poética.

« Alquilé — escribe — un método de armonía, y me puse á estudiar con ahinco. No fué el aprendizaje tan rápido como yo lo esperaba, pero las dificultades me servían de estímulo, y estaba seguro de llegar á ser compositor. »

Tenía entonces Wagner quince años, y en

este punto dió principio su verdadera carrera artística, fundiéndose en una sola las dos grandes llamas de inspiración musical y poética, que encendieron, en su espíritu poderoso y amplio, los genios propicios é imperecederos de Beethoven y de Shakespeare.



Era lógico que la nueva concepción del drama musical ideado por Wagner, se estrechase contra la rutina del antiguo género de Opera italiana, y que la crítica, que en todo tiempo hizo labor negativa, declarara una guerra sin cuartel al innovador.

De lo que fué aquella contienda, y de la voluntad de acero que necesitó Wagner para imponerse y triunfar, dan ligera idea estos pintorescos retazos de su vida, conservados en sus propias memorias, ó evocados por el recuerdo de sus contemporáneos.

He aquí como describe el propio Wagner su llegada á París, y sus primeros pasos en la capital francesa.

« Con impaciente curiosidad aguardaba yo la llegada al París de mis sueños. La primera impresión que me produjo fué altamente desfavorable, y contrastó con el recuerdo de grandiosidad que Londres acababa de dejarme. Todo me pareció pequeño y estrecho, en París, y los famosos bulevares me causaron una gran decepción. La habitación que me había sido reservada en la rue de la Tonnellerie me hubiera parecido intolerable, á no ver en la fachada, y junto á mi ventana, una lápida con la siguiente inscripción : « — Aquí nació Molière ». Esto me pareció de buen agüero, pero al contemplar desde el balcón el in-

menso hormiguero humano que me rodeaba, no pude menos de pensar en lo incierto y aventurado de la suerte que había de aguardarme. »

Mas allá, al dar cuenta del mal éxito de sus primeros pasos, Wagner añade :

« Recibí una carta de recomendación que me enviaba Meyerbeer para M. Duponchel, director del Teatro de la Opera. Con esta carta, en la que puse toda mi esperanza,

fui á visitar al referido personaje que me recibió bastante mal, y que leyó la misiva con absoluta indiferencia. Sin duda alguna, Meyerbeer escribía cartas análogas con demasiada frecuencia. »

Sigue el relato detenido y extenso de todas las contrariedades sufridas. Al fin, Meyerbeer anuncia su paso por París. Wagner cree ver en él la tabla de salvación, corre á visitarle, y le refiere todas sus penalidades. Impávido, Meyerbeer le escucha y le declara que todo eso era de esperar, que la conquista de París no es tan fácil como parece,

y que lo mejor que puede hacer es renunciar á sus disparatados proyectos, y buscarse un modesto empleo que al menos le permita vivir.

« Dicho esto — comenta Wagner — partió á Alemania, abandonándome á mi suerte. »

La suerte se obstinó en serle contraria, y Maurice Lefèvre nos refiere del modo siguiente algunos de los terribles reveses sufridos por el gran compositor :

« Wagner, al cabo de muchas gestiones, consiguió el puesto de director de orquesta en un teatrillo de los bulevares. Ganaba lo estrictamente necesario para vivir; pero ocurrió que, en vísperas del estreno de una de



La casa natal de Wagner, en Leipzig.

las mil insanias que tales teatros ponen en escena, la primera actriz, juzgando que su papel era demasiado honesto, pidió al autor que le agregara algunos *couplets* subidos de tono. El autor escribió la letra durante un ensayo, y dijo al « regisseur »: « — Como no tengo tiempo de hacerles poner música, que se encargue de ello el director de orquesta... »

« Wagner recibió pues el encargo, y durante toda la noche trabajó en la composición. Al día siguiente, comenzó el ensayo con el de los nuevos cantables. Wagner se sentó al piano, pero tan pronto como la citada actriz escuchó los primeros compases, exclamó indignada:

— ¿Qué porquería es ésta?

« Wagner era hombre de poca calma. Respondió con harta impertinencia á la comedianta, y como ésta era la protegida de un hombre influente, el director de orquesta hubo de abandonar su puesto, llevándose bajo el brazo la música rechazada... Años después, volvió á trabajar en la misma composición, ampliándola y desarrollándola, y aquella porquería se convirtió en uno de los más bellos temas de *La Walkiria*: en el *Lied* de la primavera.

« Pero en tretanto, Wagner quedó en la calle, y sin medio alguno de vida. Al cabo de algunos días, y ya en situación desesperada, acudió á Cherubini, que era entonces director del Conservatorio, y solicitó de él algún dinero. Cherubini negó el auxilio, pero ofreció una carta de recomendación para el director del Gran Teatro de Burdeos. No tenía Wagner gran confianza en la eficacia de las recomendaciones, desde el completo fracaso de la de Meyerbeer, pero ante la insistencia con que Cherubini le aseguró que

— escrita como lo estaba — su carta equivalía á una credencial segura, aceptó agradecido el pliego que su protector encerró cuidadosamente en un sobre lacrado con cinco sellos, y salió del Conservatorio, resuelto á ir á Burdeos, no sin que antes Cherubini le despidiese con un expresivo « ¡Adios, y buena suerte!... » que parecía prometerlo todo.

« ¡ Ir á Burdeos!... La cosa no estaba tan al alcance de la mano, porque Wagner no tenía en el bolsillo un solo franco, ni contaba con nadie que pudiera prestárselo; pero como era necesario é indispensable ir, Wagner fué á pie... Hizo el viaje por jornadas, comiendo lo que podía y en donde podía, y tardando muchos y largos días en llegar. Cuando se jentró por las calles de Burdeos, estaba demacrado, macilento, y cubierto tan sólo por algunos harapos sucios, que eran los míseros restos de sus vestidos. En semejante traza

se fué directamente al teatro. Como era lógico, los porteros se negaban á dejarle entrar, pero Wagner insistió tanto, que acabaron por avisar al director, y éste consintió recibirle en su despacho, quedando no poco sorprendido al ver que semejante harapiento traía una carta de presentación cuyo sobre ostentaba el membrete y los sellos del Conservatorio Nacional.

« Wagner aguardaba con ansiedad el efecto de la preciosa carta, que durante los aciagos días de caminar, carretera adelante, había sido su único sostén y toda su esperanza. Ya el director había roto los historiados sellos, y había despojado el pliego del sobre que lo envolvía, disponiéndose á leer... En esto llegó un avisador á todo escape, y gritó desde la puerta del despacho:

« ¡ Señor director, venga en seguida: el tenor y el bajo están riñendo á puñetazos, en medio del escenario!... »

« ¡ Con permiso de usted!... — dijo á Wagner el interpelado, y salió precipitadamente.

« Entonces, al quedar solo, Wagner no pudo resistir á la tentación de leer aquella carta, suma y cifra de todas sus ilusiones... Se acercó á la mesa, desdobló el pliego, y leyó la siguiente recomendación firmada por Cherubini:

« Querido amigo: en la imposibilidad de deshacerme de este solicitante inaguantable, y deseando que desaparezca para siempre de París, se lo envío á usted. Vea modo de librarse de él de semejante manera, enviándole aún más lejos... »

Era Wagner hombre de demasiada voluntad, para someterse sin lucha á los deseos de Cherubini. Volvió á París, y al cabo de incontables esfuerzos llegó á hacer representar « Tannhauser », que había sido estrenado ya en Alemania con éxito muy mediano. Duran-

te la representación, la impaciencia del público fué subiendo de punto... Mme. Metternich, no pudiendo dominar su nerviosidad, rompió su abanico... Los siseos y las protestas impedían oír la música. Al fin, se hizo el silencio, y Wagner creyó que, por lo menos, la obra iba á ser escuchada. En tal instante, un abonado que ocupaba una butaca entonó, silbando, la copla popular: « *J'ai du bon tabac dans ma tabatière...* », é inmediatamente la sala en-

tera coreó el estribillo. Hubo que bajar el telón, y durante buen rato el público siguió cantando la copla estúpida, en tanto que detrás de la cortina, Wagner sollozaba...

Luego llegaron, un poco tardías, las jornadas de gloria, y el mismo público

que había escarnecido al autor de « Tannhauser » dió en adorar como á un dios al creador de la epopeya de los Nibelungos.

Pese á ello, Wagner escribía lo siguiente á Liszt, en los últimos años de su vida:

« Lo que las gentes admiran en mi labor, es lo que



Wagner, compositor del porvenir, hace interpretar sus obras por músicos del porvenir.

(Antigua caricatura de Cham).



El nuevo sitio de París, en 1891.

(De una caricatura de la época.)



Wagner perseguido por la crítica.

(De una caricatura de 1883)

en ella hay de afeminado y de insincero. En cambio, la energía, la vitalidad, la salud, en suma, de mis composiciones, todo lo que en ellas hay de grande y de fuerte, no ha logrado hacerse comprender... »

Y añade, en postrera confesión de suprema amargura :

« ¡ Mis supuestos triunfos se han alzado sobre la base de un equívoco, y mi fama y mi gloria no valen un bledo !... »

Wagner fué en amor un gran sentimental, de paradójico sentimentalismo presuntuoso y rudo. Su ingenuidad germana, de prosapia bárbara todavía próxima, hizo que en cuestiones pasionales la psicología de este hombre, sometida á un análisis frío, no deje de prestarse á la ironía y á la sonrisa.

Wagner tuvo como primera esposa á la actriz Minna Planer, que compartió con él los años de lucha y de miseria, pero que á los ojos del gran músico apareció como una criatura vulgar, porque nunca llegó á comprender y á admirar todo lo necesario al grande hombre, á quien la desgracia había ligado su vida. ¡ Prefería « Rienzi » al « Tannhauser » ! Este fué su primer delito ; pero había de cometer otra falta mucho más grave aún, merecedora de inexorable y definitiva condenación.

Ocurrió que, desterrado Wagner en Zurich, conoció á Otto Wesendonk, hombre generoso y rico, quien se apresuró á ofrecer á Wagner hospitalidad. Compró una casita inmediata á la suya, y luego de bautizarla con el propicio nombre de « El Asilo », instaló en ella al gran músico que, por lo demás, pasaba diariamente varias horas en casa de su protector.

Wesendonk tenía una mujer llamada Matilde, joven y bella, y muy aficionada á la música y á la poesía. Como era de esperar, Wagner y Matilde no tardaron en convertir en amor, lo que al principio comenzara por ser admiración ferviente en la mujer y vanidad satisfecha en el hombre. La pasión de ella, grande y abnegada, nació de la sugestión artística; la pasión de él, mezquina y egoísta, no tenía origen que no fuera el del halago, producido en su fatuidad por la espiritual adoración de una mujer



Una exacta silueta de Wagner en 1877.

inteligente que le admiraba, y que, por lo tanto, le comprendía.

Este amor, hasta entonces secreto, se hizo patente cuando Wagner, que acababa de escribir « Tristan », dedicó su obra á Matilde. Entonces se habló públicamente de este afecto, y los comentarios llegaron á oídos de Minna Planer, quien, naturalmente, no recibió la noticia con agrado.

Dejemos la palabra al propio Wagner que, en los siguientes párrafos de una carta dirigida á su hermana, pone al desnudo con sinceridad absoluta la increíble soberbia de su alma.

« Lo único — dice — que me dió fuerzas para soportar la vulgaridad de mi mujer, fué el amor de Matilde, que es el mayor consuelo de mi vida de sufrimiento. Creí que Minna tendría la suficiente comprensividad, para hacerse cargo de que ningún peligro puede haber para ella en mis amores con Matilde, ya que ni ella ni yo podemos casarnos, y que, por tanto, la indulgencia y el respeto eran los únicos sentimientos que tales relaciones debieron suscitarle... Pero una vez más me equivoqué por completo... La vulgaridad de Minna es irremediable... Figúrate que ha llegado hasta el extremo de abrir y de leer una carta para Matilde que yo escribí, y que dejé sobre mi mesa de trabajo... Hice cuanto pude para que Minna entrara en razón, pero todo ha sido inútil. Se obstina en seguir la conducta más trivial posible; pretende tener motivo de ofensa; y ha concluido por amenazar con un escándalo. En vista de ello, me he visto precisado á renunciar á la hospitalidad del « Asilo », y á alejarme de este amor que era la dicha de mi vida. Pero como Minna ha

tenido ahora una ocasión única de aparecer como más digna de ser mi esposa, respetando este afecto para mí sagrado, y lejos de proceder de este modo ha hecho todo lo contrario, me es del todo imposible seguir viviendo con ella, y he de separarla de mí para siempre, si quiero encontrar alientos para cumplir la misión de mi vida. »

¿ Cabe más absurda ingenuidad ?... »

Para llegar un espíritu á ese grado de inconsciente vanidad, fué menester que naciera y que amara Ricardo Wagner. MAX.



A Mercedes Pérez de Vargas, y á Tirso Escudero, en recuerdo de una noche de San Silvestre y de una copa de champaña.

I

« He aquí el tinglado de la antigua farsa... »

J. BENAVENTE.

Un teatro desierto y cerrado es un relicario de emoción.

En noches que pasaron, llena la sala, á plena luz y en plena vida, este teatro fué un gran niño á quien las humanas marionetas distrajeran, contándole desde la escena el cuento mágico del amor, de la ironía y del dolor. Dijo Crispín que, en la mayor miseria de nuestra vida, siempre hay algo en nosotros que quiere sentirse superior á nosotros mismos... ¡ nos despreciaríamos demasiado, si no creyéramos valer más que nuestra vida !... Preguntó Doña Sirena de qué sirven las riquezas sin amor... Respondió Colombina que de lo mismo que el amor sin riquezas... Y, en fin, nos mostró Silvia, entre los cordelillos groseros que nos mueven en las farsas de nuestra existencia, un hilo sutil que, á veces, descende del cielo al corazón, y trae á nuestra frente resplandores de aurora, y nos dice que no todo es farsa en la farsa, y que hay en nuestra vida algo divino, el amor, que es verdad y que es eterno, y no puede acabar cuando la farsa acaba.

Así, el cuento siguió en las noches y en las comedias. Las noches se sucedieron, las comedias cambiaron, el cuento fué siempre el mismo : un viejo cuento de amor, de ironía y de dolor, que hubo de trocar el tinglado en solio, en astro la batería, y en país de ensueño el artificio de la decoración.

Luego, ante la sala ensombrecida y desierta, la escena volvió á ser tinglado, y el tinglado dejó de ser solio.

El país de ensueño se esfumó, perdiéndose en lejanías de misterio. Del bello jardín de Doña Sirena quedaron un tablado desnudo, un telón arrollado en alto, y unos bastidores apartados á un lado... Ya no canta Arlequín... Ya Silvia no nos dice una canción al silencio de la noche... Ya no estamos « ante el reino de las almas... »

Pero en la sala, donde todo es silencio y es sombra, duerme un quieto remanso de añoranzas. Jornada tras jornada, las emociones alzaron su vuelo, desde la escena, y fueron á tejer un nido en cada corazón. Aves de paso, llegaron al partir las golondrinas, y al volver éstas partieron... Mas quedó algo de ellas en la gran sala desierta y ensombrecida que poblaron con sus ingravidos vuelos, buscando en cada corazón un nidal... dejando en cada nidal un recuerdo.



Por tanto, cuando la farándula llega y el teatro cerrado abre sus puertas, al alzarse la cortina en la primera noche, no se hace sino reanudar una conversación interrumpida, y la comedia da principio con esta frase de evocación, si bien callada no menos expresa :

— Decíamos ayer...

Ayer, las marionetas vivían, como hoy viven, la vida usurpada á los héroes y á las heroínas de sus cuentos; pero al hacerlo, ni pudieron ni pueden desprenderse de su existencia propia, y nada hay tan pintoresco co-

mo el contraste, en más de una ocasión paradójico, que nos muestra los dos aspectos de un comediante; esto es, su anverso y su reverso.

El anverso del artista es lo que el público ve de él bajo el disfraz, la peluca y el afeitado, y sobre la luz invertida y engañosa de la batería...

El reverso del artista es el hombre ó es la mujer: el muñeco humano en que se trueca el semidiós al poner los pies fuera de la escena, y al quebrarse en su espíritu el hilo celestial de inspiración, quedando la triste marioneta á merced de los cordelillos groseros ó triviales que la mueven, en las farsas reales de su existencia.

II

— ¡ Mengáñez forma !...

En la jerga del teatro, esta frase abreviada y sacramental quiere decir: « El actor Mengáñez, harto de ser cola de león, decide ser cabeza... de león, si es posible, y de ratón en último lugar. »

Cuando esta noticia cae como una bomba en un cenáculo de actores, los habituados del mentidero se dividen inmediatamente en tres bandos: el despectivo, el expectante, y el francamente interesado.

El grupo despectivo es el de aquéllos que aferrados á un buen contrato casi definitivo en tal ó cual teatro, tienen por delante — siempre que el diablo no haga alguna de las suyas — varias temporadas de vida tranquila, holgada y grata, cuyos elementos son, en primer término, una labor de escaso esfuerzo y de sobrado lucimiento; en segundo lugar, un sueldo crecido y puntual, que deja margen á muy saneadas economías; y por último, y sob e todo, abundancia de

ese bien indispensable para la vida del comediante, porque es alimento de su vanidad, y que consiste en la gloria, en la gloriola, ó en la gloriocilla, según que las voces de la fama hayan esparcido su nombre, dándole al gran viento trasatlántico que va de Continente á Continente, á la modesta brisa que va de la capital á la provincia, y acobardada ante horizontes más lejanos vuelve de

la provincia á la capital, ó en fin, al airecillo que juguetea por las plazas, calles y callejuelas de un barrio de gran ciudad, sin osar nunca la aventura de colarse por las encrucijadas del barrio inmediato.

La facción expectante es la de los faranduleros que si bien cuentan con el pan del día, ganado en tal ó cual formación, ya sea por la inseguridad de ésta, ya por estimar que las condiciones de sus contratos son inferiores al mérito propio — cosa que en opinión de los interesados ocurre noventa y nueve veces sobre ciento — andan á la husma de plaza de más lustre y de mayor provecho.

Y por fin, los francamente interesados en que Mengáñez forme compañía y necesite comediantes, son los que, desde meses, semanas ó días atrás, comprueban, mediante amarga y propia experien-

cia, la escasa amenidad que ofrecen las jornadas sin gloria, sin trabajo y sin pan.



— ¡ Vaya, vaya !... ¡ Conque Mengáñez forma !

Con este paréntesis, ábrese lugar al comentario.

Si el nombre del actor en cuestión no va unido al recuerdo de indiscutibles victorias,



Enrique Borrás es la más grande figura de la escena española contemporánea, y uno de los más ilustres actores del mundo. Mavelich, en "Tierra Baja"; Pedro Crespo, en "El Alcalde de Zalamea"; El León de Albrit, en "El Abuelo"; Sebastián, en "María Rosa"; Neri, en "La Cena de la Burla"; Don Diego Acuña, de "En Flandes se ha puesto el sol"; Fred, en "La Fuerza Bruta..."; y cien prodigiosas interpretaciones más, son los gloriosos cuarteles de su blasón de Arte.

los « despectivos » sonríen, entre amargos y piadosos, y convienen en que este gesto de alzar bandera es por el momento, y al cabo de otras muchas tonterías anteriores, la última y definitiva necesidad del buen Mengáñez.

Si por el contrario, el nuevo jefe de compañía es hombre indiscutible, los « despectivos » se contentan con profetizar, y sus augurios no pueden ser más sombríos: — Mengáñez tiene talento, es cierto, pero no es menos cierto que las extravagancias de su carácter le hacen insostenible, y que en punto á negocios y compromisos su informalidad ha llegado á ser proverbial... En tales condiciones, sólo desventuras pueden esperar los infelices que formen en su hueste...

Los « expectantes », al oír las opiniones anteriores, replican diciendo que por muy mal director que Mengáñez sea, no lo será peor que el que ellos padecen, y que por mucho que desatienda sus compromisos, no los desatenderá más que éste, y que aquél, y que el de más allá... (aquí una lista de proscrición, de la que apenas se salva un director ó un empresario) con lo cual, y por seguir el hilo de la charla, los « despectivos », á pesar de su bienandanza, concluyen por convenir en que el director y el empresario ideales no han nacido aún, y quizás no hayan de nacer jamás.

Mientras tanto, los parias del grupo — que son los « sin trabajo » — escuchan silenciosos y anhelantes las réplicas y contraréplicas del diálogo, atisbando en él cuantos datos puedan documentarles acerca de la nueva formación, su estado actual y su porvenir probable. Conocer las plazas de la nueva compañía; desentrañar la verdad, siempre dudosa, de los sueldos que á esas plazas corresponden; y, por último, averiguar quienes son los concurrentes que las solici-

tan, y buscar medio de apartarlos, desacreditándolos, he aquí los puntos estratégicos de la campaña que ha de emprenderse á campo descubierto. Pero hay otros trabajos de zapa que constituyen las operaciones encaminadas á la conquista de esa fortaleza, que es Mengáñez-Todopoderoso, y esos trabajos se orientan hacia puntos débiles y vulnerables, que son: la vanidad más característica

entre las muchas vanidades de Mengáñez, y aquélla que es, por lo tanto, más asequible al embrujamiento de la adulación; los amigos cuyas recomendaciones no puede Mengáñez desatender; el café á cuyas tertulias concurre Mengáñez, y el camarero que le sirve; el domicilio que con mayor frecuencia habita Mengáñez, entre los tres ó cuatro domicilios que se le conocen; la esquina de la calle en que Mengáñez suele detenerse, para otorgar á la plebe el honor de verle y admirarle de cerca; y, por último, los nombres del sastre, del camisero y del zapatero á quienes Mengáñez debe cuentas más altas, y por ende más incobrables.

Y todo este imbricado plan estratégico se traza disimuladamente bajo la esquina de mármol de un

velador, con un trozo de lápiz carcomido, sobre el reverso de una tarjeta sucia, ocultándose del « sin trabajo » más próximo, del que ayer fué compañero de penas y fatigas, y que hoy, por aspirar también á un puesto en la compañía de Mengáñez, se ha trocado en mortal enemigo, en enemigo que hay que destruir, para lo cual se escudriña su pasado en malévolo afán de la memoria, tratando de encontrar la mala nota que acerca de él se puede hacer llegar á los oídos de Mengáñez, para que éste, si alguna vez ha pensado en contratarle, renuncie prudentemente á tan desatentada idea.



Rosario Pino es la comedianta de más claro y humano talento en la escena castellana. Sobre las tablas, esta genial artista nos muestra la vida misma, y su ternura conmovida nos llega al alma, mejor que todas las terribles argucias y todos los fieros desplantes de las trágicas anticuadas y vieu-jeu.

Por lo tanto, el dar con las segundas partes de la compañía, es para Mengáñez labor fácil: cuestión de elegir con mediano acierto. ¶¶

No ocurre igual con las primeras figuras, que para bien estar han de serlo de mérito, y que en consecuencia han de arrancarse de cuadros ya formados, eligiéndolas entre elementos descontentos y descosos de un cambio de situación.

El gran problema consiste en el hallazgo de la primera actriz. Las consagradas no están dispuestas a romper sus actuales contratos, si no es a cambio de otros en fabulosas condiciones; y los tiempos difíciles por los que atraviesa el teatro no permiten hacer milagros.

Pero Mengáñez se ingenia. Mengáñez sabe que tal dama joven acaba de obtener éxitos muy halagüeños, y que los hubiera obtenido aún más brillantes, si los directores de la compañía en que trabaja hubieran sabido, ó hubieran querido aprovechar, sus excepcionales facultades... Mengáñez entabla negociaciones con la damita en cuestión, se celebran entrevistas misteriosas, y se va camino de un acuerdo. Sin embargo, la futura « eminente » no se ignora, y afirma por otro lado que, diariamente y por docenas, recibe solicitudes de empresarios que le ofrecen puestos, pese á lo cual, hasta ahora, no pudo resolverse á aceptar ninguno de ellos, porque *en aquella casa* (el teatro donde trabaja) ¡la quieren tanto...! Precisamente, acaban de prometerle un aumento de sueldo.

En llegando á este punto económico, tercia la mamá de la niña, quien ratifica lo dicho por su hija, exagerando el capítulo del autoelogio en un ciento por ciento, y de tal modo no parece sino que Mengáñez va á necesitar todo el oro del mundo para quebrantar la fidelidad que, con lazo poderosísimo, liga á la damita ilustre con « *aquella casa en que la quieren tanto* ».

Mas como siempre ocurre, va mucho de lo vivo á lo pintado, y la damita no está todo lo satisfecha que lo parece de su actual situación. En *aquella casa*, fuera del cariño que el público le demuestra en las raras ocasiones en que su trabajo lo permite, todo son para ella sinsabores y amarguras... Su gentileza, su talento, y su juventud, le han granjeado la irreconciliable y envidiosa enemistad de la primera actriz, que ya está cansada, que comienza á ser vieja, y que en el afecto del público va perdiendo terreno. Por imposición de esta primera actriz, dueña moral ó materialmente del teatro, se le niegan á la damita los papeles de lucimiento que legítimamente le corresponden; se dan órdenes á

la *claque* para que le regatee cuanto sea posible el aplauso; se trabaja en contaduría para que los críticos *subvencionados* (lo son todos los que hablan bien de aquel teatro) rodeen á la damita sobresaliente de un despectivo silencio de prensa; y, en fin, se atiza entre bastidores el rescoldo siempre encendido de la murmuración, para que, en torno de la damita, se haga llama de calumnia y no queden ni pavesas de su honra, ni de la honra de ninguno de sus antepasados...

Y así, en resumen, la damita está más que harta de *aquella casa donde la quieren tanto* y la tratan tan mal, y hace mucho tiempo que hubiera salido de ella si hubiera encontrado proporción de un mediano contrato. Basta pues el ínfimo peso de un par de duros aumentados á su sueldo, para que Mengáñez tenga en ella á su anhelada primera actriz, á quien, á falta de mayores bienes actuales, promete en el futuro gloria y provecho sin tasa...

Por otro lado, la niña, volviendohacia el teatro con el otro contrato en el bolsillo, se dispone á tomarse el justo desquite de tanta pasada humillación. Para ello se dirige hacia el cuarto de la primera actriz ruinosa, y entre la joven damita, un poco emocionada, y la vieja comedianta, un mucho soberbia, se cruza el siguiente diálogo:

LA DAMITA JOVEN: (*temblando como Santa Marta ante el dragón.*) — ¿Sabe usted que estoy contratada con Mengáñez?

LA TARASCA EMINENTE: (*llamemos así á la despótica primera actriz que todos conocemos.*) — Pero ¿qué dices, hijita? ¿Estás loca?

LA DAMITA JOVEN: (*precipitando el desenlace.*) — ¡Qué le hemos de hacer; ya no tiene remedio!...

LA TARASCA EMINENTE: (*en un paroxismo de soberbia.*) — ¡No ha de tenerle!... ¡Ahora mismo rompes ese contrato!...

LA DAMITA JOVEN. — ¡No puedo! Y además, no me conviene...

LA TARASCA EMINENTE. — Pero vamos á ver ¿qué ganas?

LA DAMITA JOVEN: (*que aún no ha podido olvidar su sinceridad de ingenua.*) — Dos duros más que aquí...

LA TARASCA EMINENTE: (*que sistemáticamente, desde hace dos años, viene negando á la damita el aumento de sueldo.*) — Desde hoy, te damos nosotros cuatro más. ¡Lo teníamos ya pensado!

LA DAMITA JOVEN: (*consciente de lo poco que vale esta esplendidez tardía.*) — ¡Si me lo hubieran dicho ayer! ¡Pero hoy, ya es tarde!

LA TARASCA EMINENTE: (*hipócritamente maternal.*) — ¡Bueno, hijita, bueno! ¡Allá tú! ¡Por supuesto... todas sois iguales! Se os

enseña; se os hace artistas; se os da público á fuerza de mimaros con los papeles de más lucimiento... Y luego, en cuanto os aplaude la *claque* más de cuatro veces, ya os figuráis que el mundo es pequeño para vosotras. Pero ¡ya verás, hijita, ya verás! ¡Tú no conoces á Mengáñez! Promete mucho y no cumple nada. Además, no te hagas ilusiones: no te dará papeles...

LA DAMITA JOVEN: (*maliciosa.*) — Me los tendrá que dará la fuerza! (*Pronunciando muy claro.*) ¡Voy de Primera!...

LA TARASCA EMINENTE: (*sofocada.*) — ¡De Primera! ¿De Primera, has dicho?

LA DAMITA JOVEN. — ¡Sí, señora, sí! ¡De Primera!...

LA TARASCA EMINENTE: (*hipócritamente compasiva.*) — ¡Jesús, qué locura! Hijita, tú no sabes á lo que te expones...

LA DAMITA JOVEN. — Me jugaré el todo por el todo... (*con relucencia...*) y al menos trabajaré...

LA TARASCA EMINENTE. — ¡Qué lástima!

Y ahora que tenías un papel de fuerza, de éxito seguro, en la obra que repartimos pasado mañana; un papel *que á nuestro lado y en nuestra casa* te hubiera valido un paso enorme en tu carrera... (dice estas frases de « á nuestro lado » y « en nuestra casa », como quien habla de la derecha de Dios Padre, y del cielo de los Elegidos.) ¡Pero, en fin, hijita! ¡Lo dicho!... ¡Que tengas mucha suerte, y que no lleves tu ingratitud hasta el extremo de olvidar todo lo que nos debes, como hacen otras!...

En llegando á este punto, la damita joven podría responder muchas cosas. Podría recordar que desde hace años, desde que vestía

falda corta y peinaba trenzas, está en la casa, haciendo personajes mudos y acompañamientos, y que para llegar á decir la primera palabra en escena, le fué preciso que un autor prestigioso y compasivo le repartiera un papel, disgustando al hacerlo á toda la compañía, y especialmente á la primera actriz de las bravías soberbias... Podría añadir que,

después de aquello, cada triunfo conseguido lo fué á fuerza de labor improba y de ingenio sutil, sacando partido de las situaciones más nulas, y haciéndose adivinar mejor que comprender; que, además, desde que el público le consagró los primeros aplausos, sólo encontró en torno suyo, en la farándula, rencores y malquerencias; y que, en suma, para seguir adelante sobre el camino de abrojos, para llegar hasta hacerse artista, pese á todos y á todo, para encerrarse en la torre de marfil de su entusiasmo, sin dejarse rendir por la hostilidad del medio que deprime y que envilece... para todo esto le fueron menester — ¡pobrecilla! —

mucho valor y, sobre todo, muchas lágrimas...

Tales y tan amargas verdades podría decir, en llegando á este punto, la damita joven. Pero dominando la ingenua sinceridad y la franca emoción del momento, recuerda á buen tiempo que todo es farsa en la farsa, y prosiguiéndola responde:

— ¡Cómo he de olvidar á ustedes! ¡Harta pena me cuesta el marchar! ¡¡Les quiero tanto!!

Y así que la damita joven vuelve la espalda, la soberbia y rencorosa primera actriz llama á todas las malas lenguas de la compañía, y les dice de un tirón:



Matilde Moreno es la actriz de las elegancias. En su camerino del "Teatro Español", la inspirada artista, cuya gentileza sólo es comparable con su cultura y con su aristocracia, resucita entre sus contertulios los bellos tiempos de las floridas y galanas cortes de Provenza.



"Mundial Magazine" ha logrado sorprender una íntima e interesante escena de vida teatral. Los ilustres comediógrafos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero hacen las postreras recomendaciones á los intérpretes de su obra "Nena Teruel", momentos antes de alzarse el telón, en la noche del estreno. Agrupados en el saloncillo del "Teatro Español", vemos á los actores vestidos y caracterizados ya para salir á escena. Los primeros á derecha é izquierda, respectivamente, Tallavi y Sepúlveda.

— ¿ No saben la noticia ? Fulana se nos va. Se va contratada con Mengánez, y de Primera ¡ nada menos ! ¡ Pobrecilla ! ¡ Cómo es tan bonita y Mengánez es tan enamorado ! ¡ Lástima de muchacha !

¿ Para qué quiere más la pobre damita ? Un cuarto de hora después anda su buen nombre por los suelos, y las más escandalizadas é implacables entre sus compañeras son aquéllas en cuya vida privada hubo siempre, y sigue habiendo, más cinica indignidad.

III

La farándula está dispuesta. En torno del primer actor se ha ido formando la hueste que por mote lleva el nombre de su jefe, si es errante, y el de su teatro si en él permanece sedentaria durante parte del año.

Los de Mengánez son bohemios por ahora, á reserva de que, más allá, cuando se realicen los sueños de fortuna que todos abrigan, cada cual disponga en propiedad de un escenario, siendo en él empresa, dirección, y primera figura, con lo cual existirá por vez primera un teatro perfecto en el mundo.

Entre tanto, y suponiendo que Mengánez sea un actor de gran renombre, su compañía emprende la clásica, indispensable y definitiva expedición á América.

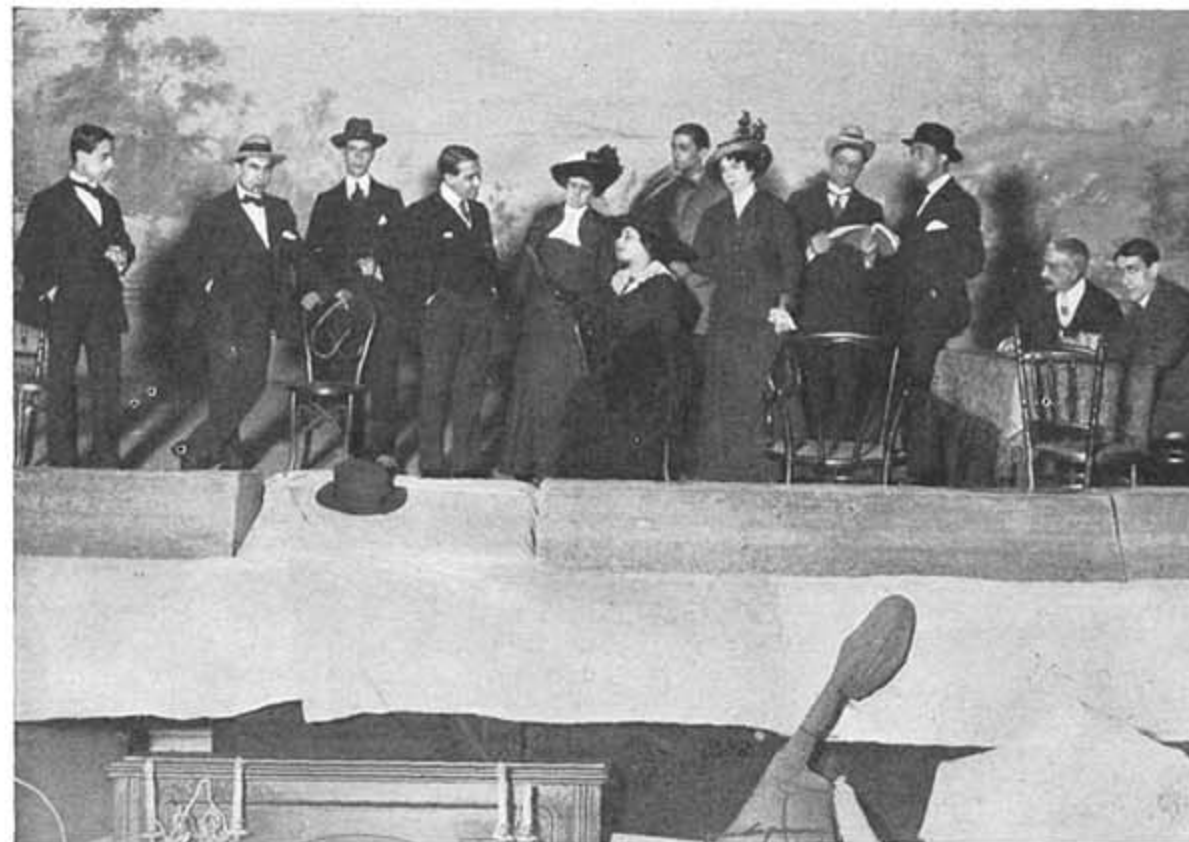
— ¡ Hacer la América !...

Esta frase bárbara se trueca en letanía de las conversaciones y en obsesión de los pensamientos para los principiantes, ó para los ignorados que nunca pisaron las tierras trasatlánticas.

« Hacer la América », para las imaginaciones prodigiosamente ingenuas y simplistas de los comediantes, es cruzar en triunfo una serie de países riquísimos y primitivos, en los que aguardan, al actor, gloria sin tasa y ganancias sin cuento...

No hay actriz joven que no sueñe con sus noches de beneficio en las repúblicas del « peso »; noches en las cuales, mientras la sala enloquece de entusiasmo, llegan al camerino montones de regalos dignos de un cuento de « Las mil y una noches »: diamantes como avellanas, rubíes como nueces, perlas como manzanas y, sobre todo, esmeraldas. ¡ Las esmeraldas, en América, se manejan á espuestas !...

Y tampoco hay actorcito en boga, cuya



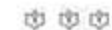
La hora del ensayo... En la tarde, los actores van llegando al teatro... Las fundas que cubren las butacas, las baterías y los violones, hablan de descanso y de tregua; pero para el actor en vispera de estreno no hay tregua... Se charla un poco, se murmura mucho, se comenta la noticia del día y, por fin, se trabaja...

fantasía no acaricie los bellos espectáculos de apoteosis que le aguardan allá. Los grandes diarios le consagrarán páginas enteras; el Presidente de la República vendrá á buscarle todos los días á su alojamiento, y del brazo le llevará hasta el café de moda, en donde el gran estadista y el gran comediante tomarán el vermouth mano á mano: las damas de más clara alcurnia le escribirán mensajes amorosos, y se rendirán á la fascinación de su talento y de su figura; el pueblo le aclamará frenético todas las noches, al salir del teatro, y desenganchará los caballos del coche para arrastrarlo, llevando á su ídolo en triunfo hasta el hotel; por último, al llegar el día aciago de la partida, todos los ciudadanos, sin excepción de los gobernantes y del ejército, acudirán á la estación y, sollozando, tributarán al actor victorioso y á « los suyos » una despedida sin precedente.

Estas y otras majaderías imaginan los novatos, porque oyeron referir, como verídicos, homenajes parecidos tributados á tal eminente ó cual estrella en aquel fantástico país de promisión. Lo que olvidaron decir las eminencias del cuento, fué el dinero que les costó el reclutar á los comparsas pagados que les prodigaron tales simulacros de manifesta-

ciones entusiastas, y el adquirir, en subastas y remates, la docena de vistosas joyas que al retorno se muestran, como supuestos regalos del Presidente H., del Banquero Z., y del Aristócrata X...

— ¡ Espejismo de América: para cuanta vanidad sirves de mentida aureola, desde que un jefe de Estado americano, que lo fué en tiempos pasados, se atrevió en un momento de lirismo, y á la hora turbia del champaña, á profanar el sitio de un gran conquistador, sentando en él á una intrigante comedianta !...



Tras de ese espejismo van « los de Mengánez ».

Pronto el ensueño se desvanece ante la realidad.

Para comienzo de desdichas, surge entre los comediantes la discordia, y eso, á la media hora de encontrarse reunidos á bordo del trasatlántico que ha de llevarles hacia la fortuna y hacia la gloria.

En esos treinta primeros minutos del viaje se han formado las primeras camarillas, se han esgrimido las primeras adulaciones, se han susurrado las primeras maledicencias...



"Mundial Magazine" ha logrado sorprender una íntima e interesante escena de vida teatral. Los ilustres comediógrafos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero hacen las postreras recomendaciones a los intérpretes de su obra "Nena Teruel", momentos antes de alzarse el telón, en la noche del estreno. Agrupados en el saloncillo del "Teatro Español", vemos a los actores vestidos y caracterizados ya para salir a escena. Los primeros a derecha e izquierda, respectivamente, Tallavi y Sepúlveda.

— ¿ No saben la noticia ? Fulana se nos va. Se va contratada con Mengánez, y de Primera ¡ nada menos ! ¡ Pobrecilla ! ¡ Cómo es tan bonita y Mengánez es tan enamorado ! ¡ Lástima de muchacha !

¿ Para qué quiere más la pobre damita ? Un cuarto de hora después anda su buen nombre por los suelos, y las más escandalizadas e implacables entre sus compañeras son aquéllas en cuya vida privada hubo siempre, y sigue habiendo, más cinica indignidad.

III

La farándula está dispuesta. En torno del primer actor se ha ido formando la hueste que por mote lleva el nombre de su jefe, si es errante, y el de su teatro si en él permanece sedentaria durante parte del año.

Los de Mengánez son bohemios por ahora, á reserva de que, más allá, cuando se realicen los sueños de fortuna que todos abrigan, cada cual disponga en propiedad de un escenario, siendo en él empresa, dirección, y primera figura, con lo cual existirá por vez primera un teatro perfecto en el mundo.

Entre tanto, y suponiendo que Mengánez sea un actor de gran renombre, su compañía emprende la clásica, indispensable y definitiva expedición á América.

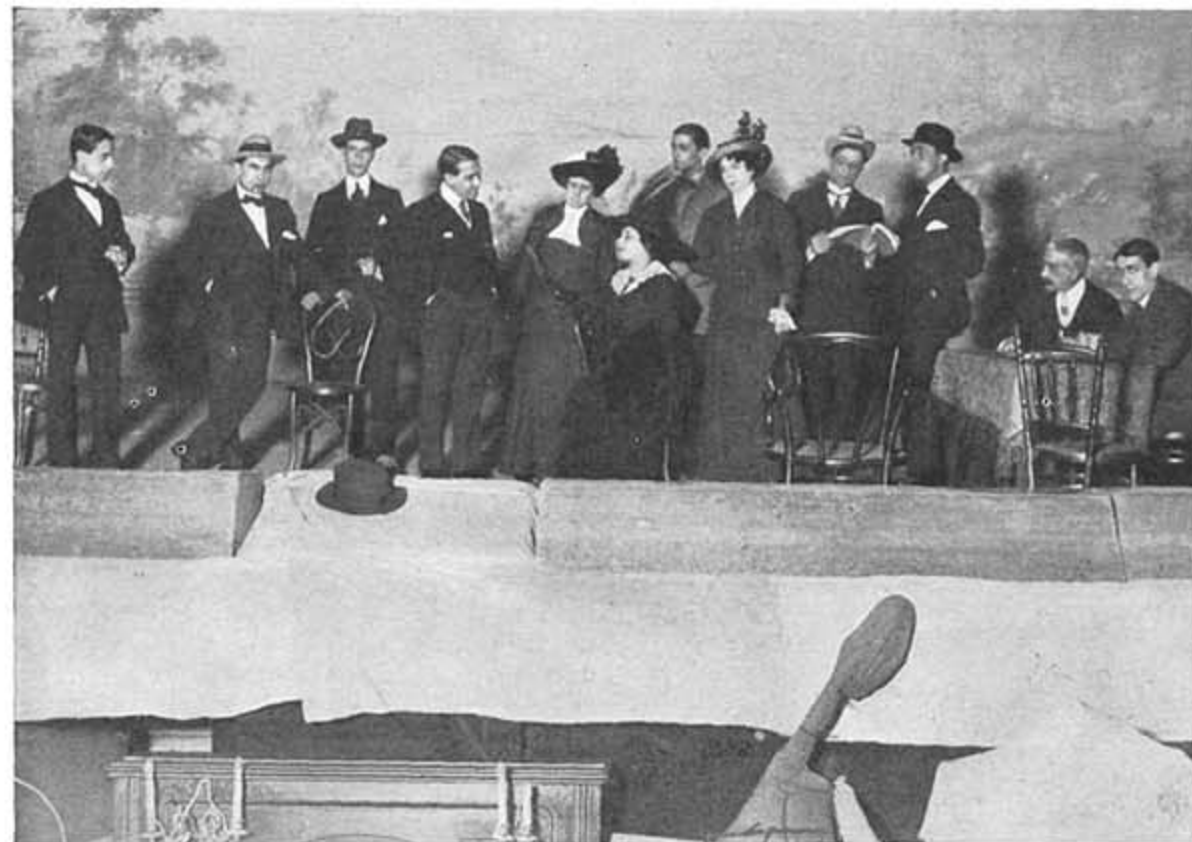
— ¡ Hacer la América !...

Esta frase bárbara se trueca en letanía de las conversaciones y en obsesión de los pensamientos para los principiantes, ó para los ignorados que nunca pisaron las tierras trasatlánticas.

« Hacer la América », para las imaginaciones prodigiosamente ingenuas y simplistas de los comediantes, es cruzar en triunfo una serie de países riquísimos y primitivos, en los que aguardan, al actor, gloria sin tasa y ganancias sin cuento...

No hay actriz joven que no sueñe con sus noches de beneficio en las repúblicas del « peso »; noches en las cuales, mientras la sala enloquece de entusiasmo, llegan al camerino montones de regalos dignos de un cuento de « Las mil y una noches »: diamantes como avellanas, rubíes como nueces, perlas como manzanas y, sobre todo, esmeraldas. ¡ Las esmeraldas, en América, se manejan á espuestas !...

Y tampoco hay actorcito en boga, cuya



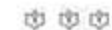
La hora del ensayo... En la tarde, los actores van llegando al teatro... Las fundas que cubren las butacas, las baterías y los violones, hablan de descanso y de tregua; pero para el actor en vispera de estreno no hay tregua... Se charla un poco, se murmura mucho, se comenta la noticia del día y, por fin, se trabaja...

fantasía no acaricie los bellos espectáculos de apoteosis que le aguardan allá. Los grandes diarios le consagrarán páginas enteras; el Presidente de la República vendrá á buscarle todos los días á su alojamiento, y del brazo le llevará hasta el café de moda, en donde el gran estadista y el gran comediante tomarán el vermouth mano á mano: las damas de más clara alcurnia le escribirán mensajes amorosos, y se rendirán á la fascinación de su talento y de su figura; el pueblo le aclamará frenético todas las noches, al salir del teatro, y desenganchará los caballos del coche para arrastrarlo, llevando á su ídolo en triunfo hasta el hotel; por último, al llegar el día aciago de la partida, todos los ciudadanos, sin excepción de los gobernantes y del ejército, acudirán á la estación y, sollozando, tributarán al actor victorioso y á « los suyos » una despedida sin precedente.

Estas y otras majaderías imaginan los novatos, porque oyeron referir, como verídicos, homenajes parecidos tributados á tal eminente ó cual estrella en aquel fantástico país de promisión. Lo que olvidaron decir las eminencias del cuento, fué el dinero que les costó el reclutar á los comparsas pagados que les prodigaron tales simulacros de manifesta-

ciones entusiastas, y el adquirir, en subastas y remates, la docena de vistosas joyas que al retorno se muestran, como supuestos regalos del Presidente H., del Banquero Z., y del Aristócrata X...

— ¡ Espejismo de América: para cuanta vanidad sirves de mentida aureola, desde que un jefe de Estado americano, que lo fué en tiempos pasados, se atrevió en un momento de lirismo, y á la hora turbia del champaña, á profanar el sitio de un gran conquistador, sentando en él á una intrigante comedianta !...



Tras de ese espejismo van « los de Mengánez ».

Pronto el ensueño se desvanece ante la realidad.

Para comienzo de desdichas, surge entre los comediantes la discordia, y eso, á la media hora de encontrarse reunidos á bordo del trasatlántico que ha de llevarles hacia la fortuna y hacia la gloria.

En esos treinta primeros minutos del viaje se han formado las primeras camarillas, se han esgrimido las primeras adulaciones, se han susurrado las primeras maledicencias...

¡Y eso, pese al gran viento de los mares, que no logra orear la estrechez de los espíritus!...

Aquí, cinco ó seis actrices, malparadas por el tiempo y el uso, hablan mal de las compañeras jóvenes que flirtean — ¡dichosas ellas, porque aún encuentran con quién!... — Allí, siete ú ocho actores de undécima categoría parecen conspirar: cuchichean y arremeten, naturalmente, contra el primer actor que cometió la imperdonable falta de contratarles... La calle de Sevilla, los días sin pan, las intrigas prodigiosas á que recurrieron para lograr el puesto; todo eso va quedando tan lejos, á medida que las hélices giran, que ya no es el caso de recordarlo. Y ahora, dando cara al porvenir risueño, se exclama:

— ¡Yo firmé el contrato por compromiso, porque á un hombre así (trátase de Mengániz) no se le puede decir que no, cuando se empeña en contratarle á uno!... ¡Pero lo que me sobran eran proposiciones de otras empresas, con mejor sueldo y con categoría muy distinta!

Y, en resumen, los que embarcaron en Europa como hermanos compañeros que alegremente van hacia un destino suspirado, desembarcan en América, luego de sufrir los efectos perniciosos y combinados del mareo,

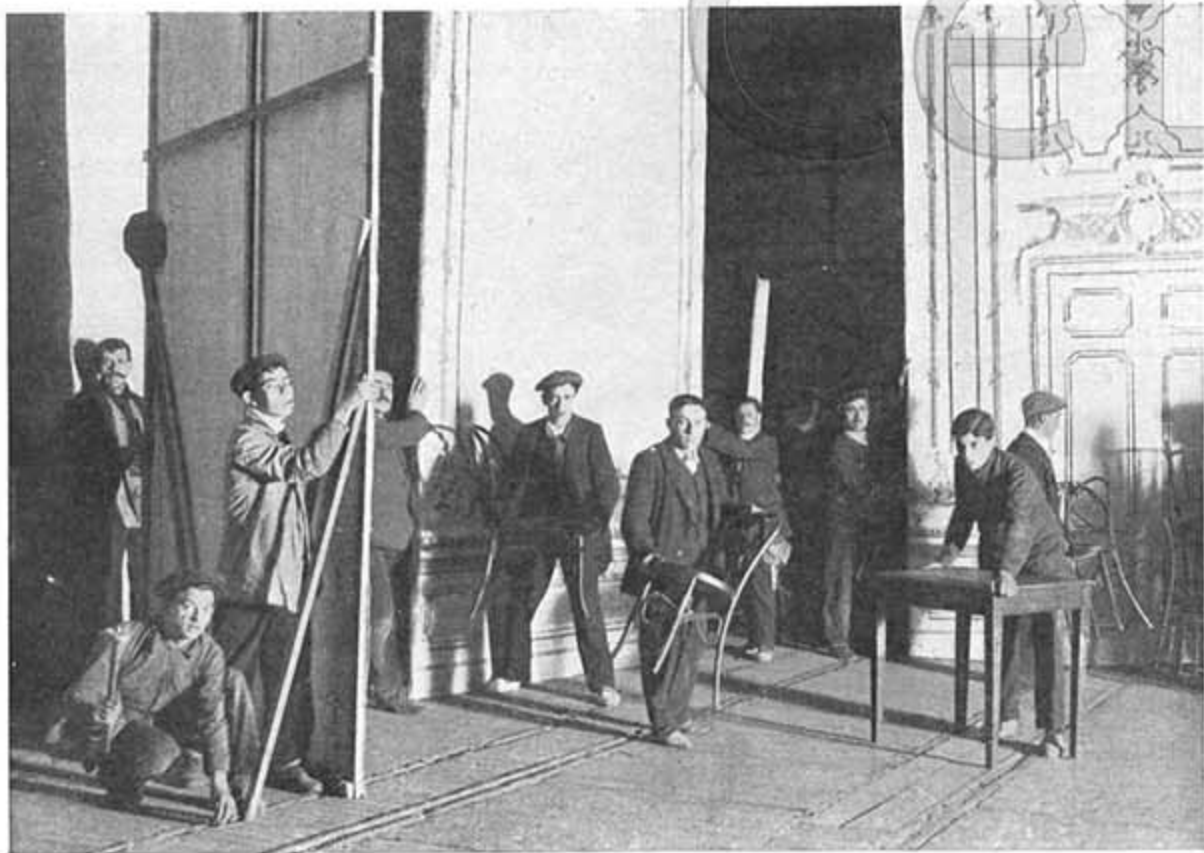
del sol de los trópicos, y del innato afán de murmuración, como enemistados galeotes que, odiándose, han de arrastrar una cadena común...

Arrastrando esa cadena, la que á su antojo se han forjado, van al través de las ciudades y de los países ¡cuán distintos, ay, de lo que habían imaginado!...

Montevideo, Buenos Aires, Río, Santiago, no son los grandes pueblos ignorantes y atrasados á quienes se deslumbra en la calle con la última moda y con el último capricho del «chic», ya que éste llegó hasta ellos directamente, desde París y desde Londres, con un año de anticipación sobre el resto de Europa, en gracia á la inversión de las estaciones...

Tampoco el público de aquellos teatros es el ingenuo público á quien se domina y se enloquece con un par de *latiguillos* y otro par de efectismos fáciles... ¡Pasaron ya por aquellos escenarios tantos grandes artistas!...

De tal modo, el galán que imaginó rendir las voluntades con el impecable corte de su «frac», ó con el nuevo estilo de su «jaquette», comprueba que allí pululan los «fracs» y las «jaquettes» de igual modelo que los suyos; y el *eminente* que se dispuso á poner en pie la sala con un oportuno y falso efecto



Maquinistas y tramoyistas arman el decorado. Cuatro lienzos pintados y un sabio juego de luces se combinan, y el hada de la fantasía os hará ver, sobre las tablas de la escena, un mágico país de ensueño y de quimera.



En el vestíbulo del teatro, los «parásitos»... Adoradores de actrices, amigos de actores, aspirantes á un puesto en la compañía, algún usurero á la husma de cómicos apurados, solicitantes de una butaca gratuita: he aquí la población acostumbrada del vestíbulo.

declamatorio, sorprende ante el silencio hostil que le acoge, y ante los vapuleos que al día siguiente le dispensa la crítica...

¡Vanidad de vanidades! ¡América ya no es América!

Y para colmo de desdichas ¡la vida es tan cara! Aquella cifra fantástica de pesetas á que se traducía el sueldo de X pesos, se funde entre las manos como nieve, á poco que se quiera hacer buena figura. Sólo los expertos, los veteranos en tales campañas — que las llevan á cabo viviendo con sordidez y avaricia de judíos — son quienes regresan con apreciables economías...

¿Quién desconoce en América la figura popular del ya acaudalado *barba* catalán, actor de última fila y de sueldo corto, que hizo una fortuna en diez ó doce expediciones? ¿Cómo lo consiguió? De un modo sencillo. Cuando embarcaba en Barcelona, se llevaba consigo las provisiones de boca para toda la temporada. Comía durante medio año pan fósil, garbanzos enmohecidos, y tocino rancio; pero no consumió en América más que agua, y eso porque no le costaba un centavo...

☪ ☪ ☪

Y así, nueve veces sobre diez, los eminentes que marcharon como conquistadores vuel-

ven como vencidos... Pero entre esos diez maltrechos forzadores de fortuna, hubo uno que logró el favor de la gran Inconstante...

¿Por qué triunfaron los elegidos? ¿Por su talento? Hay muchas nulidades que se enriquecieron. ¿Por su repertorio? Hay obras intolerables que han producido millones... ¿Por su presentación? El más ilustre actor moderno de España, Enrique Borrás, ganó en Buenos Aires una fortuna con un puñado de medianísimos actores, y sin más decorado que una docena de bastidores y un par de telones de desecho; en cambio, hizo un malísimo negocio, un año más tarde, volviendo al mismo punto con una compañía más que aceptable y con un decorado soberbio... ¿Está el éxito en el itinerario? Sobre un mismo camino, y en los mismos escenarios, Fulano se hizo de oro y Zutano perdió cuanto tenía, incluso el equipaje, que en el último hotel quedó en prenda de una cuenta no saldada...

La fortuna ¿es el mérito? ¿es la ostentación? ¿es el instante propicio? ¿es el capricho de las multitudes? ¿es el arte del reclamo y del sabio manejo del bombo y del platillo? ¿es el saber congraciarse con los críticos de los grandes periódicos, trabando amistad con los íntegros, y abandonando sin

esfuerzo algún centenar de pesos en manos de los veniales?...

Es cada una de estas cosas separadamente, y todas juntas á la vez... Y sobre ellas, el antojo de esta gran tirana de la vida : ¡ la suerte !...

Por eso, cuando un actor, cuando una actriz, al cabo de cien peregrinaciones, reveses y esfuerzos, consiguen llegar á la cumbre de la fama, sin encontrarse del otro lado de esa cumbre la sima de la miseria, ellos y Dios solamente pueden saber á costa de qué perseverante voluntad, de qué obstinada economía, ó de qué maquiavelismos inconfesables lo han podido lograr...

IV

¿ Quién puede augurar ? ¿ Quién analizar ? ¿ Quién precisar nada en cuestión de teatros y en cuanto hace á la historia y á la psicología de los actores ?

Cuando en 1854, don Antonio Vico dió comienzo á su carrera teatral en Málaga, en la compañía que dirigía su padre, lo hizo durante cierto tiempo con tan mala fortuna que se le reconoció unánimemente como perfecta nulidad. Representando un papel en el sainete titulado *La casa de los abates locos*, el público le dispensó una silba tan estrepitosa, que el joven actor dió por terminada allí su carrera... Años más tarde, era ya el inmenso artista que no había de encontrar rival ni sustituto en la escena española.

Rossell era en Barcelona un aficionado y un desconocido, cuando le contrató don Francisco Arderius. He aquí como el erudito Flores-García nos cuenta el secreto del primer triunfo de este gran actor :

— « Al comienzo de la temporada de 1869-70 de los *Bufoj Madrileños*, en el teatro del Circo de la Plaza del Rey, debutó el aficionado barcelonés con el importante papel del duque en *Genoveva de Brabante*, obteniendo, desde el momento de su presentación en escena, un éxito brillante y excepcional, éxito debido principalmente á una circunstancia ajena al arte, y hasta puede decirse negativa, hecho que muy pocos saben y que él mismo me refirió muchos años después. Fue el caso que, estando entre bastidores esperando su primera salida, poseído de miedo cervical, arrepentido de haber abandonado los libros de caja, y creyendo firmemente que le iban á dar una silba formidable, se le acercó el traspunte y le dijo esta palabra sacramental : — ¡ Prevenido ! — El no conocía esa fórmula para echar los actores á la escena, y se asustó aún más de lo

que estaba. Momentos después le dijo el traspunte : ¡ Fuera ! — Y viendo que no se movía, de un empujón le lanzó á la escena, presentándose el atribulado cómico á la vista del público, temblando, con sus ojos saltones fuera de las órbitas, las piernas dobladas, y casi á punto de dar con su cuerpo sobre las tablas... El concurso creyó que aquello era un meditado estudio para la composición del tipo, y le hizo muchísima gracia, y antes de que hablase, le obsequió con un aplauso atronador, con una ovación delirante. Aquello era la verdad misma, según el sentir del público. ¡ Y tan verdad como era ! Aquel inesperado recibimiento le alentó ; se rehizo, se tranquilizó, se percató enseguida del engaño del público, y empezó y continuó la representación en la misma lamentable actitud en que había salido. Resultaba gracioso de veras. Obtuvo un éxito magnífico, y desde aquella noche, para él memorable, fué el alma de la compañía y el ídolo de las multitudes ».

Del más gracioso de los actores ingleses, David Garrick, se cuenta la siguiente anécdota :

Afligido de una hipocondría que le hacía la vida intolerable, fué á visitar á un médico que no le conocía, y al que no dió su nombre.

Al encontrarse ante aquel cliente tan triste y tan lúmbre, el médico le recetó distracciones...

— ¡ Nada me divierte ! — explicó Garrick. Como recurso supremo, el doctor indicó :

— ¡ Vaya usted al teatro, vea trabajar á Garrick, y le aseguro que se distraerá !

Desconsolado, el actor hubo de responder :

¡ Garrick, soy yo !

Cuando Enrique Borrás comenzó su carrera, trabajaba en Barcelona, pero vivía en un pueblo cercano, á varios kilómetros de la ciudad... Llevado del afán de crear una compañía propia, el entonces principiante ahorraba cuanto podía y se privaba de todo. Al terminar su abrumador trabajo, recorría á pie, por no gastar unos cuartos en coche, el camino que separaba el teatro de su casa... Así llegó á reunir una onza de oro, y con objeto de hacerse fama de rico, y de adquirirse crédito entre actores y dueños de teatros para llegar á la realización de sus planes, enseñaba su moneda en cuantas ocasiones podía, dando á suponer que poseía no una sola, sino buena provisión de ellas. En una de estas ocasiones, un compañero necesitado le pidió, ante los demás, un préstamo de algunos duros. Magnánimo, Borrás le entregó la célebre moneda que era toda su fortuna, y que como es de suponer, no le fué devuelta jamás. Así comenzó la leyenda de sus ahorros ; así pudo contratar actores y

teatros sin disponer de un céntimo, y así llegó á ser como es, el actor más rico, al par que el más ilustre de España...

Hay en Madrid un actor mediano que, asociado primero y casado después con una famosa actriz, formó compañía permanente, adquirió un teatro, y en él se obstina en deslumbrar á sus contemporáneos á fuerza de prodigalidades y grandezas...

Uno de sus gestos favoritos consiste en esto : pocos días antes de un estreno sensacional convoca á todos los críticos y amigos, para que asistan á un ensayo general de trajes y decorado.

Los trajes de las primeras figuras han sido previamente encargados á París, y están ya en el teatro ; pero para el ensayo, las citadas figuras visitan trajes provisionales, confeccionados por la sastretería de la casa.

El decorado definitivo está ya ultimado y guardado en el almacén ; pero para el ensayo se monta un decorado provisional, de mucho efecto y de poco coste.

Comienza e ensayo. El actor y su esposa dirigen... comentan... censuran. Ensayan juegos de luces. Mueven las figuras. Cambian los telones. Y, al fin, comunican á sus admiradores y amigos que ni el decorado ni el vestuario les satisfacen... El actor de las afectaciones se adelanta hacia los bastidores, y con su bastón los desgarran, en tanto que la actriz de las terribles soberbias da orden de que los trajes se arrinconen, por inútiles, en el almacén...

— ¡ Bah ! — exclaman los protagonistas de esta pequeña farsa — ¡ unos cuantos miles de pesetas tirados á la calle !...

Y llamando á su administrador, le dicen de modo á que todos lo oigan :

— ¡ Hay que encargar esos trajes á París, y hay que hacer pintar de nuevo el decorado !...

Como los trajes se han hecho ya para que sirvan en el repertorio general del vestuario, y como el decorado roto se remienda y sirve para montar obras en provincias, no se ha perdido ni un céntimo, y en cambio los críticos,

al día siguiente, y refiriéndose al gesto, repiten á diestro y siniestro la frase buscada :

— ¡ Eso es hacer las cosas en grande, y lo demás es un cuento ! ..

V

En lo que al secreto del buen éxito se refiere, aparte de la indispensable existencia de un talento verdadero, que en ocasiones no basta para hacer triunfar ¿ cuál es, sobre la escena, la clave del aplauso ?...

¿ Estudio ? ¿ Inspiración ? ¿ Práctica ? ¿ Marrullería ? Digamos, como más arriba, cada uno de estos recursos y todos á la vez...

No olvidaré, á este propósito, un diálogo con Borrás sobre la cubierta

del « Cádiz », á cuyo bordo viajábamos los dos con rumbo á la Argentina.

Era bajo el constelado cielo de una clara noche tropical. En el salón se bailaba, la segunda cubierta había quedado desierta, y sobre ella paseaba yo en abstracción y en silencio.

Sobre la borda, allá lejos, una sombra se inclinaba y susurraba una voz. Aislado y absorto, Borrás vivía un papel... ¿ Neri ? ¿ Abu-Ysac ? ¿ Don Diego Acuña ? ¿ Quién sabe ?

Fuí lentamente, en devoción y en silencio... La sombra seguía diciendo su cuita al espacio y al mar : su cuita, que era la inmensa tris-



Don Benito Pérez Galdós dirige actualmente el Teatro Español. ¿ Cómo se las arregla un hombre tan sencillo y tan ingenuo como lo es el célebre escritor, para gobernar un cotarro de actores ? ¿ Sería curioso saberlo !

teza de Fred en la inmensa Fuerza Bruta.

Terminó el parlamento. El gran actor se volvió hacia mí, y su voz insegura, en la que aún temblaba un sollozo, me confesó:

— Este Fred me asusta un poco; me domina á mí en lugar de dominarle yo á él... ¡ Me emociona hasta hacerme llorar!...

— ¡ Tanto mejor! — le dije — ¡ El arte y el público saldrán ganando!

— ¡ No lo crea! — replicó. — Jamás la emoción real adquiere la intensidad escénica de la emoción fingida, y un actor no debe sentir su papel hasta el punto de emocionarse realmente. Vea lo que me ocurre en el « Místico ». El público imagina que acabo el drama extenuado, y sin embargo, es la obra que hago con más facilidad y menos fatiga... Estudiado el tipo y establecida la gradación del gesto y de la voz, llego al final, luego de hablar durante el drama entero, sin el menor cansancio y sin la más pequeña emoción real. ¿ No recuerda, en Madrid?

— ¡ No lo he de recordar, don Enrique! Aquella famosa noche en la cual *muviéndose*, y en tanto que en el público todas las mujeres y algunos hombres lloraban, usted bromeaba con la característica, que se veía y se deseaba para simular el llanto de una madre desesperada, dominando las ganas locas de reír...

— ¡ Y como aquella, cuántas noches! Yo hago comedias con todo el rostro cuando doy frente á la saia; cuando sólo estoy de perfil, pongo triste al público con media cara, y hago reír á los compañeros con la otra media.

— ¡ No lo comprendo! — confesé yo.

— La clave es sencilla — explicó el gran artista. Hay que dominar la técnica del papel, y no dejarse dominar por su emoción. Un hombre que sufre de verdad, en escena no parece que sufre. El teatro, de embocadura adentro, necesita ser visto con lente de aumento. Hay que pintar doble para que parezca sencillo, y hay que tocar en lo inverosímil para dar á los caracteres aspecto de realidad... Por ello, si la emoción del papel se adueña de su intérprete, este olvida su misión y vive como un hombre, no como un actor... Paradoja será, pero si hemos de dar la ilusión del dolor, es menester no sufrir...

— ¿ Entonces — pregunté — la mejor disposición para el trabajo escénico sería una completa ausencia de emoción?

— De emoción directa... En cambio, la emoción refleja es del todo favorable. La primera cohibe y anula el dominio de las facultades; la segunda predispone á toda labor artística, prestándole un colorido y una intensidad extraordinarios. Escuche lo que me ocurrió en Canarias, y el ejemplo hará

más inteligible la teoría: — Regresaba yo de una excursión al valle de Orotava, y la contemplación de aquel paisaje de maravilla me había causado una impresión enorme. Bajo ella aún, llegué á la escena, é hice la comedia. El público insistió en el aplauso más que de costumbre, y críticos y amigos desfilaron por mi cuarto prodigándome los elogios de las grandes solemnidades. Me dijeron que indudablemente había *sentido mi papel como nunca*; que había prescindido de mi personalidad, para encarnar la del protagonista del drama, con sorprendente exactitud; y glosando este tema, se entregaron á una serie de apreciaciones psicológicas, acerca de la tremenda sugestión bajo la cual me habían visto trabajar... No hubo tal sugestión del papel sobre mí, é hice la obra sin sentirla, ni más ni menos que en otras ocasiones.

Lo ocurrido fué, que la emoción causada por el paisaje me había predispuesto con acción refleja á la interpretación de la obra, y la representé mucho mejor que de ordinario, sin esforzarme en ello y sin que me sugestionara durante un solo instante.

VI

Al dar principio á esta plática conocimos á Mengánz, nuevo actor sobresaliente, y á su danita joven, ya notable. Ambos se hallaban en la alborada de su historia y en el principio de sus aventuras. Digamos ahora como en las novelas: ¡ Han pasado muchos años!... Los dos artistas rodaron medio mundo, cambiaron cien veces de compañía, y pisaron todos los escenarios del habla castellana... Y al fin, llegaron á la cumbre: á la cumbre amarga de la gloria, tras de la cual, si no en todo caso está la miseria, siempre, en cambio, está el olvido.

Antonio Vico, el coloso de la escena española y el ídolo de los públicos, murió misero, viejo y solo, en el buque que, de regreso de América y al cabo de una campaña desgraciada, traía á la patria.

Ricardo Calvo, cuyo talento determinó el éxito de obras que dieron muchos miles de duros á sus autores, y que fué maestro de buen número de actores — entre los que hubo de contarse una actriz que ya entonces, al morir Calvo, cosechaba aplausos y derrochaba dinero — Ricardo Calvo murió en España, pero no menos abandonado y solo que muriera Antonio Vico. Murió desatendido por quienes más gratitud le debían, y cuando el coche fúnebre llegó al cementerio y alguien exclamó: « ¡ Vengan seis amigos para bajar en hombros á Ricardo! » — los seis amigos no se hallaban allí reunidos.

¡ Nada hay tan amargo como la decrepitud de un actor! ¡ Nada tan triste como la vejez de una actriz!

¡ Pobres marionetas!... Vivieron la vida usurpada á los héroes de sus cuentos, y esa vida ficticia fué lo mejor de su existencia, ya que durante ella descendieron hasta sus frentes y hasta sus corazones los hilos celestiales del arte y del amor... Vivieron también su vida propia, pero en ella quedaron á merced de los cordelillos groseros ó triviales que nos mueven en las farsas verdaderas de nuestros días...

¡ Pobres marionetas!... Hicieron, á su paso por el mundo, mucho bien y mucho mal. Por el bien, recibieron como recompensa la satisfacción de su vanidad; por el mal, que nació de esa vanidad misma, recibieron como atroz castigo el abandono y el olvido... Y, de tal modo, el actor que en su juventud pudo conmover al público con lágrimas fingidas, sólo encuentra en ese mismo público, y llegada la vejez, una absoluta indiferencia ante sus lágrimas verdaderas.

ANTONIO G. DE LINARÉS.



El genial actor Tallaví, en la comedia Nena Teruel.



Por AMADO NERVO



I

La humanidad, amigo mío, dijo el sabio, ha rondado hace siglos alrededor de ese muro invisible que le esconde el futuro, sin acertar jamás á salvarlo, para ver lo que acontecía del otro lado, á pesar de su infinita curiosidad. Quizá debe ser así, quizá no debemos quejarnos de esto ¡Quién sabe si el hombre no está preparado aún, para ver las cosas que se encuentran más allá del hoy! ¡Imagínese usted el terror, el desconcierto, el desaliento que se apoderarían de nosotros si vislumbrásemos nuestro destino! ¡Quién tendría ánimos para seguir viviendo! El fantasma de la muerte se erguiría implacable cerrándonos el paso... Caeríamos en la desesperación. Cuando el hombre sea más sabio, más sereno, más fuerte, sus sentidos se afinarán de tal manera, que les será dado ver, por fin, lo que está detrás del muro enigmático... Este muro, continuó el doctor, no es, por lo demás, tan cerrado é impene-trable como se supone. Hay grietas, hendiduras por donde puede uno asomarse y atisbar algo, por donde de hecho se han asomado los profetas, los visionarios, las pitonisas, las sibilas... Lo inconsciente y lo consciente están ligados por un tenue pasadizo... Ciertos seres privilegiados se aventuran en él, y vislumbran con más ó menos certeza las arquitecturas vastas del porvenir, como desde un balcón se presente el dédalo de calles y palacios de la ciudad en tinieblas...

— ¿De suerte, que Ud. insinúa la posibilidad de que todos veamos el futuro?

— Ya lo creo, y antes de dos siglos, buena

parte de la humanidad, los más afinados, lo verán sin duda... Ahora mismo, dados los adelantos admirables de la histología, un Ramón y Cajal... yo mismo, vamos, podría acaso dar á un cerebro, mediante operación relativamente sencilla, esa facultad de percibirse del mañana, de conocerlo, de verlo con la misma visión clara y precisa que se ve el ayer... Esto nada tiene en suma de extraordinario, siguió el doctor, sonriendo de la expresión de asombro que advertía en mi semblante: ¡Quién sabe si desplazando ligeramente un lóbulo cerebral, si orientando de diferente modo la circunvolución de Broca, ó desviando un haz de nervios, como asienta un perspicaz pensador, se lograría el milagro!... ¿Pero habría hombre que se atreviese á ponerse en nuestras manos para esa operación?

— Sí que lo habría, doctor — exclamé yo con vehemencia — sí que lo habría, y aquí lo tiene Ud. á sus órdenes... es decir, aquí me tiene usted.

— ¡Cómo! ¿sería Ud. capaz?...

— Ya lo creo... ¿Pero Ud. no sabe que hace muchos años, una curiosidad inmensa, la curiosidad del misterio, me abrasa las entrañas? Yo no vivo sino para interrogar á la esfinge, rabiosamente... Sólo que la esfinge no me responde...

— Y si sustituye Ud. su felicidad... su relativa felicidad actual por un infierno, tal como no lo soñó Dante... si va Ud. á padecer el suplicio infame de ver acercarse el mal, la desgracia, la catástrofe, con toda claridad y evidencia, sin poder evitarlos... ¿se imagina Ud. la si-

tuación de un pobre hombre que estuviese ligado fuertemente á los rieles de un ferrocarril, y que viese avanzar, implacable, la locomotora, que vendría á triturarlo, á desmenuzarlo, á untarlo sobre la vía sin poder siquiera moverse un ápice, desviarse ni el espesor de un cabello? Pues poco más ó menos sería esa la situación del hombre que viese el porvenir, más espantosa aún por más lenta... Esto, en cuanto á las catástrofes. Las alegrías futuras que con su espectación podrían compensarle de tales horrores, también le atormentarían á su manera; es decir, que nuestro mártir viviría devorado por la impaciencia de la dicha ventura, cuya llegada no le sería dable anticipar... Sería su alma, como la novia que espera una cita con ansiedad inmensa, y que no puede adelantar la hora en el reloj tardo é implacable. Otro motivo y muy grande de cuita consistiría en prever la desaparición de los que amamos. Imagínese Ud. por un momento que, joven como es Ud. (28 años apenas ¿no es cierto?) se ha unido por amor, un amor infinito, á la mujer de sus ensoñaciones; que su vida, al lado de ella, es el paraíso por excelencia; y que gracias á la maldita facultad de ver el futuro, adquirida merced á la operación que yo le haría, empieza á ver á la amada palidecer levemente dentro de un año, dentro de dos ó tres, ir languideciendo todos los días sin remedio, y por fin morir en sus brazos... En vano, espantado, se volverá Ud. hacia el presente, se refugiará temblando en el hoy delicioso, en vano se echará en los brazos de la esposa dilecta; la visión persistirá, porque no es cosa del ensueño ni de la pesadilla, sino la definición precisa del hecho futuro, del hecho existente ya; porque, en realidad, todo: el pasado, el presente y el futuro, existen de una manera simultánea en el mismo plano, en la misma dimensión, sólo que nuestra visión actual está limitada á una zona, como está limitado nuestro oído que no percibe más que cierta amplitud de vibraciones, y nuestro ojo que no ve más que ciertos colores... ¡Eh! ¿qué piensa Ud. de ese tormento que le he descrito?

— ¡Que sería inquisitorial, amigo mío; de un horror psicológico superior á todos los cuentos de Poe... pero que no me arredra! El prestigio de la situación es tal, á pesar de la angustia inenarrable que trae aparejada, y tal la novedad del caso, que en mí puede más la curiosidad que el miedo...

— ¿Pero habla Ud. en serio? — exclamó el sabio con un tono de voz que yo no le conocía. — Mire Ud. que, para la ciencia, sería este experimento de que hablamos de un valor incal-

culable; mire Ud. que cambiaría el eje moral é intelectual del mundo; mire Ud. que el sabio que realizase con éxito este experimento, se volvería casi un Dios...

— Pues inténtelo Ud. Doctor — le repliqué, estremeciéndome sin embargo, á pesar mío — aquí tiene Ud. un sujeto decidido, un paciente dócil... Si se logra en mí la mutación, ambos compartiremos la gloria: Ud. realizando el milagro, y yo, gracias á mi temeridad inmensa, pudiendo decir al mundo sus destinos... Seré un vidente mayor que todos los profetas, un oráculo superior á todos los oráculos; nunca en Delfos se agolparían las multitudes ansiosas como se agolparán á mi puerta, invadidas por el estremecimiento del enigma...

— La ciencia, amigo mío — dijo el doctor, con la misma voz de matiz grave y austero — le deberá á Ud. más que ha debido á hombre alguno... Pero, francamente, dudo que, llegado el momento, Ud. tenga el valor...

— Hace Ud. mal en dudarle, doctor. Yo soy así, temerario, quizá por el deseo inmenso de sensaciones nuevas que maten el espantoso tedio de mi vida, quizá por orgullo, por la vanidad de las situaciones excepcionales... ¡qué sé yo!... Pero jure Ud. que si por ejemplo se inventase un vehículo para ir á una estrella, y se buscara un hombre capaz de ensayarlo, sería yo ese hombre, aun á sabiendas de que jamás volvería á la tierra, de que por cualquier error en los cálculos podría quedarme en el espacio, rondando alrededor de un astro, é incapaz de abordarlo...

— Comprendo su estado de ánimo, y veo con inmenso placer que es Ud. mi hombre. Haremos, pues, un pacto, un gran pacto, único en la historia del mundo, y Ud. se sujetará á la prueba. Pero antes he de ensayar, no una sino cien veces, esta operación en animales diversos, especialmente en monos y en perros; claro que no van ellos á poder decirme si ven el futuro, pero habrá indicios seguros, aun procediendo de sus cerebros embrionarios, y además lograré saber con certidumbre dos cosas: primera, que la operación es practicable sin peligro alguno de la vida, y segunda, que no trae como consecuencia la locura.

— Ensaye Ud., Doctor, cuanto guste, y así que esté seguro de la pericia y firmeza de su mano, dígame, para ir á extenderme sobre la mesa de su clínica, de donde he de levantarme sabiendo tanto como los dioses...

— De acuerdo — exclamó sencillamente el doctor.

Y nos estrechamos la diestra, con la deci-



Yo mismo, vamos, p... oídla caso dar á un cerebro, mediante operación relativamente sencilla, esa facultad de percatarse del mañana, de conocerlo, de verlo con la misma visión clara y precisa que se ve el ayer...

sión grave y casi teatral de quien sella un compromiso inmenso.

II

No voy á describir la operación de que fui objeto, los preliminares requeridos, las precauciones sin cuento que la precedieron, el malestar indefinible que la siguió, los días de fiebre y de semi-consciencia que pasé ex-

tendido en el lecho, las solicitudes más que piadosas llenas de curiosidad de los que me rodeaban, y el pasmo del doctor y su expresión á la vez de miedo y de triunfo cuando empezó á palpar los resultados de su obra. Algo he de dejar á la imaginación de quien me lea, y dejo este periódico de crepúsculo, de alba mejor dicho, seguro de que la fantasía ajena completará mi historia con más colorido que la descripción propia.

Empezaré por tanto á relatar lo que sentí y ví, en cuanto la primera hebra de luz se coló á mi espíritu.

Es claro, que este «vi» se refiere á una visión interior, pero material, ya que estaba por imágenes constituida.

Mi situación era análoga á la de un hombre que se encontrase en la cima de una montaña, y viese desde ella, de una parte el camino recorrido, de la otra el camino por recorrer. Sólo que aquí, esos dos caminos estaban llenos de cosas y figuras, no en movimiento, sino inmóviles, á lo largo de los mismos. Es decir, que mi vida, ante la clara contemplación interior, se hallaba partida en dos porciones por el presente, en dos panoramas, mejor dicho, cada uno de los cuales, sin confusión, sin enredo ninguno, se desarrollaba dentro de una variedad que era unidad y una unidad que era variedad. Imposible expresar esto (y de ello me duelo y me desespero) sino con imágenes inexactas tomadas del diario vivir nuestro, y de la vieja normalidad de las cosas que nos rodean; pero ¡qué remedio, pues que no tenemos ni vocabulario ni imágenes para descripciones de tal manera extraordinarias! Contentémonos, por tanto, con la mísera deficiencia de los recursos familiares.

Los sucesos futuros, las personas en juego en ellos, las cosas á ellos relativas, el escenario en que debían realizarse, todo estaba delante de mí en perspectiva admirable, y la sucesión de los hechos diversos se me revelaba por la reproducción del mismo hecho, con las variantes y las progresiones necesarias. Por ejemplo (esta palabra «por ejemplo», odiosa traducción de nuestra impotencia para expresar lo inefable, me choca y molesta sobremanera, pero hay que emplearla) veía yo el futuro como se ven las tiras de papel del kinetoscopio. Supongamos que se tratase de la caída de un hombre desde un balcón. Primero veía al hombre en el momento de desprenderse, luego desprendido, después agitándose en el aire, en seguida estrellándose en la acera. Imaginemos que se tratase de un derrumbamiento; pues veía, primero la casa en pie, luego agrietándose, después estremeciéndose, al fin desplomándose, como si fuesen, no una, sino varias casas extendidas en estas diversas circunstancias á lo largo de un plano inmenso...

En cuanto á mí, me contemplaba en todos los actos futuros y sucesivos de mi vida; era aquella una muchedumbre inmensa de yos, pero que por razones que escapan á toda explicación, ni se atropellaban ni confundían, cabiendo todos en el plano ideal de que he hablado. Yo ahora, yo mañana, yo durmiendo,

yo durmiendo, yo enfermo, yo en plena labor... y á los lejos, como envuelto en tenuísima bruma, yo siempre, pero más maduro... más viejo, en unión de hombres y mujeres conocidos y desconocidos, de perspectivas de ciudades, de campos, de habitaciones...

Por último, en una lontananza que no estaba constituida precisamente por la distancia, sino por la muchedumbre de estados, de actos, de situaciones diversas, mi camino expiraba en vaguedades indecibles, y el panorama, sin aquella como teoría inmóvil de seres y de cosas conmigo relacionados, continuaba imborrable, lleno de figuras, de formas varias, de acciones por ejecutarse...

Cosa más peregrina aún: desde el momento en que, extendido en mi lecho, había comenzado á vislumbrar estas perspectivas, estos panoramas, los primeros términos del paisaje interior iban acercándose, como una gran cinta móvil... como un camino poblado de infinidad de fantasmas que viniese hacia mí... Sólo que, observando un poco, bien pronto caí en la cuenta de que aquello era inmóvil, y de que sufría yo ilusión idéntica á la del viajero del tren, que cree que andan los árboles y las casas y que desfilan frente á él. En realidad, me fué fácil darme cuenta en breve de que yo, animado por un movimiento incomprensible, que no se efectuaba á través del espacio sino de una dimensión desconocida, iba hacia toda aquella ordenada muchedumbre de actos, de seres y de cosas disímboles. Pasaba yo, no al lado, sino como al través de cada uno de ellos; me iba como metiendo flúidicamente dentro de los yos que estaban escalonados en el camino y ejecutando los actos previstos, los cuales no desaparecían porque yo los ejecutase, sino que sencillamente tomaban diversa posición con respecto á mí mismo, de suerte que ya no me era dable tocarlos, poseerlos, identificármelos, pero sí verlos en perspectiva distinta, que iba en sentido opuesto, hasta llegar en brumosos panoramas á mi infancia y á mi nacimiento...

Lo que más me sorprendía de aquella interior visión, era que no me inquietase en lo más mínimo, que me pareciese, por el contrario, no sólo natural, sino consubstancial á mí, en sumo grado. Al principio, me contenté con divagar á través de las diversas perspectivas, perezosamente, sin interesarme en ninguna sucesión especial de hechos, pero después fui como aclarando mi visión, como desmadejándola y definiéndola, y entonces pude seguir los hilos, no sólo de mi propia vida, sino de muchas ajenas, pues á medida que más insistía en ver, se ampliaban más los planos...



— ¿Pero habla Ud. en serio? — exclamó el sabio con un tono de voz que yo no le conocía.

Mi asiduidad hizo que mirase en relativamente cercano *devenir* una vida, que suavemente empezaba en no sé qué recodo del futuro á unirse con la vida mía. Era una mujer, era un rostro... era un fantasma, pero lleno de precisión y de prestigio.

Primero, el camino que parecía seguir era paralelo al mío; luego, iba orientándose ha-

cia mi camino; y, por fin, los dos se confundían en uno que ondulaba entre flores... Pero — ¡oh angustia presentida ya por el sabio, antes de practicar la operación maravillosa de que había yo sido objeto! — las dos vidas se desunían en determinado punto del sendero, y aquella mujer desaparecía para siempre, dejándome continuar solo el camino...

Cuando comencé á verla en esa zona luminosa de futuro que se extendía ante mi visión interior, estaba todavía lejos. Su infancia transcurría en un sitio delicioso. Era una *villa*, un castillo mejor dicho, rodeado de inmenso parque y enclavado sobre una eminencia que descendía en ondulaciones verdes y suaves, hasta muy cerca de una playa amplísima donde morían cantando las ondas azules y sonoras del mar... ¿de qué mar?

Aquel paisaje, lo mismo podía ser de Biarritz que de Trouville, de Niza que del Mar del Plata... Lo indudable era que yo lo conocía, que había estado alguna vez allí.

Los primeros días de mi convalecencia los pasé con el alma vuelta toda hacia la visión futura, hacia la rapaza adorable, más adorable á medida que más la contemplaba, en aquella comolontananzagrisperla, levemente dorada, en que su silueta rítmica parecía moverse.

Y contemplándola pasábame las horas muertas, sin querer ver ya más que á ella y en ella pensar continuamente, esquivando responder á las preguntas curiosas de las enfermeras y del médico que, ansioso de palpar los resultados de su audaz operación, venía muy á menudo á verme.

Todo me era tedioso en el desabrimiento de mi convalecer, menos aquella silueta armónica que, sin presentir siquiera mi existencia, triscaba por los prados y entre los árboles... ó presintiéndola quizá... Sí, presintiéndola quizá, porque una tarde dejó el juego y apartándose de una amiguita suya, fué á sentarse en un poyo sombreado por el pudo árbol. Allí quedóse pensativa, con la mirada vaga... y de pronto, sus ojos se clavaron en mí. ¿Cómo? no acertaré á decirlo: aquella mirada era un absurdo, un imposible... pero sus ojos se habían clavado en los míos, segura, indudable, indefectiblemente. Yo sentía derramarse por mi espíritu su mirada, y mis ojos sabían que sus ojos estaban fijos en ellos, y sabían, además, por una sensación como de rechazo flúidico, que los de ella, profundamente azules, recibían á su vez su choque místico... Sí, por algunos instantes, aquella mujer que me estaba destinada, aquella niña que iba á amarme más tarde y yo, nos vimos á través del tiempo, con la misma precisión que si nos separase sólo el alféizar de una ventana florida...

... Después, la jovencita volvió á sus juegos, y ya no tornó á ponerse pensativa, y ya no me vió más en aquel día...

III

Al siguiente día, el médico, impaciente y nervioso ante mi silencio, se resolvió por fin

á interrogarme de una manera directa, aprovechando la ausencia de los enfermos.

— ¿Cómo se siente Ud.? — me preguntó.

— ¡Perfectamente! — le respondí con seguridad.

— ¿No sufre Ud.?

— No sufro.

— ¿«Ve» usted...?

— Veo.

— ¿Todo?

— Absolutamente todo...

— ¿Y experimenta Ud. alguna sensación desagradable?

— Al contrario...

— Se diría, sin embargo, que me guarda Ud. rencor...

— De ninguna manera...

— Entonces ¿por qué esquivo Ud. toda explicación?

— Porque en estos momentos soy feliz, infinitamente feliz con lo que veo, y no quiero apartar de esta visión mi retina interior.

— ¿Cuándo me lo dirá usted todo?...?

— Más tarde, piense usted que aún vacilo en este dedalo de sensaciones contradictorias, que aún no me oriento. El mundo que se me revela es inmenso, indescriptible... Déjeme Ud. coordinar mis ideas. Por ahora, bástele saber que ha triunfado Ud., que logró cuanto se proponía, que su operación ha tenido un éxito maravilloso, que veo el porvenir, el mío y el de los demás, pero el mío especialmente por la claridad con que contemplo mi pasado... Mas necesito adaptarme á este nuevo plano, á este nuevo universo... y, sobre todo, quiero estar solo con mi fantasma...

— Con su fantasma...

— Sí, Doctor, con mi fantasma, con mi adorado fantasma... Estoy enamorado de una ¿cómo llamarle?... de una posibilidad; no, digo mal, estoy enamorado de una imagen, pero de la imagen de una criatura viviente... Estoy... pero no me pregunte usted nada, porque toda explicación profanaría la divina realidad de mi ensueño... Déjeme Ud. tranquilo, aquí, como me hallo, frente á esta gran ventana que da al jardín de la clínica, y por donde se cuelan hálitos capitosos de primavera. Ordene Ud. á los enfermeros que no me hablen; dígales que necesito para reponerme mucho silencio y mucha paz... y usted no me interrogue... en nombre de nuestra amistad.

Vi en la perplejidad del Doctor, que no comprendía (ni cómo había de comprender) mis palabras; pero, á fuer de hombre discreto, accedió sonriendo á lo que le pedía, y me dejó tranquilo. Los enfermeros, por su parte, no me molestaron más. Acercábanse única-



...hasta muy cerca de una playa amplísima, donde morían cantando las ondas azules y sonoras del mar...

mente para alimentarme, y lo hacían en silencio, alejándose en cuanto su presencia dejaba de ser indispensable para éste u otros menesteres.

Empezó, pues, para mí, desde entonces, una vida única, paradisíaca. Absorto ante mi futuro, con la misma devoción con que los viejos se engolfan en su pasado, ya no más abría los ojos. El presente me era tedioso, y su desabrimiento parecíame mayor cada día. Mi solo consuelo consistía en sentir que un

movimiento inexplicable y misterioso me acercaba a mi amada. Y a medida que me iba acercando abarcaba, por decirlo así, más porción del camino futuro, y la veía mejor. Podía deliberadamente (y ésta era una de las condiciones más apetecibles de mi actual estado) detener mi mirada interior donde me placía, ya en una, ya en la otra etapa del futuro, de suerte que un día, por ejemplo, complacíame en contemplarla en sus juegos infantiles, en ese límite de oro en que va a aca-

bar el ángel y a empezar la mujer; otras veces iba más hacia adelante, allí donde su vida estaba ya muy cerca de la mía, y quedábame en éxtasis ante sus nacientes encantos de moza, ante las insinuaciones suaves y prometedoras de la curva, que después era de leite de los ojos y el sentido. Llegaba hasta la intersección de nuestras vidas, y allí deteníame para no anticiparme y empequeñecer así el máximo goce futuro, no de otra suerte que como cuando leemos un libro interesante, esquivamos hablar con quien lo ha recorrido ya, y aun le suplicamos que no nos revele el desenlace. Sólo, si, me saturaba el alma del encanto y del perfume de aquella existencia, que aún no aparecía en mi camino, pero que podía ver yo, único entre todos los hombres, gracias a la metamorfosis sorprendente operada en mi sensorio.

Ella, en tanto, seguía marchando inconsciente, risueña y jugetona, hacia la inevitable cita que le había dado el destino para arrojarla a mis brazos. Ajena a todo, sólo de vez en cuando, esa enigmática sensación interior que se llama el presentimiento le agitaba el corazón, y acaso le dibujaba mi imagen allá en el fondo del alma... Entonces, la ideal criatura suspendía sus juegos como en aquella tarde, y se sentaba pensativa en el banco de piedra, con los ojos clavados en un punto hipotético. Era en ese instante cuando nuestras miradas se encontraban a través del tiempo, produciéndose una turbación arcana, indecible, profunda...

Decir que este uso a la Quimera de hoy, pero realidad de mañana, que este flirt con un futuro de mujer es inexpresable, no es decir nada; afirmar que no hay palabras con qué describirlo, es ensuciar, opacar con elisés estúpidos la intangible verdad del ensueño. Yo no creo que ningún dios haya gozado lo que yo gozaba, amando aquello que debía venir; no creo que en vida humana haya habido jamás el delicioso refinamiento de la mía; no imagino que las aventuras raras de la historia hayan tenido nunca la rareza de mi sin par aventura.

Era yo como un Tántalo al revés. Complacíame en ansiar el bien que forzosamente debía pertenecerme; en tener sed del agua mística y milagrosa, que sólo para mí se despeñaba ya de las montañas del Ideal, y corría sonante y cristalina hacia mi boca... Pero un día, a la beatitud empezó a suceder cierta leve impaciencia... A fuerza de ver y amar a aquella criatura, un vivo anhelo de poseerla, el viejo deseo, padre de la especie, empezó a morder cruelmente mis entrañas. Media el camino que nos separaba aún, y lo encontraba más largo de lo que ansiaba mi

anhelo. La certidumbre absoluta de que todo esfuerzo sería vano para anticipar los acontecimientos, acrecía mi deseo de posesión, y, al fin, éste se convirtió en una fiebre, lenta primero, furiosa después... Una para mí visible cadena de sucesos, de hechos, de actos, me separaba de mi amada. Nadie en el mundo, ningún arbitrio, ningún conjuro era bastante a hacer más corta esta cadena. Lo que había de suceder sucedería, con la implacable lentitud de su concatenación rigurosa. Yo podía, único hombre sobre el haz de la tierra, ver mi futuro, pero no acercarlo, ni en el espesor de un cabello...

¡Que ella habría de venir hacia mí, era un hecho absoluto; pero que no llegaría sino « a su tiempo » y sazón, era absoluto también!

Tales consideraciones no hicieron más que enardecer mis deseos, que llegaron hasta el paroxismo. Horas enteras pasé llamando a mi intangible niña, que jugaba, se reposaba, soñaba, delante de mí, en una misteriosa aunque distinta lejanía, haciéndole signos que no podía ver... diciéndole ternezas que no podía oír...

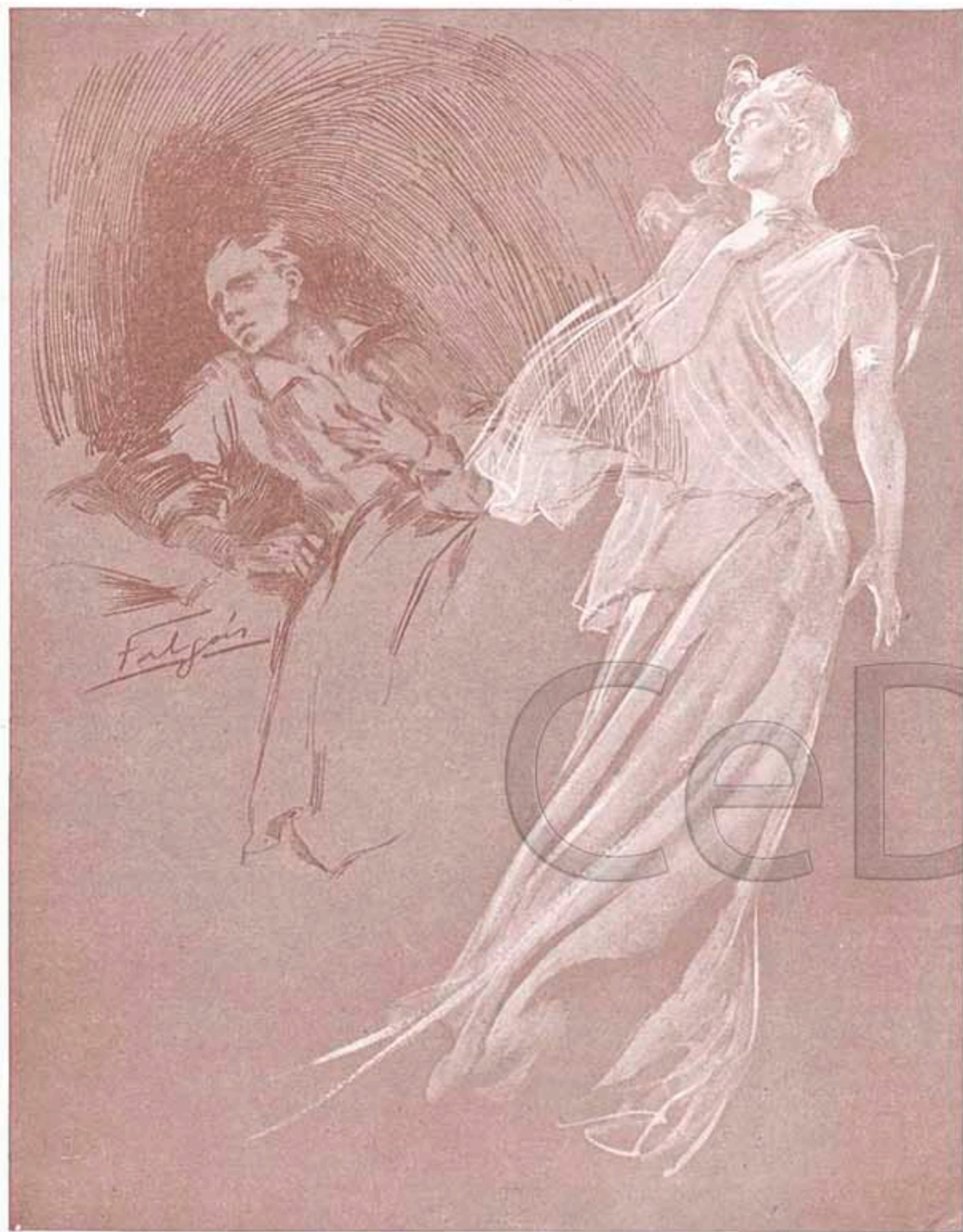
— Ven — exclamaba — ven ya, amor mío, salva esas vanas lindes de la infancia, burla como yo la engañifa del tiempo, rompe los muros invisibles que nos separan, y échate en mis brazos, en mis brazos que te aguardan, que corren, mejor dicho, hacia los tuyos, como dos alas abiertas, y que desesperan de llegar...

Pero la silueta lejana continuaba insensible... ¡Qué medio hostil nos separaba! ¡qué muro de diamante era aquél, conductor de la luz, cómplice de la visión, pero refractario a toda voz y a todo eco!...

Sin embargo, una noche; oh, lo recuerdo! la niña dormía en actitud angélica, a tiempo que yo decía las cosas más cálidas y acariciadoras que el amor humano ha podido encontrar en los tesoros del idioma, y de pronto, a un grito mío de ternura, más intenso y delirante que los otros, abrió los ojos, se incorporó inquieta apoyando su cabecita adorable en la diestra, permaneció algunos minutos mirando hacia el futuro, de donde le venían mis voces lejanas, tan insinuantes y poderosas, que habían logrado traspasar el muro aquél, burlar la lógica del tiempo y llegar a su oído de virgen, confusas quizá, pero con fuerzas suficientes para despertarla de su sueño.

IV

Al cabo de cierto tiempo, llegó empero mi angustia a ser de tal manera insoportable, que resolví no ver más, hacia aquella zona luminosa en que florecía antes de pertenecerme,



Pero la silueta ajana continuaba insensible.

la vida que me estaba destinada, y procuré entretenerme viendo venir los hechos inmediatos, examinando los *mañanas de cada hoy*; pero entonces caí en un desaliento grande, porque todo empezó á perder su interés para mí. Muchas ideas que me parecían importantes, muchas acciones ejecutadas en otro

tiempo hasta con énfasis, se perdían con sus consecuencias en un futuro cercano, sin haber servido de nada, sin dejar la menor estela, sin reforzar posibilidad ninguna... ¡Qué pocas cosas, de las que hacemos con tanto afán los hombres, me parecían dignas de haberse ejecutado! ¡Literatos y artistas que

habían sacrificado todo al bombo, desaparecidos en absoluto unos cuantos días después de muertos en la memoria de los hombres! ¡Capitalistas que ahora pasaban la pena negra para aumentar en algunas ruedas de oro ó en algunas *acciones* su acervo, arruinados mañana y despreciados por aquéllos á quienes habían negado todo servicio! ¡Viudas archiconsoladas en breve; señoritos elegantes estafando algunos años después fuertes sumas; toda la miseria y la necesidad del hoy, comprobada por el mañana implacable!

¡Cuánto desperdicio de hechos, de sucesos, de actos humanos, para obtenerse una mínima consecuencia en el porvenir! ¡Y por lo que respecta á los hombres, cuántos, pero cuántos, absolutamente inútiles! El genio de la especie no aprovechaba en el futuro, de cada millón, más que uno ó dos, pero era claro que sin ese millón, el uno ó los individuos útiles no podían existir. Se advertían, pues, claros, los designios inmediatos de la naturaleza: Producir mucha gente, una densísima masa humana, para durar, á pesar de todo lo aleatorio de la vida, y obtener de esta enorme masa unos cuantos individuos tipos, de los que sólo se logran merecer á innumerables coincidencias y circunstancias felices, y que colaboran con el Genio de la especie al mejoramiento y á la grandeza de la misma...

¡Y qué ridícula me parecía la petulante solemnidad de tantos y tantos hombres que conocía yo, siempre pagados de sí mismos, siempre engreídos de su importancia, acumulando empleos y honores vanos, mientras en los confines de la miseria se debatían con todos los horrores y todas las angustias, pulimentando así su espíritu para más tarde, seres que eran la verdadera flor y nata de la humanidad, porque estaban destinados á cepa de semidioses!...

¡Cuántos infelices vi despreciados por la pomposa suficiencia de nulidades, dando origen, á través de sólo tres ó cuatro generaciones, á inventores sorprendentes, á reformadores admirables, á pastores de pueblos... mientras que los otros, los orgullosos, solían acabar, á través de las mismas generaciones, en un hospital ó un manicomio, en las personas de nietos y biznietos epilépticos, paralíticos, imbéciles!...

¡Cuán noble y alta me pareció entonces la justicia, esa justicia distributiva de que antes había yo llegado á dudar! El espíritu humano necesitaba en absoluto el pulimento del dolor. Los cristianos hacían bien en considerar al dolor como la predestinación más alta. No sufrían mucho en la vida sino las

almas de diamante destinadas á altos fines, las capaces de soportar el fuego; las almas de lodo, en cambio, eran tan felices en su epicureísmo como el cerdo *épicuræ grege porcum...* y si los desheredados ó los tristes de la vida hubiesen podido ver como yo la grandeza futura de su estirpe, la glorificación de su esfuerzo, la divinización de su dolor actual, la importancia de este dolor para mejorar el mundo, de seguro que todos hubieran caído en éxtasis.

En cuanto á los poderosos de la tierra, de fijo que al vislumbrar lo que yo vislumbraba, no de la eternidad, sino del simple futuro, de su bienestar, del plato de lentejas por el que trocaban su primogenitura, se habrían apresurado á desprenderse de todo, absolutamente de todo, y á adoptar amorosísimamente la penuria, el abandono, el frío, y la soledad de los genios y de los santos.

La humanidad vivía atada á la tierra con una cadena de oro y engañada por el oro mismo, presumiendo que sólo dentro de ese torbellino de metal era posible la vida. En un siglo de progreso desigual, en un período de mercadería, el hombre iba animalizándose lentamente, sin una brizna ya de energías íntimas para las cosas esenciales, para la contemplación del universo. Y como procuraba pulir y afinar su espíritu para volverlo indestructible, inmortal, sólo su oro le sobrevivía, y eso en manos de otros (¡cuán otros, sí!) de aquéllos por quienes había trabajado, penado y sufrido desvelos. Y á poco andar, el oro ya no era nada, ya no valía nada, ni significaba nada. El mundo, llegado á una etapa muy avanzada de su desenvolvimiento, ni memoria tenía de que hubiese existido la moneda. Y todo el trabajo, toda la fatiga de los siglos, todo el odiar y llorar y anhelar por el oro y para el oro, aparecían entonces inútiles y ridículos, y lo único serio era el pensamiento de los hombres, hecho todo de inmaterial luz y de excelso ensueño...

Resueltas las necesidades primordiales de la especie, ésta se angelizaba á diario: ¡sus carnes mismas, cómo se azulaban y diafanizaban! ¡y á los sabios del porvenir que, por estudio, retrotraían su pensamiento á las épocas actuales, parecían absurdo que hubiese podido vivirse de otro modo! El negocio, que según la feliz expresión de Alfonso Karr, es el dinero de los demás, en muy próximo futuro moría. La equidad se enseñoreaba del mundo mucho más pronto de lo que habían imaginado los pesimistas, porque hay revoluciones que se preparan en los escondrijos del ir y venir cotidiano, y que de pronto estallan en llamada divina ante la muda estupefacción de las razas.



La inexorable muerte hacia la cual corríamos ella y yo desalados, acezando, con un vértigo de velocidad...

V

En cuanto pude levantarme, el Operador no me perdonó ya mi silencio ni mi apartamiento. Puesto que podía yo lozanear como planta que vuelve á la vida, puesto que á mi rostro los colores tornaban y mi pulso latía con firmeza, ya no era justo que él espe-

rarse más su gran parte de triunfo, de gloria, á que le hacía acreedor la nunca vista operación en mí practicada con tanto éxito, gracias á su pericia.

No hubo, pues, remedio. Fué preciso ir de aquí para allí: Primero á la Escuela de medicina, después á otros innumerables centros científicos, donde fui objeto de la más irri-

tante curiosidad, pues aquellos sabios escuchaban mis impresiones y sensaciones con desplante verdaderamente vejatorio, é iban anotando las respuestas que daba yo á su metódico é indigesto cuestionario, con una minuciosidad insoportable.

Fueron esos días de dura prueba para mí. No me daba punto de reposo, y en la noche volvía tan fatigado á mi rincón, que mi único anhelo era la inconsciencia bienhechora del sueño; inconsciencia relativa, á decir verdad, pues, en mi nuevo estado, los ensueños tenían extraordinaria y angustiosa lucidez.

Naturalmente, mi retrato, mi biografía, mis impresiones, abultadas por reporters, el relato nimio de la operación famosa (con proyecciones cinematográficas) y otras lindes por el estilo, llenaron páginas de revistas y diarios, especialistas ó no. El Operador crecía en gloria y fama á cada instante. Era el hombre del día en el mundo. Varios yanquis excéntricos le habían teleografiado pidiéndole que les operase, y él empezaba á tarifar, sin andarse con remilgos, las intervenciones quirúrgicas de nuevo cuño, la « Martinización », como llamaba ya á su procedimiento, pues acaso olvidé decir por creerlo dato baladí, que el sabio eminentísimo no se apellidaba más que Martínez (¡ apenas Martínez! como decía un colega y amigo íntimo suyo, que le odiaba con toda cordialidad desde su descubrimiento).

Pasó empero — ¡ qué no pasa! — aquel aluvión de publicidad, para mí cuando menos. El anuncio de nuevas operaciones hizo olvidar mi nombre, y yo entonces, sediento de reposo, ansiando con toda el alma encontrarme con mi fantasma, corrí hacia la costa cantábrica, y en una playita ignorada é íntima, donde mi tête à tête con el mar tenía que ser casi absoluto, alquilé una villa y me entregué á mí mismo.

« Ella » volvió á aparecérseme con todo el diáfano y sereno encanto de su adolescencia, perfumada y resplandeciente. Y cada día veíala yo más cerca, tal una proyección que va agrandándose y aclarándose en la pantalla, á medida que mejor se la enfoca. Podía ya discernir perfectamente las circunstancias en que debía efectuarse el primer encuentro. Dentro de un periodo de tiempo, difícil de medir, dado que justamente mi visión lo anulaba; en una playa, que no era aquélla en que me hallaba á la sazón, pero que acaso no estaba muy lejana, ese servidor del Misterio que se llama el Azar, debía apersonarnos y hacer surgir en nuestros espíritus la eterna Ilusión, madre de las razas... (en su espíritu, debiera yo más bien decir, porque yo me había anticipado al destino, merced á

una treta milagrosa, y amaba ya á la que iba á venir, como si la tuviese por primera vez entre mis brazos).

Se acercaba, pues, se acercaba... Todos los instantes, como invisibles manos, la empujaban hacia mí...

¡ Amar así, qué delicia!... ¡ sin miedo al mañana, que indefectiblemente nos ha de traer el bien; al mañana, que á otros les quita y á mí iba á darme; al mañana, que por lo desconocido es para todos amenaza y para mí solo era esperanza!...

¡ Amar así!... Pero ¡ oh, miseria nuestra! ¿ por ventura el amor no es planta de tal índole, que sólo puede germinar, crecer, vivir entre el miedo, la angustia, lo imprevisto?...

¿ No es tal nuestra idiosincrasia, que dejamos el bien cierto y grande por el bien mediocre é hipotético?

¿ Y lo imprevisto, sobre todo, no es el señuelo por excelencia del amor?

Así, pues, aquella dicha cierta, acariciada, detalle á detalle, noche y día, por la facultad nueva, por el sexto sentido nato gracias á la operación famosa, por cierta iba siendo menos dicha... En cambio, tales y cuales males futuros, enfermedades, disgustos, fracasos, y sobre todo la visión de la muerte que, á pesar de mi voluntad, solía surgir precisa en la lontananza, seguida de una zona oscura... muy oscura, empezaban á mortificarme más de la cuenta.

Yo era un dios (¡ qué duda cabe, si poseía lo que mortal ninguno poseyó nunca!) pero por lo mismo comenzaba á padecer el espantoso tormento de los dioses: ¡ la Previsión, en el verdadero, en el estricto sentido de la palabra, la *previsión* que quita toda la vaguedad, todo el encanto, el enigma todo á las cosas de la vida, y en cambio nos muestra con sus menores detalles el mañana, tal cual es, acabando en la negrura del aniquilamiento; la *previsión*, el más implacable de los males, el más espantoso privilegio de la vida consciente!

Sí, aquella mujer sería mía, é íbamos á amarnos mucho, é íbamos á marchar de la mano por el camino, rodeados de nuestros hijos; pero más allá, un poco más allá estaba la muerte... la inexorable muerte hacia la cual corríamos ella y yo desalados, acezando, con un vértigo de velocidad...

La sociedad de mí mismo, gracias á esta nueva visión de las cosas, á esta nueva aprensión de mi futuro, fuéme haciendo insoportable á su vez. El mal cierto me atormentaba de antemano; el bien cierto, gracias á la previsión, se me volvía insípido y poco deseable. Y yo que había ido á la playa solitaria á recrearme con mi fantasma, eché á correr una



Y yo temblando y ella encendida como el alba, nos tendimos resueltamente la mano.

noche de allí, á todo el vapor del expreso, hacia Biarritz, en busca de gente, de trivialidad, de ruido, de aturdimiento, que me despegasen de mi yo, de mi visión, de mi lucidez, de mi insoportable sentido nuevo...

Risas, músicas y charlas de casinos, cafés invadidos por multitudes triviales, elegantes

y cosmopolitas, bocinear de automóviles, ecos de deportes, eso, eso quería yo, é iba á buscarlo...

He dicho ya —y si no lo dije, bien está que ahora lo exprese — que mi visión del futuro era voluntaria. La operación de mi cerebro, al obtenerla, era análoga al esfuerzo más ó menos

leve que hacemos para recordar. Al futuro me asomaba yo, como se asoma uno á la ventana para ver el paisaje. Libre quedaba, pues, de no asomarme, pero así como á pesar de nuestra voluntad y del dominio que tenemos sobre nuestra imaginación, ésta nos impone á veces imágenes obsesoras de las que difícilmente nos desembarazamos, así también, con mucho esfuerzo, podía yo esquivar mis visiones del mañana. Sin embargo, desde que llegué á Biarritz, de tal suerte me lancé á la vida mundana, supe meterme en un torbellino tal, que ya ni de día ni de noche torné á la dolorosa ó plácida contemplación de lo venidero, y ni siquiera fijé una sola vez los ojos interiores en mi fantasma.

Todos los días jugaba al golf (deporte que fué siempre de mi predilección) acompañado de insulsos pollos, de lo más granado del cosmopolitismo veraniego de la Costa de Plata. Meter una bola en un agujero, me resultaba tan calmante como ver correr el agua. Y cierta tarde gloriosa de esas en que el sol, estriado de bandas de nubes, cae con una pompa incomparable, manchando de rojo la arisca Côte de Basques, el ideal Rocher de la Vierge, el fantástico y gracioso semicírculo de palacios que dominan la grande plage, mientras distraído contemplaba á una miss recorrer kilómetros con la consabida pelota, vi de pronto venir en mi dirección á una jo-

vencita vestida de blanco, ligera, ágil, sonriente... incomparablemente graciosa.

Bella creatura di bianco vesti'a...

« ¡Ella ! »

Sí, « Ella », voceó mi corazón ; « Ella », clamoreó mi alma toda ; « Ella », dijo el ritmo de mi sangre ; y mis entrañas gritaron : « ¡Ella ! »

¡Al verme se detuvo, pareció vacilar un momento, como si me reconociese, y sonrió... con divina, sí, con divina sonrisa, y yo temblando y ella encendida como el alba, nos tendimos resueltamente la mano, ya para siempre, ante la tarde que moría, ante el mar palpitante que se embozaba en brumas, ante las silenciosas primeras estrellas !

VI

Sí, bien lo sé, vosotras, almas ingenuas, que no dormís tranquilas hasta que no sabéis el desenlace de una novela, que no la juzgáis completa si queda flotando un hilo, almas que cada día sois menos, vosotras querriais que yo os dijese lo que pasó después : nuestras dichas, nuestros éxtasis, nuestras lágrimas, los horrores y las delicias del privilegio tremendo que me había sido otorgado... ¡ Pero para qué, amigos míos, para qué ! Esta historia no debe tener fin, crédmelo...

Amadoervo



CABEZAS

GRAÇA ARANHA

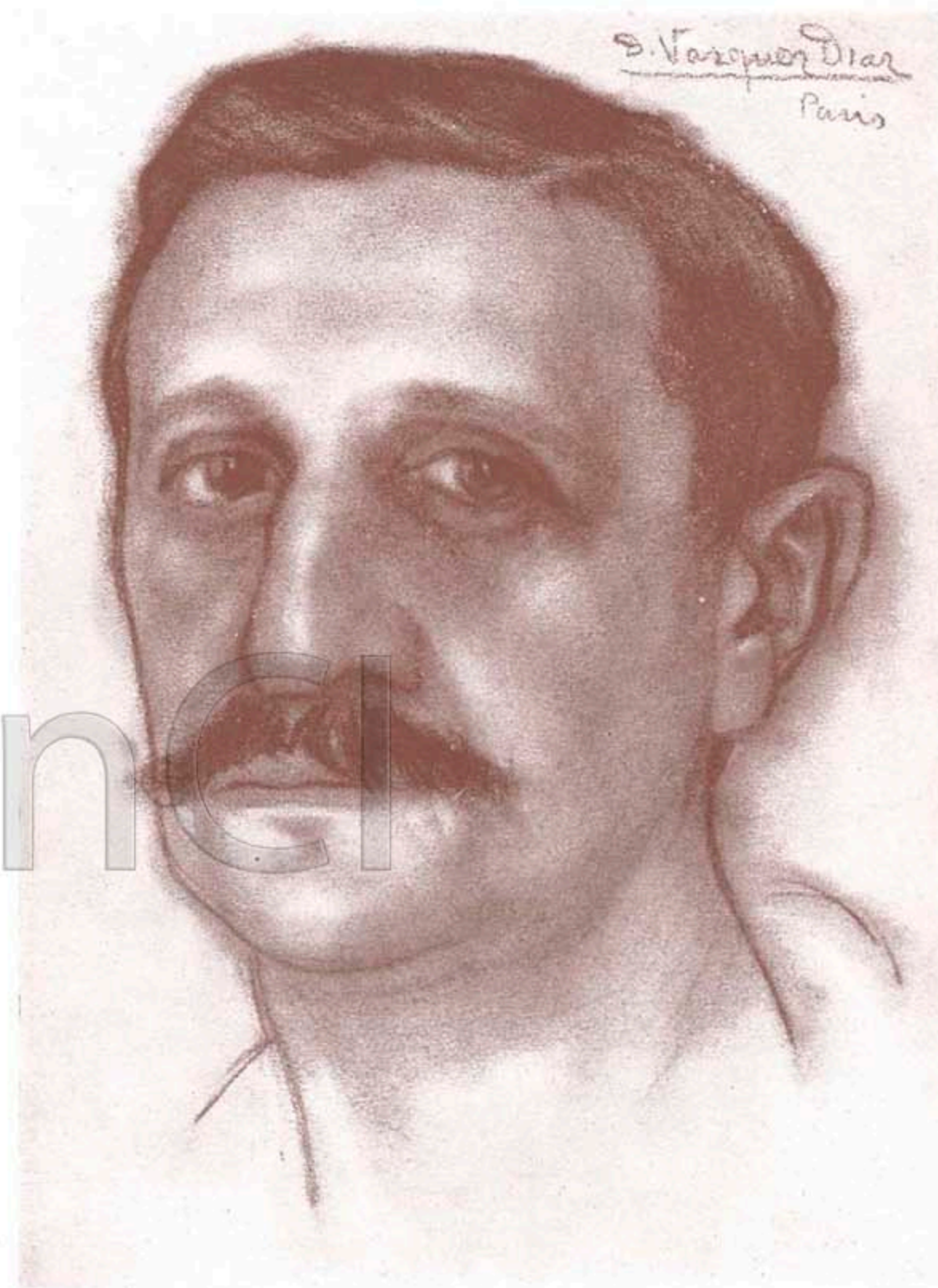
Uno de los críticos que han estudiado la personalidad intelectual de Graça Aranha — el Sr. Elycio de Carvalho — hace notar que antes de que la gloria iluminase el nombre del autor de *Chanaan*, era éste un escritor de cenáculo, « apenas conocido de sus íntimos, que lo sabían un talento peregrino, un espíritu culto, un artista de raza capaz de realizar el gran sueño de arte que le acariciaba el alma ». Hoy, Graça Aranha ha conquistado los más justos laureles, y es conocido y celebrado en todo el mundo literario. Mas su universal renombre no ha hecho más que hacer brillar mejor el puro diamante de su nacionalismo. El es brasileño ante todo, con satisfacción y con orgullo. Me decía hace pocos días: « Me place más ser comprendido por el último de los estudiantes de mi tierra, que por el primero de los escritores europeos ». Y en el Brasil se le devuelve su afecto con creces. Es de los que encarnan el alma de la raza, es de los representativos. El ha expresado en una prosa impecable y admirable el ideal patriótico, y ha pintado magistralmente el escenario fabuloso de ese vasto y vigoroso país, animado como ninguno de las savias de la tierra y de los fuegos fecundantes del sol. Muchos ilustres varones de pensamiento tuvo el pasado imperio, y tiene la joven república; pero ninguno había expresado el espíritu nacional, ni tenido tan hermosamente, en simbólicas figuras, la visión del porvenir, como el joven pensador que llegaba señalando el rumbo de la vida nueva, y cuyo libro resonante era — escribía el noble y grande José Veríssimo — « nuevo por el tema, nuevo por la inspiración y concepción, nuevo por el estilo ».

Chanaan, que tuvo tan estupenda acogida en la patria brasileña, fué recibida con aplauso en toda la América del Sur; y cuando presentada á los públicos de Europa por el introductor de Ibsen, el diplomático y escritor ruso Conde Prozor — un gran señor de letras — que fué quien la tradujo al francés, *Chanaan* fué conocida mayormente, y el talento del autor adquirió fama y autoridad internacionales. Así, al representarse en París, por el teatro de l'Œuvre, *Malazarte*, que interpretaran actores como Lugue-Poe, De Max, y esa sutil y encantadora Greta Prozor, flor teatral cultivada por la maga Suzanne Després, ya se sabía

quien era el autor, que ofrecía á los exigentes lutecianos un ramo de sus rosas radiantes y de sus orquídeas tropicales.

Yo he visto al glorioso novelista brasileño en París, en reuniones en donde ha estado representado el pensamiento francés por sus personalidades más eminentes; y le he conocido en sus propio medio, frente á aquel espectáculo de ensueño y de fantasía, que es la bahía de la capital fluminense. El vapor en que íbamos los miembros de las delegaciones de varios países á la Conferencia Panamericana, había anclado. Iba con nosotros el ilustre embajador y poderoso intelectual que era Joaquim Nabuco. Llegaban á rodear nuestro barco ferry-boats llenos de estudiantes y de músicas, que lanzaban al aire himnos y vivas. Y un balandro apareció, en donde venían varios caballeros de distinción. Entre ellos me fué señalado por Nabuco uno: — « ¡Vea usted, aquél es Graça Aranha! » — me decía alegre y conmovido el magnífico anciano, quien admiraba y quería al triunfante joven. Luego nos presentó, y desde entonces he cultivado con el creador de *Chanaan* la más cordial de las amistades intelectuales.

El Brasil es un país de tradiciones aristocráticas, y la cultura social se impone desde luego. Se ha aprovechado de todo lo que ha producido la civilización europea, y se ha plasmado una característica nacional inconfundible, que podría servir de modelo en otras naciones del continente. Al núcleo principal pertenecen hombres como Graça Aranha, en quien las distintas situaciones oficiales y sus condiciones de intelecto y de civilidad, han hecho uno de esos representantes que tanto brillo han dado á la historia diplomática de su tierra. Individualmente, junta el gentleman al caballero; es esto decir que su trato no se resiente de sequedad, antes bien, hace transparentarse la buena fé, la cordialidad y la generosa nobleza. Cuando uno ha tenido la feliz oportunidad de conocer á cancilleres como el Barón de Rio Branco y el Dr. Lauro Muller, á embajadores como Nabuco, y en la joven diplomacia á representantes como Fontoura Xavier, como Barros Moreira, como Velloso Rebello, como Graça Aranha, comprende cómo los estadistas brasileños han querido que los que llevan el nombre y la autoridad



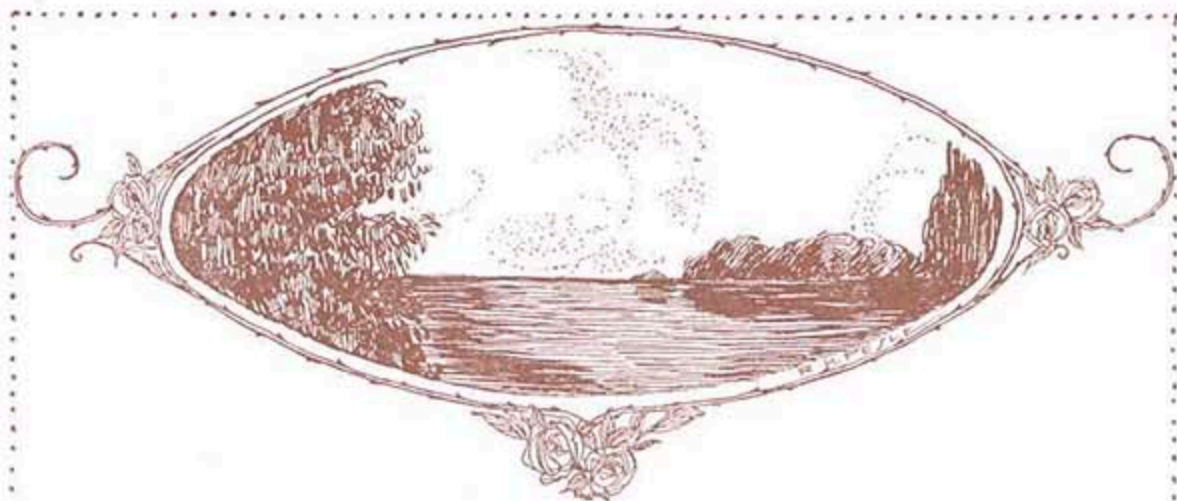
(Dibujo inédito de Vázquez-Díaz.)

Graça Aranha.

del Brasil al exterior, veteranos y nuevos, formen un cuerpo de excelentes, una élite, que pueda, en todos y en cada uno, ser á la patria motivos de complacencia. Y Graça

Aranha honra no solamente á su patria natal, sino á su lengua, que es una más grande patria.

RUBEN DARÍO.



El Dr. Osvaldo Magnasco no es solamente en su patria, la República Argentina, el hombre de Parlamento y el abogado egrejo, sino que, favorecido por las Pírides, ha consagrado desde su juventud sus vagares al cultivo de las letras clásicas, y ha vertido en bellos versos castellanos más de una producción de Horacio y otros poetas antiguos. Es, por su apasionada cultura, un verdadero y noble tipo de scholar. Sobre la versión que hoy publica MUNDIAL, del Pervigilium Veneris, dice el Dr. Magnasco: « Se ignora de quien sea esta hermosa composición. Unos la atribuyen á Catulo; hoy es más corriente la opinión de que pertenece á Galo. Se ha dicho también que es de Floro, y no falta quien sostenga haber sido escrita en la Edad Media. La he traducido con alguna necesaria libertad. Las delicias del original son inasequibles, aun con una versión en prosa». Con todo, y sea de quien fuese el poema, nuestros lectores gustarán de esta hermosa página lírica, llena de armonía y elegancia, en que se ve la maestría del eminente latinista poeta, que ha de seguir honrándonos con su colaboración.

VELADA DE VENUS

¡ Mañana amor abrase
A quien no hubiere amado!
¡ Amor mañana abrase
A quien otrora amó!...
Ya esplende Primavera
La del cantar alado,
Aquella á cuyo aliento
Natura renació.

Concierta los amores
La tibia Primavera:
En Primavera el ave
También está nupcial
Y el murmurante bosque
La virgen cabellera
Desata de la lluvia
Al beso conyugal.

¡ Mañana la que amores
Enlaza á su albedrío,
Con grácil tallo mirteo
Cien nidos tejera!
Mañana Dione hermosa,
Rayana en el vacío,
En fulgurante trono
Sus leyes impondrá.

¡ Amor mañana abrase
A quien no hubiere amado!
¡ Abrase amor mañana
A quien ya del gustó!
Que en la estación florida
Del cefirillo alado
Con sangre de los dioses
El mar se fecundó.

Y entre bridones bipedos
Y fúlgidas aureolas,
Sonriendo las espumas,
La excelsa Dión brotó,
Y en el azul regazo
De las paternas olas,
Entre cerúleos coros,
La undosa Dión se alzó.

La Primavera presta
Su vivo tono, lleno
De luminoso púrpura,
A la temprana flor,
Y al soplo de Favonio,
Turgente el puro seno
Destila en las tibiezas
Del tálamo su ardor.



La Primavera mana,
Sus gotas de rocío
Que el céfiro noctívago
No logra disipar,
Y penden de las flores
En el vergel umbrío.
Temblantes, como lágrimas
De diáfano brillar.

Rocío que los astros
En la callada noche,
Parece que vertieran
Con cándida pasión
Para rasgar, á la hora
Del alba, el virgen broche
Que el casto seno vela
Del húmedo botón.

Quiere ella que mañana
La rosa, humedecida
La virginal corola,
Se libre á dulce amor;
La rosa, que de sangre
De Chipre está teñida,
Y al ósculo de Adonis
Revela su rubor.

¡ La rosa, que destella
El encarnado rayo
De intensa llamarada
O del rubí el color;
La rosa, que refleja
Del sol en el desmayo
La purpurina lumbre,
Emblema del amor!...

¡ Mañana el himeneo,
Rasgando el encendido
Cendal de los capullos
Que oculta su rubor,

Dará á las blandas brisas
El pétalo escondido
De la flamante rosa
Y todo su pudor!

Que Venus á las Ninfas
Ha dicho con empeño
Que acorran á los mirtos
Que el niño alado irá,
É irá sin armas, plácido.
No con adusto ceño.
¡ Corred, que amor mañana
De fiesta se hallará!

¡ Corred que, soberana,
La Diosa ha establecido
Que antorcha, flechas y arco
Deponga en grata paz.
Pero, gallardas Ninfas,
¡ Cuidado! que Cupido,
Cuando se muestra inerme,
¡ Subyuga mucho más!

Délfica virgen, Venus
Te mandará doncellas
Cual tú tan pudorosas;
Mas, háznos un favor:
Que en el mirtal sagrado
Las repugnantes huellas
De destrozadas fieras
No manchen su esplendor.

Deseara la de Delos
Decirte que vinieras
Si al fin, triunfal, pudiese
Vencer tu castidad;
Deseara la de Delos
Decirte que acudieras
Si así lo consintiese
Tu augusta austeridad.



Verás las más garbosas
Doncellas, coronadas
Con las gloriosas flores
Del pródigo rosal,
Tres noches sucesivas
En rondas animadas,
Danzando alegremente
En el feliz mirtal.

Acudirá allí Baco
Y Ceres, la galana;
El dios de los poetas
Tampoco ha de faltar.
Tú regirás las selvas,
Daráte el cetro Diana...
¿Te callas?... ; oh, la noche
Te elevará un altar!...

Con flores hibleas quiere
Su solio alzar la Diosa;
Rodeada por las Gracias
Sus leyes dictará.
; Tus flores danos, Hibla,
Oh, Hibla esplendorosa,
Y cuanto en sus ternuras
La Primavera da!

¡ Que las praderas siculas
Depongan sus ofrendas
Y de Hibla los capullos
Su cáliz rasguen ya!
Que acudirá la moza
Del llano con sus prendas
Y la que habita el alto
Collado allí estará.

Vendrá la de los bosques,
Vendrá la de la fuente;
Que Venus les ha dicho
Que acudan sin temor,

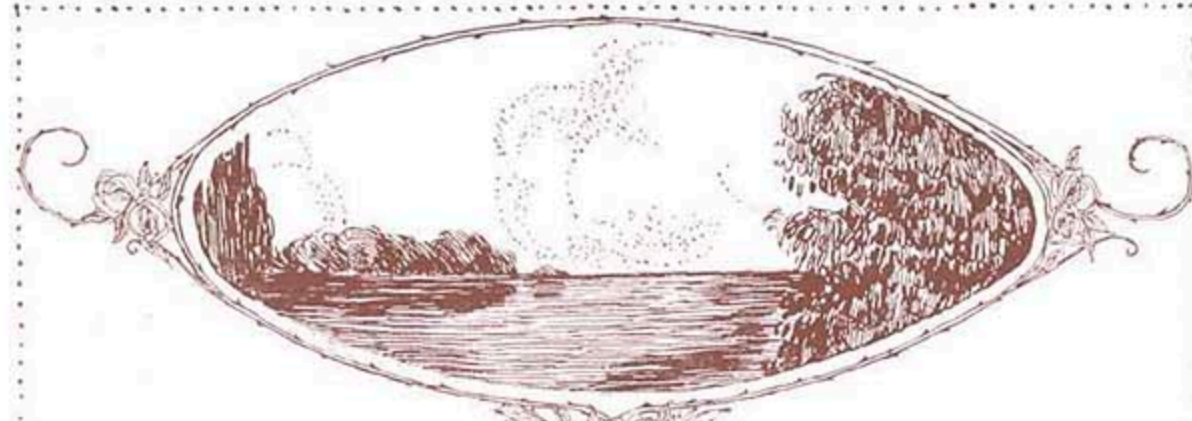
Mas desconfiad, les dijo
También, del niño ardiente
Pues cuando inerme se halla
Cupido es más traidor.

Sonriendo compasiva,
Mañana la Hermosura
Verá como se agosta
La flor primaveral...
Que en maridaje eterno,
El cielo y la natura
Renuevan con la nube
El fruto terrenal.

Y en el preciado seno
De tan fecunda esposa
Virtió la amante lluvia
Su misterioso ser:
La cópula preside
La soberana Diosa
Prestando á las ocultas
Simientes su poder.

Y cielo; llena y tierra
Y el piélago profundo
Filtrando generosa
Rocío germinal
Del suelo en la honda entraña,
Y de la vida al mundo
Descubre el misterioso,
Eterno manantial

Fué Venus quien trocará
En dioses del latino
De Troya los penates,
Y en vínculo nupcial
La de Laurento atara
Al vástago divino,
y á Marte, la sagrada,
La púdica Vestal.



La unión de las sabinas
Con la romúlea gente
También fué de esta Diosa
Concepto previsor,
Así nació el Quirite
Y el César, descendiente
Del inclito patricio
Y el viejo senador.

Fecunda Amor los campos;
Palpita allí su influencia;
; También, en un agreste
Collado Amor nació!
El césped acogióle,
Le dió la flor su esencia,
Y con sabrosos besos
Su espíritu nutrió.

¿ Y á quién Amor no obliga?...
Ya el toro, enardecido,
Sus palpitantes flancos
Al fresco césped da;
Y al vagaroso céfiro
Lanzanco su balido,
Mirad cual la majada
Con sus carneros va.

A las canoras aves
La Diosa ya ha prescrito
Que al aire den su alegre,
Dulcísimo gorjear..

Resuena allá en el lago
Del cisne el ronco grito
Y la serena linfa
Se siente alborotar.

Bajo el follaje umbrio
Del álamo frondoso
La hija de Tereo
Ensaya una canción;
No las crudezas llora
De un implacable esposo;
Amores canta, amores
Que inspira la estación.

Y ahora que ella entona
Su endecha peregrina
¿ Por qué, si Primavera
Ya esplende, he de callar?
¿ Por qué, si ya revuela
La obscura golondrina
Y me sonríe Febo
Con plácido mirar?

¿ Oh, no! ; Que desampan
Las Musas al callado!
¿ Oh, no! ; La triste Amycles
Callando se perdió!...
; Mañana Amor abraza
A quien no hubiere amado!
; Amor mañana abraza
A quien otrora amó!

OSVALDO MAGNASCO.





RESUMEN DE LOS CAPITULOS PRECEDENTES (1)

Estrazilla, Meñique, y Gil Blas, son tres niños abandonados.

El señor Pepe, apodado «Traga-Mirlos» utiliza los servicios de una banda de pilluelos que ha sentado sus reales en la pradera del Canal, y en cuyas filas acaban de ingresar Estrazilla, Meñique y Gil Blas. Los chiquillos se aplican en cazar los pájaros y los grillos, que constituyen la base del comercio del «Traga Mirlos», y éste bautiza a la cohorte de sus auxiliares con el pomposo nombre de «La Veterana». De igual modo que el Traga Mirlos, recurre al auxilio de La Veterana don Ulpiano Covarrubias, fabricante de carelas y de figurones de Carnaval, así como de bustos de personajes célebres. Este don Ulpiano, que es también hombre bondadoso y protector de los niños abandonados, vivió una historia tan compleja como accidentada.

Don Ulpiano Covarrubias ha invitado a almorzar a su amigo don Anacleto de la Redonda. Es éste un maestrillo de escuela, tímido y encogido, que reúne todos los defectos de la más completa fealdad. Terminada la comida, y durante la conversación de sobremesa, el buen don Anacleto da cuenta a don Ulpiano de un conflicto sentimental en que se encuentra: el de hallarse enamorado. Luego, los dos amigos hablan de la inminencia de la Revolución, cuyas alas trágicas se ciernen sobre el trono de los Borbones, y acaban por separarse al llegar al taller los afiliados de La Veterana, y comenzar para Covarrubias la jornada de labor.

Don Ulpiano, retiene a Estrazilla, cuyas buenas cualidades le sorprenden, y le propone quedar a su servicio de un modo permanente.

Estrazilla acepta con entusiasmo tal proposición, y de esta suerte queda a las órdenes de don Ulpiano, quien le fija un salario, le viste, y le da albergue en su taller.

Poco después, encontramos a don Ulpiano en la famosa tertulia del Café del Iris, tertulia de revolucionarios. Conversan los reunidos acerca de los acontecimientos políticos, y en tanto, en la calle, se desarrollan las escenas diarias de motín y desorden que habían de preceder a la caída del Trono.

En tanto que don Ulpiano, preocupado y distraído, frecuenta poco el taller, Estrazilla aprovecha el tiempo acudiendo a la escuela de don Anacleto, en donde aprende a leer. Don Anacleto vive horas felices, porque sus amores van por buen camino, gracias a la actitud conciliante de su futuro suegro, quien no cesa en sus esfuerzos, hasta que logra del tímido maestro una declaración precisa, que da comienzo oficialmente al idilio.

Don Anacleto corre a participar esta feliz nueva a su gran amigo don Ulpiano, a quien encuentra muy preocupado porque acaba de descubrir el refugio de la madre de «Estrazilla», que está recogida en un hospital. Don Ulpiano encarga al maestro que dé cuenta a Estrazilla del hallazgo, con objeto de tratar de reunir de nuevo al hijo y a la madre. Los sangrientos acontecimientos a que dió lugar en Madrid el alzamiento del 22 de junio de 1866, demoraron la realización del plan dispuesto por don Anacleto y don Ulpiano. Este último combatió en las barricadas, y por milagro no fué preso. Pasada la tormenta, llegó el día en que Estrazilla había de saber el paradero de su madre.

Pero el perro, en cuanto se separa del bárbaro preceptor, vuelve a su condición noble, y lame con amor las heridas que ha causado... El ciego, no fiándose del lazarillo que le robaba y le hacía infames bellacadas, llamó al perro para que le guiara en la noche eterna de sus pupilas rotas... La imaginaria devota representa a San

Roque acompañado de un perro, cuya lengua suave acariciaba las llagas del infeliz. Para canonizar al santo, fué preciso el ritual expediente de la Curia romana, con las probanzas y testimonios de costumbre. Para que el gozquecillo fuese al altar con su amo, no fué preciso sino saber que aquel bicho era un perro; esto es, lealtad y amor... Cuando el ladrón quiere asaltar sobre seguro la casa de campo, al guarda lo compra, y así logra su complicidad. Al perro tiene que matarlo... Es, en fin, el perro.

(1) Véanse los números de Febrero, Marzo, Abril, Mayo y Junio 1913.

de tan generosa condición, que puede vivir en la servidumbre sin oprobio. Ha ennoblecido el collar. Es el único ser de la naturaleza que no se envilece cuando se arrastra... Ya lo sabéis, granujas, respetad á la bestia santa...

Tomillos, que ya había comido, estuvo como esperando á que Don Ulpiano concluyera su discurso; luego se levantó, se sacudió el polvo con un enérgico y rápido movimiento de lomos, y se marchó poquito á poco.

XVI

LA MADRE QUE VUELVE.

Bien preparado estaba Don Anacleto por Covarrubias para su conversación con Cayetano, pero aun así no las tenía todas consigo cuando el chico se presentó en la escuela, ateniéndose á la orden que le había dado su protector. Acababan entonces las horas de la enseñanza, y salían los discípulos de la Redonda del estrecho recinto como un torbellino, que es condición de la muchachera entrar en las aulas como delincuente á quien se recluye, y salir como preso que se escapa.

— Aquí estoy, Don Anacleto — dijo Estrazilla — para lo que V. guste mandarme.

— Entra en la escuela, que quiero que hablemos. ¿Y Don Ulpiano?

— Salió del taller á las tres, y no ha vuelto.

— ¿Tú le quieres mucho?

— Mucho. Es un santo. Ya ve V. lo que ha hecho conmigo. Me ha recogido del muladar, y me ha llevado á su casa.

— ¿Y por qué crees tú que ha hecho eso?

— Yo no sé. Me figuro que por lástima que le daba la miseria mía.

— No sólo por eso, Cayetano, porque otros muchos chicos hay en tu situación, y sólo á ti ha favorecido y honrado con su amparo. Es que, además de tu miseria, ha visto en ti buenas cualidades: decencia, pundonor, deseo de salir de la vida ruin que traías. Y no es eso sólo, es que también ha adivinado que hay en tu alma un deseo muy fuerte de conocer de donde vienes, donde has vivido cuando eras pequeñín, quienes fueron tus padres...

— ¡Ah! ¡Don Anacleto! ¡Por Dios! No me hable V. de eso. Me da vergüenza... Me causa miedo. No, no. ¡Por lo que más quiera V. en el mundo no me hable de eso, no me hable!...

— Ya comprenderás, Cayetano, que no lo hago por molestarte, ni por pasar el rato. No. Es que Don Ulpiano me ha encargado de en-

terarte de cuales son sus propósitos respecto á ti. Ha creído que yo podría obtener la confianza de tus pensamientos... El lo sabe todo, él se ha enterado de todo, él, con una generosidad que nunca le agradecerás bastante, ha averiguado cuanto era conveniente saber. Lo que tú ignoras, él lo conoce. Y todo eso lo ha hecho por tu bien, sólo por tu bien... Serénate, hombre, y no te aflijas... Siéntate, y óyeme con toda calma.

Estrazilla sentía que su corazón temblaba, y que la sangre latía con violencia en sus oídos. Su rostro se coloreó, sus párpados se agitaron. Derramáronse sobre sus mejillas gruesas y ardientes lágrimas. Sentóse, ó mejor, se dejó caer sobre la silla que le ofrecía el maestro. Este continuó diciendo:

— Una sola vez te hablaré de lo que puede sonrojarte, aunque no debe el hombre sonrojarse sino de sus propias culpas. Y esa mención que voy á hacer del pasado, quedará para siempre en el silencio, y de ella partiremos para llegar á la actual situación... Cuando naciste, en Febrero de 1852, tus padres eran felices: tu madre, Aurora Donis, hermosa y honesta; tu padre, Sebastián, modelo del pobre obrero resignado con su suerte. Era albañil. Trabajaba cuanto podía para que en tu casa no faltase el pan... Un día... tú tenías entonces siete años... sobrevino la desgracia. Tu madre cometió el... error de dar entrada en su alma á un amor ilícito... Tu padre lo supo. Riñó con el hombre que le afrentaba, y murió en la refriega... Tu madre huyó, dejándote abandonado. Sin duda, más que por seguir al seductor, se alejó avergonzada y aterrada de su obra. Llena de remordimientos, asustada, no tuvo valor para volver á verte. Un vértigo de horrores la arrastró... Tú hubieras muerto de hambre sin el amparo de la Señá Salvadora, á quien debes el recuerdo perpetuo y la gratitud filial...

Lloraba en silencio Cayetano, las manos cruzadas, todo el cuerpo estremecido por violento espasmo.

— Murió la buena anciana. Empezó entonces tu calvario. ¡Para qué recordarlo! Milagro ha sido que no te llevase el hambre á donde á otros de los que te rodeaban. Los designios de Dios te han salvado. Consérvate siempre digno de ellos.

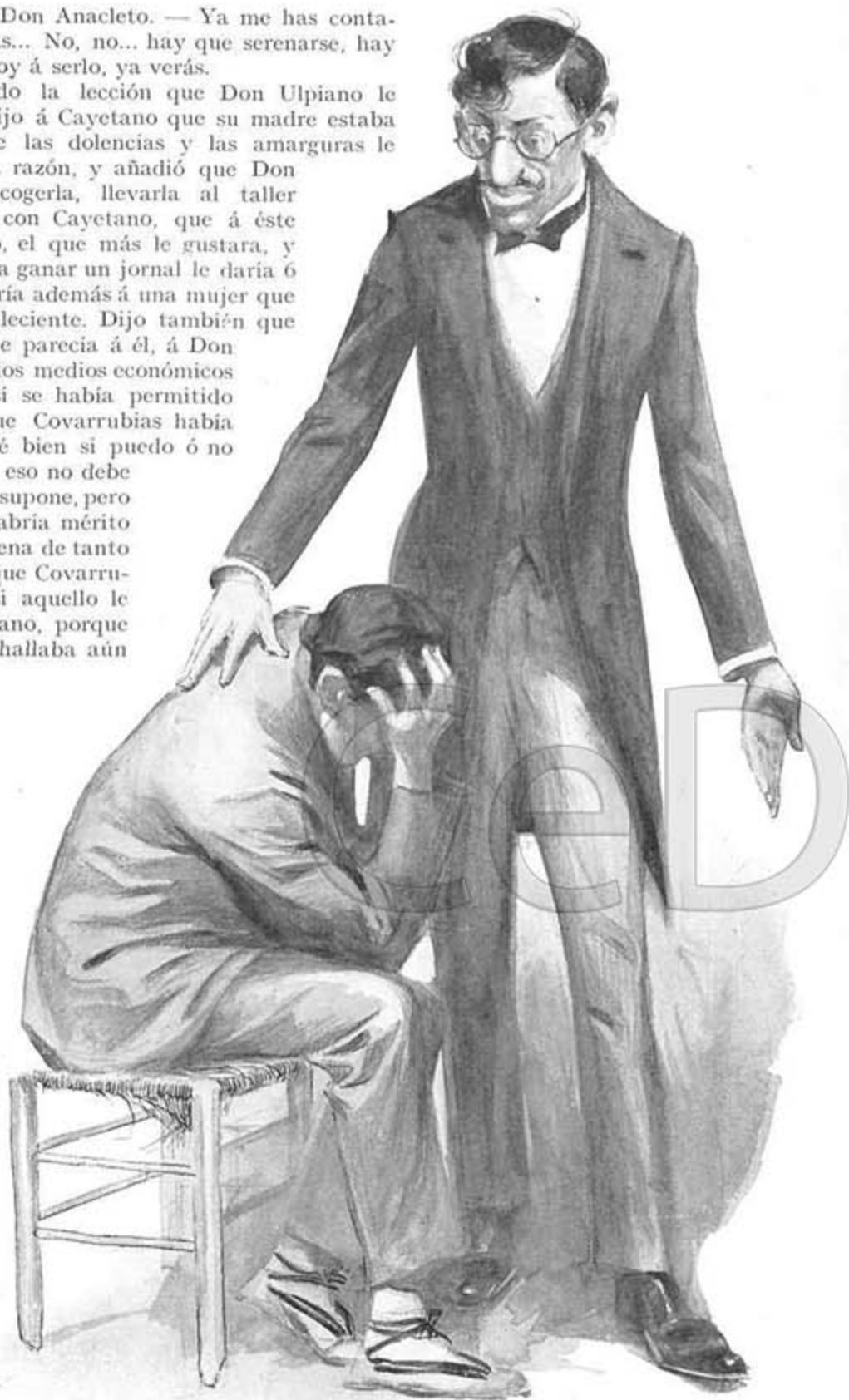
Difícilmente contenía Don Anacleto la ternura que le iba invadiendo el espíritu. Al fin, pudo más la naturaleza del maestro que su voluntad, y también se escaparon de sus enormes ojos unas lágrimas que le corrieron por el raído chaleco. Abrazó á Estrazilla, y el llanto de ambos se confundió en la común emoción.

— ¿Ves? — dijo Don Anacleto. — Ya me has contagiado de tus lágrimas... No, no... hay que serenarse, hay que ser fuerte. Yo voy a serlo, ya verás.

Continuó repitiendo la lección que Don Ulpiano le había enseñado, y dijo a Cayetano que su madre estaba enferma y sola, que las dolencias y las amarguras le habían privado de la razón, y añadió que Don Ulpiano deseaba recogerla, llevarla al taller para que allí viviera con Cayetano, que a éste le enseñaría un oficio, el que más le gustara, y que mientras no podía ganar un jornal le daría 6 reales diarios, y pagaría además a una mujer que cuidara de la convaleciente. Dijo también que semejante sacrificio le parecía a él, a Don Anacleto, superior a los medios económicos del artífice, y que así se había permitido advertirselo, pero que Covarrubias había contestado: « Yo sé bien si puedo o no puedo hacerlo, y en eso no debe V. meterse. Sacrificio supone, pero si no lo hubiera, no habría mérito en ello ni valdría la pena de tanto cavilar. » En suma, que Covarrubias deseaba saber si aquello le parecía bien a Cayetano, porque aun cuando éste se hallaba aún en edad impropia del consejo, y apenas había llegado a la del claro discernimiento, como a él se refería el proyecto y con su esfuerzo se contaba para realizarlo, su decisión sería definitiva. Concluyó el maestro, diciendo:

— Esto es, si no se me ha olvidado algo, lo que Don Ulpiano me ha encargado que te comunique, para que con toda libertad me hables. No me ocultes ni el más mínimo rincón de tu pensamiento. Tranquiliza tu espíritu, reflexiona antes de hablar, y ten presente que el caso sería arduo para un hombre hecho y derecho, cuanto más para un mozuelo como tú.

Respiró a sus an-



Sentóse, ó mejor, se dejó caer sobre la silla que le ofrecía el maestro

chas el bueno de la Redonda, como quien acaba de descargar de sus hombros un peso que le abrumaba, y esperó a que el chico hablase.

Entonces ocurrió algo extraño é inesperado; inesperado y extraño, a lo menos para el maestro. *Estrazilla* se puso en pie con un gesto de violenta energía, se adelantó hacia su interlocutor, y con voz sonora y vibrante, de la cual habían desaparecido los estremecimientos y balbuceos de la congoja, exclamó:

— ¿Dónde está mi madre? ¡Quiero verla! ¡Quiero verla en seguida!

— La verás, Cayetano, la verás. ¿Cómo no has de verla? — contestó de la Redonda sorprendido de la actitud del chico, y de la serena intrepidez que en su rostro se revelaba.

— Sí. Quiero verla. Quiero abrazarla. Quiero socorrer sus tristezas.

— ¿Perdonas, pues?...

— ¿A quién he de perdonar?

— ¿A quién ha de ser!... ¡A ella!

— ¿A mi madre?... ¿Yo?... ¿Perdón, yo?... Pero ¿no es mi madre?

Y había en el rostro de Cayetano *irradiaciones* de magnánimo amor, y en sus ojos resplandores de un fuego de filial ternura que acababa de encenderse en su alma. Las palabras de Don Anacleto habían descubierto a *Estrazilla* el horizonte del deber y de los sacrificios. La idea de que Don Ulpiano le juzgara capaz de cumplir aquél y de aceptar éstos, le elevaba a una región de dignidad que ni había sospechado antes. ¡A él, al arrapiezo andariego, al granujilla descarriado, al hambriento, al desnudo, al hijo del desprecio, le suponían apto para realizar una obra llena de dificultades, y de afrontar las amarguras de una existencia de duras obligaciones! ¡A él, al muchachillo ignorante y rudo, le iban a confiar una empresa superior a los esfuerzos de un varón más fuerte y ducho en las experiencias de la vida!... La cruz que se le ofrecía estimábalas como un galardón, y en las negruras del porvenir triste veía él brillar la luz excelsa del martirio que fortifica, exalta y ennoblece... En un segundo se había operado la interior trasmutación de aquella alma. El niño había muerto... ¡Un hombre había nacido!

XVII

NUEVA VIDA.

No hacía diez minutos que Cayetano había salido de la escuela, cuando Don Anacleto estaba en el sotabanco de la calle de la Pa-

rada, dando cuenta a Covarrubias de cómo había puesto feliz término a su embajada. Refirió con todo detalle lo sucedido, ocultando sólo el desfallecimiento de ternura en que había caído, y cuando llegó al final, a la aparición del alma vigorosa y esforzada de Cayetano, tras la crisis de llanto y de angustia, Don Ulpiano exclamó con voz resonante.

— No me había equivocado. No había echado margaritas a puercos. Adivino y zahorí soy de las vetas de hierro, y sé bien donde se esconden... Cuénteme, cuénteme con todo detalle lo que en ese precioso momento de su relato hizo y dijo *Estrazilla*, y qué cara puso y sus gestos, porque de todo deduciré yo consecuencias.

Varias veces hubo de narrar el maestro la escena, porque siempre le parecía a Don Ulpiano pálido é incompleto el relato, de tanto como le agradaba.

— He aquí — dijo — como la maternidad triunfa hasta después de muerta. Esa pobre mujer renunció a su hijo abandonándole; la enfermedad la ha convertido en un monstruo imbécil é insensible. Nada quedaba en ella de madre. Y, sin embargo, no más que por haberlo sido, conserva la virtud creadora, y la sola evocación de su existencia levanta el ánimo de Cayetano, y convierte al chiquillo en hombre vigoroso capaz de todas las proezas... Ahora hay que poner por obra mi pensamiento, arreglar el taller para que allí puedan vivir tres personas: Aurora, Cayetano y la mujer que ha de cuidar de la enferma.

— Cayetano — dijo Don Anacleto — desea ver a V. pronto, y ha pedido permiso para venir aquí mañana, si por acaso V. no fuera al taller.

— Iré, iré, y bien temprano. Yo también deseo ver a *Estrazilla*.

Dió Covarrubias a la señora Basilisa las órdenes convenientes para el arreglo del taller, a los fines indicados. Había allí, detrás de un patinejo, tres pequeñas estancias y una cocina. Pronto quedaron instalados unos catres, una mesa y lo demás necesario al pobre menaje. Lo que no pudo lograr Covarrubias de su vieja criada, es que buscara otra mujer que cuidase de la enferma; ella misma se encargó de este cometido, asegurando que, al asociarse así a la obra de caridad de su amo, cumplía una obligación y lo hacía gustosa. Así como dijo también, que no por aumentar de esta suerte su trabajo dejaría de estar limpio, corriente y en buen servicio el sotabanco de la calle de la Parada, humilde domicilio del artífice.

La entrevista primera de Covarrubias y

Estrazilla, después de lo anteriormente relatado, no ofreció al narrador ningún relieve interesante. Quiso Don Ulpiano evitar escenas dramáticas, actos de gratitud y discursos.

— « Hechos y no palabras » — dijo al mozo. — Tú tienes mucho que hacer ahora, para que debas perder tu tiempo pensando el modo de darme gracias. » — Cayetano vió, en esta actitud de su protector, nueva prueba de respeto á la agitación profundísima de su alma en aquellas horas de renovación moral, y aumentó con ello la gratitud que le inspiraba generosidad tan elevada.

En cuanto á elegir oficio que aprendiera, Cayetano tuvo un rasgo de sentido práctico, que aprobó desde luego Covarrubias. — « Todo aprendizaje es largo. Yo debo trabajar en cualquier cosa que, desde el primer momento, me proporcione algún jornal. Mi padre fué peón de albañil. Yo lo seré también. Importa, pues, buscar alguna obra donde me admitan como ayudante de peón. Pero, eso sí, yo quiero seguir ayudando á V. en lo que pueda, dentro del taller, en las horas que tenga libres. » — Si no en estas palabras, esto es lo que Cayetano propuso á su amigo.

— No pienses en el trabajo del taller — contestó Don Ulpiano. — Como éste no es verdaderamente un oficio, ni tú podrías asegurarte aquí un modo de vivir, por eso no he pensado en que sigas prestándome tus servicios. Quiero que ganes jornal por ti mismo, y que te asegures dentro de lo posible el pan de tu madre y el tuyo, para cuando yo no pueda ayudarte. Me parece bien lo que dices de ser lo que fué tu padre, y hoy mismo hablaré al señor Canuto, el Prendero, para que te admita en la obra de la casa que está haciendo en el paseo del Cisne.

Así lo hizo Covarrubias, y *Estrazilla* quedó admitido en la obra, desde la semana siguiente, con dos reales diarios de jornal. El señor Canuto era el propietario del cocherón donde Covarrubias tenía su taller, y de otras casas de aquella zona. Poseía una prendería en la calle Ancha de San Bernardo, mercantecaba en muebles usados, y prestaba dinero al módico premio de peseta por duro á la semana. Así crecía su peculio, y así aumentaba su influencia sobre el pequeño comercio del barrio. Era Canuto, el Prendero, de la madera de que se hacen los Senadores y los grandes accionistas de los Bancos.

Cuando se enteró del interés que inspiraba *Estrazilla* á Covarrubias, y del propósito de éste respecto á la madre del muchacho, dijo el señor Canuto :

— Va V. á hacer una gran locura. ¿ Quién le mete á V. en eso ? ¿ Qué rentas goza V. para echárselas de protector de nadie ? V.

es un iluso que acabará en el Asilo de San Bernardino.

Para el señor Canuto, todo el que no se ocupaba exclusivamente de ganar dinero y ahorrarlo, era « un iluso ».

Pero Covarrubias no dejó de darle su respuesta.

— V. es el que está equivocado. Para V., el dinero es una cosa que se guarda y nada más. Para mí, es un medio de gozar cuanto de bueno hay en la vida. Vea V. si puede hacerse con un duro algo mejor que convertirlo en la salud de un enfermo, en la saciedad de un hambriento, y en la alegría de un triste.

Hubo aún que esperar ocho días á que Aurora Donis se hallase en condiciones de levantarse de la cama, y no permitió Covarrubias que Cayetano la viese hasta el momento de salir del Hospital. Por fin, llegó ese día, que el chico esperaba con emoción infinita.

XVIII

IGNOMINIA Y RUINA.

La recordaba esbelta y ágil, la luz del cielo en los hermosísimos ojos, el color de las rosas en las mejillas, la frente pálida coronada por la abundosa cabellera, y en la boca fresca y candida una dulce sonrisa... Y la veía ahora con el rostro devorado por la viruela, la piel sembrada de amoratados hoyuelos, el pelo escaso y blanco, las pupilas turbias, sin vida, temblorosas, reveladoras de la vacilación del pensamiento perturbado; de ellas saltaba de cuando en cuando la humedad de una lágrima, que contrastaba con el gesto de los labios contraídos por una sonrisa imbecil. Movía la cabeza á un lado y á otro, y con frecuencia fijaba los ojos, durante un buen espacio de tiempo, en un objeto cualquiera, como si le inspirase curiosidad. Su cuerpo había perdido las líneas juveniles, ensanchándose y encorvándose. Al andar, temblaba como una decrepita... Así apareció la desventurada Aurora ante su hijo, cuando éste y Covarrubias fueron á recogerla al hospital. Los guñapos que la cubrían, y que habían estado en depósito durante la larga enfermedad, demostraban llevar largo tiempo de uso. Eran una falda de merino gris, un jubón negro con restos de adornos de azabache, un mantón negro raído y lleno de lamparones, y un pañuelo de la cabeza, negro también. Las hermanas de la Caridad de la sala de San Francisco, que conocían por Covarrubias los antecedentes del drama y los propósitos de Cayetano, saludaron á éste con afectuosas palabras, y al despedir á la enferma que pa-

recía no darse cuenta de lo que ocurría, le colocaron sobre el pecho una medallita de la Virgen del Carmen.

— Aurora — dijo una de las hermanas — aquí tiene V. á su hijo que viene á buscarla.

La enferma, con su eterna, terrible, trágica, imbecil sonrisa en los labios, balbuceó :

— ¡ Mi hijo !... ¡ No sé !... Sí... un hijo... Yo tenía un hijo.

— Pues ahí le tiene V. Mire que guapo es. Cayetano permanecía silencioso, queriendo contener la oleada de emoción que bullía en su corazón.

Aurora contempló al muchacho largamente, luego miró á las hermanas y á Covarrubias, y después dejó vagar sus ojos por el espacio. Toda memoria del pasado había muerto en ella.

Se la trasladó al taller de Don Ulpiano en un coche de punto. El viaje fué silencioso. Cuando llegaron, descendió del carruaje Covarrubias, ayudando á bajar á Aurora. El y Cayetano la condujeron á la estancia que le estaba destinada. Aguardaba allí la señora Basilisa, que abrazó á la mujer, diciéndole :
— Ya está V. en su casa, con su hijo, conmigo. Aquí la cuidaremos para que acabe de ponerse buena.

Por primera vez dirigió entonces Cayetano la palabra á su madre, y con voz estremecida le dijo :

— Madre mía ! aquí estará V. muy bien... ¿ No se acuerda V. de mí ? Soy *Tanilo*...

Dejóse caer Aurora en una silla que le habían aproximado, y mirando á Cayetano movió los labios, como si quisiera y no pudiese hablar. El le cogió una mano y se la besó. Ella lanzó una carcajada que heló la sangre en las venas del muchacho.

Desde el día siguiente, comenzó *Estrazilla* á trabajar en la obra del Señor Canuto. Volvía al taller cuando anochece, y entonces reemplazaba cerca de su madre á la señora Basilisa. Aurora pasaba largas horas durmiendo, y todo el día estaba sentada. Cuando le ofrecían la comida la aceptaba, pero comía muy poco. No hablaba. Sólo decía algunas veces palabras sueltas, en voz tan baja, que no era posible entenderlas. Lo único vivo en ella era la sonrisa, aquella sonrisa brutal, inexpresiva, que espantaba á Cayetano... Así traseurrieron muchos días.

Habíase preparado enérgicamente Cayetano para el momento en que viera á su madre, para aquel instante terrible en que, acompañado de Covarrubias, había de ir á recogerla al hospital ; y había imaginado todas las suposiciones de cómo la hallaría. Estaba enterado de la perturbación de su mente, de la pérdida de la memoria,

de la inconsciencia infantil de la desgraciada ; para todas las situaciones y estados, tenía adoptada una resolución que le defendiera del desplome de la voluntad, del abandono á la desesperación y al dolor. Pero la realidad, según suele acontecer, vino de modo diverso de como él la esperaba, y mucho más desconcertadora y terrible. Aquella mujer, que parecía privada de sensibilidad y de entendimiento, y en la que apenas latían confusamente los instintos primarios del ser orgánico, causaba miedo al niño como un enigma lleno de horrores. Y pensaba el sin ventura en los padecimientos cruelísimos que debían haber labrado aquella naturaleza, hasta destruirla y aniquilarla... Seducida por el matador de su marido, abandonada presto, queriendo buscar en el trabajo medios honrados de existencia, impulsada al pecado por su temperamento y al desorden por su imaginación, fué descendiendo en rápida caída hasta las últimas abyecciones. ¡ Siete años de vergüenzas y martirios, la corrosiva compañía de gentes viles, el contacto con las inmundas heces del vicio plebeyo, un día los festines canallescos de la baja crápula, otro día el hambre, las caricias y las violencias de la embriaguez, todo ello en el ambiente del desprecio, y llevando en el alma la tortura del hijo abandonado, del esposo muerto !... Cierta vez, unos hombres que con ella y otras tales se divertían bebiendo vino en un ventorrillo del Manzanares, la apalearon bárbaramente. En otra ocasión, la desnudez y el frío la llevaron al hospital, de donde salió extenuada, envejecida, sin ánimos para seguir viviendo. Quiso morir. Se arrojó por los despeñaderos de Abroñigal, y sólo consiguió destrozarse el cuerpo con lesiones dolorosísimas que agravaron su padecer, conservándole la vida. Al fin, la enfermedad se apoderó de ella. Fiebres terribles quemaron su sangre y destruyeron su cerebro. La infección variolosa, contraída en el mismo establecimiento benéfico en que yacía, completó la obra. Y he aquí lo que quedaba en el mundo de aquella mujer gentil y adorable.

XIX

EL ENCUENTRO EN LA AMARGURA.

Todo lo que restaba del estío de 1866 se deslizó sin grandes novedades, en el estado de cosas que creó la llegada de Aurora al taller de Covarrubias. Cayetano trabajaba diariamente, y cada semana entregaba íntegro su minúsculo jornal á la señora Basilisa, para

ayuda del presupuesto de gastos. La enferma continuaba en la misma situación moral. Físicamente, algo había mejorado, y con el vigor que renacía en ella empezaron a mostrarse indicios leves, señales apenas perceptibles de vida mental. Hallóla un día Basilisa con la escoba en las manos, barriendo su cuarto.

— ¿Hay ganas de trabajar? — dijo el ama de llaves de Covarrubias sorprendida.

Aurora miró á Basilisa.

— ¡La escoba! — exclamó. — ¡Barrer! Yo sé barrer también.

Peró como si la hubiera dado vergüenza de que la sorprendieran en su intento, tiró al suelo la escoba y se arrojó sobre el catre, tapándose con las manos la cara.

Un domingo, que era por cierto apacible y dulce, del mes de Octubre, Cayetano se quedó solo con su madre.

— ¿No quiere V. salir conmigo á la puerta del taller? — le dijo Estrazilla. — Allí nos sentaremos á tomar el sol.

Aurora se dejó conducir, y sobre unas piedras que había junto al muro sentáronse madre é hijo. Este pasó su brazo derecho por el cuello de la enferma, y apoyó sus labios en la frente de ella.

— ¡Madre! —

exclamó. — ¿No se acuerda V. de mí?

Aurora lanzó un hondo suspiro. La sonrisa bestial que constantemente la marcaba con el sello de la idiotez, desapareció; por su rostro sereno y triste pasó como un relámpago de inteligencia. Balbuceó vagas palabras. Cayetano creyó oír:

— ¡Madre!... ¡Yo tu madre!... No... Lejos... Una noche él dormía... Sí.

— Recuerde V. madre de mi alma. Yo soy su hijo de V., yo quiero que V. piense en ello, piense siempre, á ver si se acuerda de cuando

me tenía en sus brazos y me acariciaba... ¡Sería yo tan feliz si V. recordara eso!...

La odiosa sonrisa surgió de nuevo en el rostro de la enferma... Volvió á sonar la terrible carcajada, hiriendo los oídos de Cayetano como una blasfemia. Separóse de su madre, cubrióse los ojos con las manos, y sollozó.

— ¡Qué amargura! ¿No volverá nunca mi madre á mí?

Pocas noches después, al regresar Cayetano del trabajo, como le viese Aurora quitándose la blusa blanca, goteada de yeso, para ponerse la remendada chaquetilla, se levantó, se acercó á él, le echó los brazos al cuello, y le dijo.

— Sí, tú mi hijo. ¿Verdad? Tú eres mi hijo.

— Sí, madre mía, sí. Yo soy su hijo de V.

— ¿Te acuerdas?... Una noche dormías. Yo te miraba... Despertaste... Me abrazaste riendo.

— ¡Dios mío! Madre de mi alma!

— Espera... Quiero acordarme de aquello... No puedo...

Separóse violentamente de Cayetano y, con el rostro ceñudo, los ojos encendidos en ira, gritó:

— ¡No, no quiero acordarme de nada!... ¡Es mejor no acordarse!...

Y volvió la sonrisa á sus labios, y la carcajada sonó de nuevo.

Estrazilla cayó de rodillas anonadado. Alzó sus brazos, y la oración surgió de su alma.

— ¡Dios te salve, Reina y Madre de misericordia!...

Sus pupilas vieron, en el fondo de la oscura estancia, la tierna efigie de la Virgen de la Paloma... Aurora tornó los ojos hacia Cayetano.

— ¿Rezas? — dijo. — Yo sabía rezar...



La recordaba esbelta y ágil, la luz del cielo en los hermosísimos ojos, el color de las rosas en las mejillas...

Andando de rodillas se le acercó Cayetano, y le estrechó las manos.

— ¿Quiere V. rezar conmigo?... Verá V. como se acuerda...

Ella se dejó caer de rodillas también, junto su cara á la del chico, y así unidos en un abrazo, permanecieron silenciosos. Creyó advertir Cayetano que de los párpados de su madre goteaba el llanto.

— ¿Vamos á rezar? — dijo él. — Yo empiezo, V. sigue, y así se acordará de cómo me enseñaba la salve, cuando yo era chiquitín.

— ¿Yo la sabía?... ¿Yo te enseñaba?... ¡No lo recuerdo!...

— Repita V. lo que yo diga... ¿quiere V.?

— Sí, sí quiero.

— « ¡Dios te salve!... »

— « ¡Dios te salve!... »

— « ¡Reina y madre de misericordia!... »

— « ... ¡Misericordia! »

— « ¡Vida y dulzura... esperanza nuestra! »

— « ¡... Esperanza nuestra! »

Y Aurora continuó adelantándose á su hijo, como si una voz misteriosa le dictara:

— « ¡A ti suspiramos, gimiendo y llorando!... »

Un largo y profundo sollozo saltó como ola de lágrimas del fondo de su ser, y estrechando en apretado abrazo á su hijo, le dijo, los labios trémulos, junto al oído de éste, con voz que parecía un suspiro:

— ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Vengo de muy lejos!... ¡Acabo de llegar á ti!... ¡Qué fatigada estoy del viaje!... Déjame que descanse sobre tu pecho...

Ambos permanecieron silenciosos. Sus almas se unían en aquel silencio.

XX

AGAPE Y BODA.

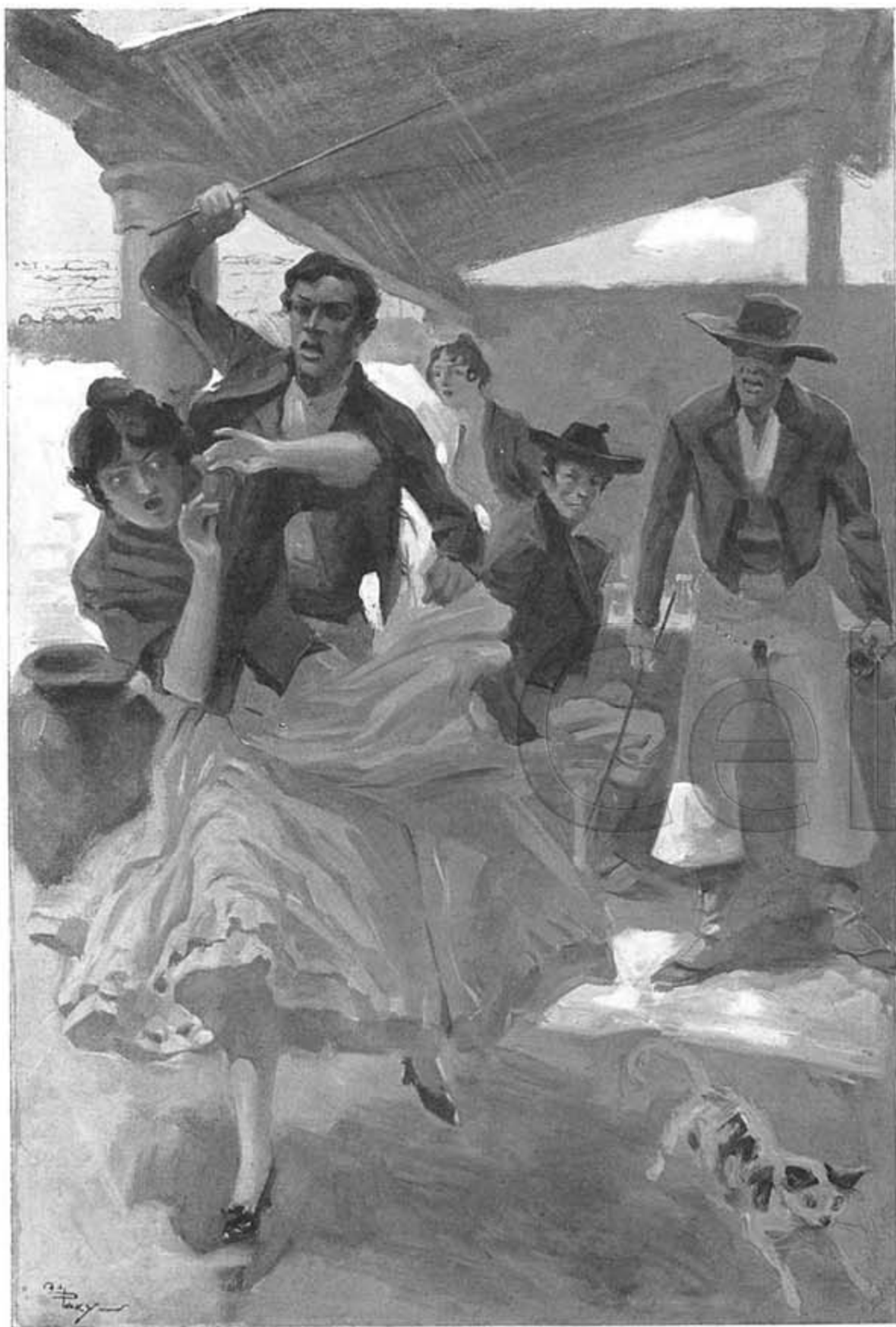
Habían pasado las semanas y los meses. Concluyó el año de 1866, de fatídica memoria, y trascurrida era ya casi la mitad del de 1867, de lúgubre recuerdo. Don Celedonio Vereá, que « no se andaba por las ramas », estimando que ya habían durado bastante las relaciones de amor de su hija y el maestro de escuela, dispuso la boda para el 1º de Agosto, en que él celebraba la fiesta de su natalicio.

Había Don Anacleto escrito á un su tío, boticario de la Puebla de la Majachafá, lugar que radica en los confines de las provincias de Teruel y de Soria, participándole su próximo enlace, y rogándole que, si podía, fuese á Madrid á realizar el inevitable trámite de petición de mano, que correspondía

al farmacéutico, por ser único pariente del novio. Pero la invitación fué rechazada con urbanas disculpas, y el maestrillo se vió en el apuro de no saber quien desempeñaría aquella comisión, considerada por Vereá como precisa. Vinole á sacar de la congoja una idea inesperada. En el humilde caletre de Don Anacleto, las ideas eran como raros viajeros que de tarde en tarde atravesasen el desierto.

— ¿Por qué no he de pedirle ese favor á Don Ulpiano? — se dijo. — El es bueno, él me estima. No se negará.

¿Qué había de negarse? El gran « muñequero » estaba precisamente, cuando fué á verle de la Redonda, en un momento de dichoso humor. Lo que él veía y más aún, lo que adivinaba respecto á Cayetano y su madre, le alegraba el espíritu. Apenas escuchado el requerimiento, salió Don Anacleto de casa de Don Ulpiano, para preguntar á Don Celedonio á que hora podría recibir la visita del embajador. Y fué al otro día, en punto de las 5 de la tarde, cuando Covarrubias, vestidas sus mejores galas, entraba por las puertas de la casa de los Vereá. A la petición de mano debía seguir una comida, á la que, naturalmente, no podía faltar Don Ulpiano, y mientras de la ceremonia prenupcial nada dicen los apuntes del cronista, sin duda por juzgarla sin interés, en cambio narra minuciosamente la fiesta gastronómica, en la que Don Celedonio había puesto sus cinco sentidos. No había cocinera ni aun criada de ningún orden en el hogar del pobre empleado de la Villa y Corte, y así la gentil Ernestina había de manejar las sartenes y el plumero, que lo hacía con no poca destreza; pero en aquella ocasión memorable se apeló á los oficios de cierta hábil asistente, mujer de un macero del Excelentísimo Ayuntamiento, quien convirtió los hornillos de la paupérrima cocina en excelsa oficina culinaria. Así fueron pasando por la mesa, que estaba cubierta de vistoso mantel adamascado y adornada de flores, la sopa de arroz con menudillos, el suculento cocido con jamón, cecina y desperdicios de ave, la merluza en salsa verde, las empanadillas rellenas del sabrosísimo picadillo y el capón asado, sin que faltaran la fuente de natillas, los pasteles de crema, y variada colección de frutas. Escancióse el vino de Valdepeñas añejo, se saboreó á los postres el dulce Pardillo, y concluyó el banquete el aromático café, con las copitas de rosoli y marrasquino. Fué en verdad, aquélla, una comida inolvidable para los que la gozaron. Don Anacleto devoró, como solía, porque comiendo se reía él de los pedagogos más tragones que hayan pisado aulas.



Unos hombres que con ella y otras tales se divertían bebiendo vino en un ventorrillo del Manzanares, la apalearon bárbaramente.

— Ahora que estamos cabales — dijo á media comida Vereca — voy á permitirle dar á V., amigo Covarrubias, un modestísimo consejo, si V. me lo consiente. Ya sabe V. que soy hombre práctico.

— ¡ Con mil amores ! — contestó Don Ulpiano — si su consejo es como su comida, lo aceptaré seguramente.

— V. se compromete. V. pone en peligro su libertad y acaso su vida. V. exhibe sus ideas revolucionarias. V., y eso me consta, se ha batido como un león (ya es sabido que, para Vereca, todos los que se baten lo hacen « como leones ») el 22 de junio. Se le vió á V. morder el cartucho y escapó de milagro. ¡ Sea V. prudente, como lo soy yo !

— Si, por Dios — interrumpió Don Anacleto — sea V. prudente.

— ¿ Quieren Vds. decir que sea cobarde ? Porque si creo que hay que derribar este trono carcomido, y acabar con estos hombres que nos desgobiernan y nos avergüenzan, y tengo el convencimiento de que en ello va el honor de mi patria ¿ por qué no he de procurar que mi idea se realice ?

— Si, amigo, mio sí, pero ¡ *festina lenta!* No hay que precipitarse. Yo también en mis mocedades ¡ *in diebus illis!*... sentía arderme la sangre, y me lanzaba á toda empresa peligrosa. Pero á tiempo me detuve. Y eso que soy liberal de verdad, liberal de cepa, si señor, de la cáscara amarga. ¡ Mi padre se batió... como un león... el 7 de Julio ! ¿ Seré yo liberal ?... ¿ Qué va V. á ganar con que la policía le detenga y le encierre ? ¿ Va V. por eso á conseguir que Don Juan (así llamaba familiarmente á Prim) lleve el gato al agua ? Además, aquí para nosotros, si vencen los progresistas, seguiremos como ahora. Serán los mismos perros con distintos collares. Muchos de los que ahora mandan, para seguir chupando, cambiarán la casaca. ¡ Hay muchos pancistas !... Hay que ver las cosas claras y poner los puntos sobre las íes. ¿ Cree V. que por triunfar la revolución, *ipso facto* vamos á ser dichosos ? ¡ *Risum teneatis!*... ¡ Qué hemos de serlos !... Cuando triunfen los demócratas y se les pida que cumplan su programa, contestarán: « ¡ *Non possumus!* ». Tenga V. por entendido que yo, que soy sistemáticamente un hombre práctico, dudo de todos esos discursos... Todo eso es *flatus vocis*, y nada más que *flatus*...

— Entonces, será lo mejor resignarse al oprobio de ser esclavo de esos miserables — repuso Covarrubias queriendo contestar en serio, aunque al oír al anfitrión le retozaba la risa en el cuerpo.

— No, eso no. Pero... *procedamus in pace*. Vamos poco á poco.

— ¡ *Non possumus!*... Es decir, yo no puedo aguantar el espectáculo de ignominia, en que se pretende que los españoles seamos figurantes mudos.

— Es cuestión de método.

— Dejémoslo, amigo Vereca. Dejémoslo. Yo soy, en efecto, un niño viejo. Cometo cada día un desatino. Pero no me arrepiento ni me enmiendo. Soy como aquel Valeroso Hidalgo que, cuando se enteró de que no había ya Caballeros Andantes y era preciso aceptar el triunfo del pecado y la injusticia, se murió de pena.

— ¡ Oh, amigo, amigo ! También yo soy lector de ese libro... y aunque mis ocupaciones en el Negociado de Animales Muertos no me dejan tiempo para ello, de cuando en cuando hojeo el *Quijote*.

Mientras dialogaban donosamente Covarrubias y Vereca, Don Anacleto dirigía á su novia miradas incendiarias, y Celedonito no daba paz á las quijadas, sepultando en su estómago cuanto se le ponía por delante.

— ¿ Quiere V. más merluza ? — dijo Don Celedonio á Covarrubias. — Está exquisita.

— No, gracias, he comido mucho.

— Gran cocinera es la Restituta, que hoy nos favorece guisando. Pero V. que ha viajado tanto y ha visto tanto mundo, tendrá una gran experiencia en eso de los banquetes.

— Más delicado y succulento que el que V. nos dedica, pocos he saboreado. Ni hay yantar más apetitoso que el que condimentan la amistad y la confianza. Sancho lo decía: « Mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas... » Cuanto más que ahora vienen juntos la amistad, la confianza y los gallipavos.

Y era verdad, porque en aquel momento aparecía sobre los manteles un capón rosado y oloroso, que al mirarlo el grandísimo tragón de Celedonito se quedó un rato bizco.

— Brindemos — exclamó Covarrubias, alzando la copa llena de vino. — Brindemos por los novios. V., Ernestina, va á llevarse un marido que es un santo, y V., amigo Don Anacleto, ha tenido la fortuna de conquistar á la más primorosa y simpática de las doncellas que yo he conocido. Tal para cual. Que sean dichosos, y que Don Celedonio sea pronto abuelo.

Roja como una amapola se puso Ernestina, y su novio se turbó de tal manera, que volcó una copa de vino sobre el limpio mantel.

— Yo también brindo — dijo Vereca — brindo por los novios y brindo por Don Ulpiano, el hombre bueno y generoso, el *vir*

bonus de los romanos. Brindo por su salud y por su dicha.

— Muchas gracias. Pero no merezco el elogio. Ese *vir bonus* ha cometido cada fechoría que tiembla el misterio. He sido siempre un holgazán, y eso es un gran defecto. Pude ser un artista. Me he quedado en moldeador de caretas. No tuve constancia para vencer las dificultades y amarguras de los comienzos. Soñé con grandezas, y me faltaron arres-



Ambos permanecieron silenciosos. Sus almas se unían en aquel silencio.

tos para realizarlas, ó á lo menos acometerlas. A muchos mejor dotados que yo les ocurre lo propio. La obra concebida... ¡qué encanto! la obra ejecutada... ¡qué desilusión!... se ha adornado la casa para recibir á un príncipe ¡y quien viene es un lacayo!...

— Yo también, en mis mocedades, tuve mis ribetes de poeta — interrumpió Vereá. Una vez compuse un soneto con estrambote, y se lo llevé á Don Pascual Madoz para que me diera su parecer. Don Pascual me dijo: « El estrambote es magnífico ¡ Lástima que el soneto sea endeble! Y como han dado los vates en no publicar estrambotes solos, lo mejor será que guarde V. en la cartera su obra. » ¡ Fué una lástima !

— Es el soneto delicada joya de la más difícil y preciada orfebrería. Pocos los han hecho perfectos. Y así Cervantes, que trazó alguno inmortal, se burla de la abundancia de ellos en los bufonescos y graciosísimos con que encabeza su libro.

Con estos y otros coloquios se pasaron las horas rápidamente, y á las once, bien corridas, concluyó la agradable fiesta.

— He aquí gentes dichosas — pensaba Covarrubias yendo camino de su sotabanco. — Se contentan con tan poco, que ha de serles la fortuna muy adversa para que ese poco les falte... La felicidad... la felicidad posible en este ameno valle de horrores, se compone de unos cuantos pocos. Poco dinero, poca vanidad, poca ambición... y poco talento.

Tal vez recordó la frase de Kempis: « El soberbio, el avariento, nunca están quietos. El pobre, el humilde, viven en mucha paz. »

Con la modestia correspondiente se verificó la boda, y Don Analecto fué á vivir con su mujer á la casa del suegro.

Este exclamaba al otro día:

— Un hijo más que me ha nacido. Un plato más en la mesa, y un nieto que me van á encargar á París.

XXI

LA NIÑA-MADRE.

Lentamente iba renaciendo el espíritu de aquella mujer. Violentos é inesperados retrocesos llevaban á veces la desesperación al alma de Cayetano, atento siempre á observar los menores indicios del proceso moral de su madre, y á confrontarlos con sus esperanzas y sus temores. Con tales alter-

nativas deslizábase la vida de la triste pareja. *Estrazilla* se levantaba con el alba para irse á la obra, y no volvía hasta la noche. Trabajaba con verdadero frenesí, y el esfuerzo continuo y el ejercicio muscular desarrollaban y engrandecían su persona, hermoseándola. Una firme serenidad, una resolución vigorosa, un propósito decidido, manteníanle contra cualquiera especie de dificultades ó peligros que se alzarán ante su camino. Seguro de sí mismo, esperaba el porvenir.

Covarrubias conversaba con su protegido siempre que se le ofrecía ocasión propicia, y se recreaba viendo como, en el adolescente, se anticipaban las energías y las experiencias

de la edad madura, efecto natural de la dura pedagogía del dolor que enseña pronto, y en una semana de martirio trueca al intonso párvulo en doctor sapientísimo de toda desdicha, esto es, de toda vida.

— No hay mejor maestro — pensaba Don Ulpiano — que la desgracia. Por eso, la mayor parte de los grandes hombres que han guiado á la humanidad y han mudado el curso de sus destinos, han nacido en la casa lamentable del pobre, donde no hay pan. ¡Mal año para las aristocracias que en el principio de la herencia llevan el germen de muerte!

Ni por acaso atravesaban el alma del manco las alegrías propias de su edad; pero, en cambio, permanecía ella en un equilibrio estático. Como los músculos del atleta contraídos ante la inminencia de la lucha, sólo aguardando la orden de la voluntad para disparar en el máximo de la energía, así la conciencia de Cayetano, en el anhelo de lo desconocido, esperando más que temiendo en todo momento la embestida de la desgracia, hallábase dispuesto á repeler el ataque, y cada día de calma parecía inverosímil tregua. Sentíase predestinado á vivir en perdurable batalla, y comprendía que le era impuesta la obligación de dormir con el arma al lado, milite de la avanzada, sin relevo posible, centinela de sí mismo, de cuya previsión, valentía y fortuna dependía la vida. Esta desconfianza engendraba en él un sentimiento de hostilidad para con los demás, sin otras excepciones que Don Ulpiano y el corto grupo de sus humildes y generosos amigos, auxiliares de la obra de protección.

Esa hostilidad no era odio; era el instinto de conservación sobreexcitado por las pasadas torturas, y temeroso de que se reanudasen... Por tal manera, iba templándose y endureciéndose el alma del muchacho.

Aurora parecía haber recobrado parte de su vida espiritual. Pero de lo pasado sólo tenía débiles é incompletos recuerdos. Era su memoria, como planeta condenado en la ordenación del sistema astronómico, á tener un hemisferio constantemente en la sombra, y ese espacio oscuro contenía el luctuoso período de sus culpas y de sus martirios. Recordaba que Cayetano era su hijo, que le había amamantado, que le había tenido en sus brazos, que le había enseñado á hablar, pero la memoria de su marido se había borrado por completo. En la ilógica y absurda deformación de sus facultades mentales y por obra de singular amnesia, resultaba que aquel niño había venido á ella de modo milagroso y extrahumano, por espirituales ansias de amar, no por caricias de varón.

Esta incompleta iluminación intelectual

de su ser la convertía en una niña vieja, como si la Providencia, al juzgarla purificada de sus graves pecados por el horrendo martirio, la hubiera restituido á la primitiva inocencia infantil, otorgándola, con el perdón, el más dulce de los beneficios: el de borrar de su memoria las huellas de la delincuencia.

Ese retorno á la infancia adquiría á veces las formas tiernas y joviales de la edad primera, que quiere andar y tropieza, quiere hablar y balbucea; y en esos períodos se divertía recosiendo un trapo, y si, en la torpeza de su dedos ya olvidados de las destrezas de la costura, se clavaba la aguja, lloraba gritando:

— ¡ Aguja mala!... ¡ Aguja pícara!... me ha mordido la aguja.

Cuando tal ocurría, hallándose Cayetano cerca de Aurora, aquél fingía una sonrisa, y decía:

— ¡ Ya la castigaremos, á esa aguja!

Y besaba el dedo herido, llevándose en los labios la gota de sangre escapada del pinchazo.

Aurora se dejaba acariciar por el mozuelo, y le devolvía las caricias.

— Mi hijo es bueno. Mi hijo me quiere mucho, y si alguien viniera á pegarme, él le mataría... ¿ Verdad que le mataría?...

Permaneció largo rato silenciosa y como reconcentrada en algún hondo pensamiento, y de repente levantó el rostro y dijo á Cayetano:

— Estaba cavilando una cosa muy rara, que no puedo comprender. A ver si tú me lo explicas. ¿ Cómo es que siendo tú mi hijo, no sea yo tu madre?

— ¡ Que idea! — contestó Cayetano — yo soy su hijo de V. y V. es mi madre. Así es, y no puede ser otra cosa. Ya ve V. si nos parecemos. Yo soy el retrato de V. ¿ Ve V. este lunar que tengo yo en la sien izquierda? Pues es igual al que tiene V. también en el mismo sitio.

— Entonces ¿ desde cuándo soy tu madre?

— ¡ Toma! ¡ Desde que nací!

— No, eso no, porque yo no me acuerdo de cuando naciste, ni donde, ni de qué modo. ¿ Te acuerdas tú?

— Eso sí que no. Ningún hombre puede acordarse del momento en que ha venido al mundo.

— ¡ Es lástima, porque no me puedes sacar de dudas!

— Sí, que puedo. No hay ni puede haber duda ninguna. ¿ No me quiere V. á mi mucho más que á nadie?

(Se continuará en el número próximo.)

CIUDADES ESPAÑOLAS

Por JOSÉ SANCHEZ ROJAS



ASTORGA Y LEON

HORA Y MEDIA EN ASTORGA.

Tarde lluviosa y fría. Soldados que marchan á Melilla. La llanura que comienza á iniciarse con timidez, entre álamos, fresnos y tísicos arbolucos. Astorga, la vieja ciudad leonesa, se extiende en un alto, diseminada y pintoresca, luciendo sus torres airosamente, á la derecha, la catedral. Por una cuesta, entre filas de maragatos que acaban de dejar el tren, con la torre de la catedral por meta, visito el pueblo. En una plaza ancha y castellana — la de Santocildes — un piano casero preludia el Ave Maria de Gounod; una vocecita dulce susurra la plegaria temblorosamente.

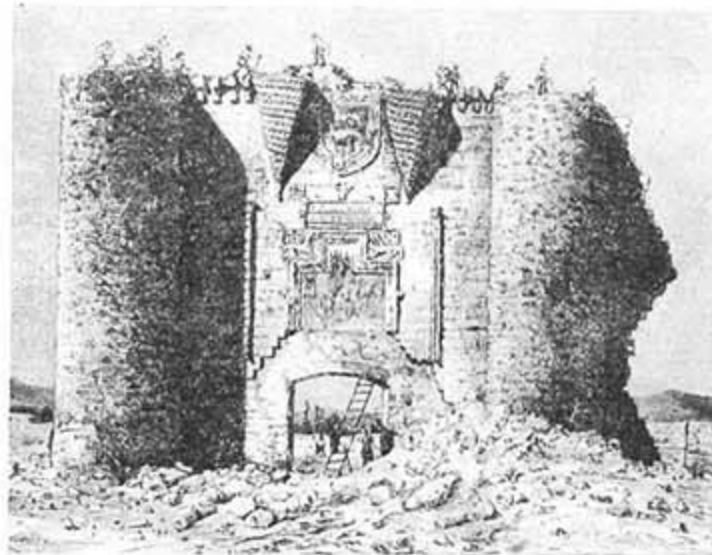
El reloj del Consistorio deja caer lentamente siete campanadas.

Oyense voces de chiquillos que corretean y juegan. En la plaza, portales castellanos, casucas enjalbegas de un solo piso, muchachotas espléndidas y sanas.

Anochece. Peregrino por la ciudad á la

ventura, atisbando rostros desconocidos, callejas estrechas donde sueñan mis pasos en el silencio, iglesias pobres, alguna casona destartada de rancio solar. En una plaza, un monumento: adivino un león que sujeta entre sus garras un pajarraco, que debe ser un águila. Y un edificio gótico, de agudas flechas que negrean al perfilarse, esconde la perspectiva de la catedral. ¿Estoy en Nuremberg, en Maguncia, en Colonia, en Munich? No; es un edificio novato, pretencioso, descentrado, que profana la sequedad, la severa sencillez de estos pueblos castellanos.

No puedo ver la catedral. Me conformo con pasear por aquellos aledaños, descubriendo la mansión episcopal y una ermita que se levanta á la vera de la Basilica. Luego, en un café, al pedir un chocolate, el camarero me mira asustado. Tarda una hora, y torno á la estación. Una hermosa muchacha despide á su novio, un mozalvón que va para Melilla. Lloro la dama;



ASTORGA. -- Ruinas del antiguo castillo.



ASTORGA. — Catedral, Palacio y murallas.

el galán promete traerse todas las cabezas del Riff, y un collar de orejas de moras para su morena. La luna se oculta entre las nubes. Y yo pienso que debiera refrenar mis ansias, viviendo toda la vida en estos pueblos tan quietos, tan melancólicos, tan tristes, paseando por estas carreteras polvorientas y rectas, con el espíritu adormilado, compartiendo la existencia con una pobre mujer que tuviera la virtud del ahorro. Se forma el tren, tiembla el herraje sobre los railes, y yo siento tristeza y frío y sueño.

LEON. — LA CATEDRAL.

Atravieso la calle de Fernando Merino — ¿ cómo ha de llamarse la calle mayor de León? — para visitar la catedral.

Son las ocho de la mañana. Unas lindas devotas de mantilla me indican el sendero; unos golfillos me persiguen con billetes de la lotería; el inevitable organillo, con el chulo inevitable, preludia el vals de los besos de *El Conde de Luxemburgo*.

Sigo toda la calle. A la izquierda asoma una plazoleta de rancio sabor castellano. Y descubro la catedral empotrada entre zaquizamis miserables. Una exclamación de gozo sale de mi pecho; adivino de pronto, abarcando una perspectiva casi total, que me hallo en presencia de una maravilla. Aquel poema del arte ojival cristiano va entrando

lentamente en mi espíritu, llenándolo de dulzura, de alegría, de anhelos que no quiebran, antes bien, aumentan y se intensifican con el tañido de una campana, que hiende los aires con gravedad.

¿ A qué definiros artísticamente el monumento, amigos míos? ¿ A qué hablaros de flancos, de arbotantes, de nervios, de cruceros, de naves, de columnas, de capiteles, de ventanales, de estos estupendos ventanales de la catedral de León?

Es gracia y elegancia todo el edificio. Severidad y donaire. Belleza y esbeltez. Lo construyeron poetas con espíritu de ángeles, que vivían en el cielo desligados de los afanes de la tierra.

Es la catedral una plegaria que se eleva á las alturas, graciosamente soberana, henchida de paz, de abandono y de candor. No anida la austeridad bajo sus bóvedas; no hay pesadez en sus columnas que parecen nervios; no dan sus muros sensación de solidez. A mí me parece, dentro de la catedral hermosa, que me elevo con ella al cielo; que la policromía de sus cristales son la irradiación de lo infinito; que sus paredes se abren, esfumándose, ansiosas de abrazar las nubes y de confundirse con ellas.

Y en la catedral crece el hechizo. Aquello está fabricado para cantar las excelencias de David, para entonar el cantar de los cantares del Rey sabio y enamorado, para estallar

en cantos de amor de mozo intemperante y generoso.

Yo no sé, pero tengo para mí que son polifonas aquellas piedras, que aquel recinto es una caja de música, que viejas estatuas de reyes olvidados, ingenuos rostros de

doño. Atravieso el coro. En un altar oficia un sacerdote. Los devotos rezan arrodillados. El monago repica una esquila; el sacerdote murmura; *Sanctus, sanctus, sanctus!* Y yo siento un escalofrío; las palabras del ritual vivifican su contenido en este alcázar divino; las alabanzas al Dios, tres veces santo, no hallan su eco sino aquí. Porque en esta catedral, dulce como la niebla del valle, ensoñadora como mocica que rumia su primer amor, bella, mil veces bella, amigos míos, aprendemos cuán falaz es el aserto de que el cristianismo está reñido con la vida; soñamos con santos alegres, henchidos de contento íntimo, y sentimos que tor-

ran, con sentido nuevo, del corazón a los labios, los primeros balbuceos de la oración sincera, de la plegaria santa, manantial de consuelo.

Hay catedrales que parecen fortalezas. Son duras, austeras, secas, como el corazón de los guerreros adustos que las levantaron. Otras son petulantes. Esotras pobres. Pero ésta, no. Esta es digna del cielo que la cubre, del Dios al que adora, de la idea que la inspira. Es tan graciosa, sutil y delicada, como el sueño

de una moza cándida. Es todo un sueño la catedral de León. Sus piedras, como si fueran seres vivos, rezan, cantan, brincan, saltan por ascender al cielo.

Y yo os digo, en verdad, que son el cielo mismo.

Hoy he recordado mis grandes emociones: los Alpes, Florencia, las Catacumbas, el Vesu-

vic, Toledo, Mantua... Y hubiera dado la mitad de mi vida para bendecir al Dios que me ha dejado contemplar este asombro, si lo hubiera contemplado en compañía de una mujer amada, cuyo espíritu hubiera vibrado al unísono del mío.

MACHAQUITO. SAN MARCOS.

Quiero ver San Marcos, destierro, como todos saben, del señor de la Torre de Juan Abad, de Don Francisco de Quevedo, residencia de la orden de Santiago en el reino de León. Forma un gran cuadro la fachada de San Marcos. Hay en el extremo derecho de la fachada un estupendo arco, de medio punto, que introduce al patio. Hay nichos platerescos en la fachada. Hilos de conchas matizan las enjutas del arco exterior. En el fondo del pórtico asoma la portada del templo, muy rica y peregrina. Llamo; nadie me atiende. Insisto; quiero ver el museo. Un cabo andaluz aparece al fin.

— ¡ Por aquí, zeñó!

Sigo al cabo:

— *Uté quié ver el cuarté ¿verdá? tencmo lo mejore zementale. Hay un cabayo, Machaquito, que vale un imperio.*

Me dejo llevar, me dejo querer. El palacio de la orden de Santiago es un cuartel de caballería. En el patio plateresco está el cuarto de banderas. Hay estatuas rotas, descabezadas, en el patio. Rotos aparecen también los cristales de la iglesia. El cabo me lleva a las cuadras, magníficas, de la remonta. Caballos normandos, cuadrados, pesadotes;

caballos andaluces, esbeltos; corceles árabes, de testuz como martillo, alborotados, ágiles, nerviosos. El cabo, mi *cicerone*, me dice el valor de aquellas joyas. Y me invita a sobar los lomos de *Machaquito*:

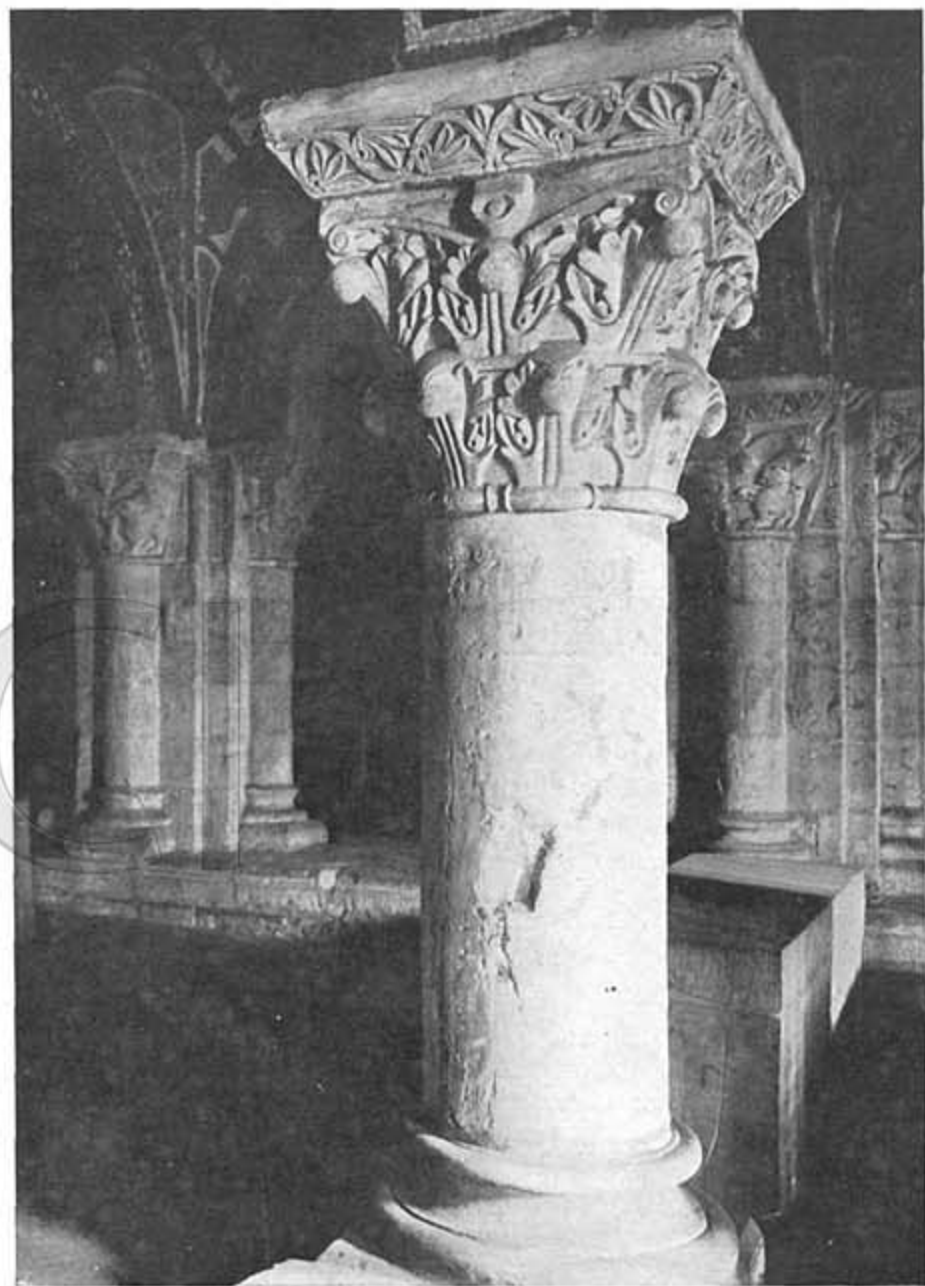
— *Una perla, zeñó, una perla.*



LEÓN. — La Catedral.

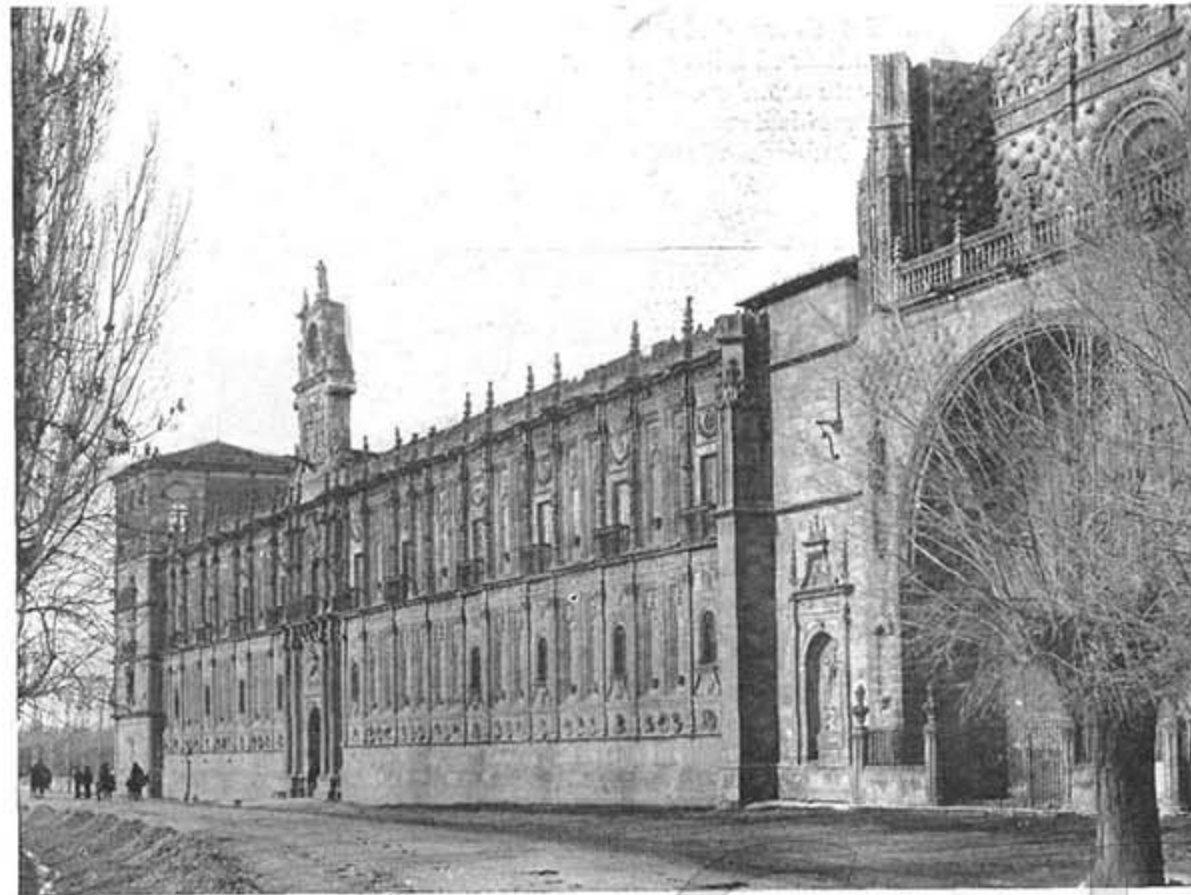
virgenes graciosas, adustas fisonomías de barbas apostólicas, lindas tallas del coro, policromas maravillas de los cristales, todo el mundo viviente del templo, toman parte en el coro sagrado de aquel poema digno de Dios.

Me recojo un momento dentro de mí mismo. Contemplo el sepulcro del Rey Or-



LEÓN. — San Isidoro, Pantrón de los Reyes.

No veo el museo arqueológico; está cerrado. En la iglesia contemplo un instante un magnífico retablo de piedra, representando la Natividad del Niño Jesús. Las salas del edificio están muy abandonadas. Apenas se mantiene el artesanado de la sala prioral. Saco una impresión de abatimiento y de tristeza.



LEÓN: Convento de San Marcos.

El cabo me cuenta de la vida del cuartel.
En el cuartel se goza, se vive :

— ¡E la mejor vida, créame uté.

SAN ISIDORO. EL PANTEÓN.

San Isidoro es otra perla de León, su perla bizantina, aunque hay en la iglesia vestigios de otras fábricas y huellas de otros estilos. Las ventanas de las naves baja y principal llevan, en sus jambas, columnas de distintos capiteles; cornisas análogas ciñen, en casi toda su extensión, el exterior de la iglesia. Todavía puede verse, después de distintas reformas, un ábside lateral, bizantino, de no muy grandes dimensiones, pero el principal fué sustituido por una capilla cuadrada, gótica, reforzada de contrafuertes y coronada de un antepecho calado de crestería.

Son tres las naves del templo, sobrias, severas, desnudas. Parecen árabes, por sus curvas, los arcos de la iglesia. Cada cuatro columnas forman un pilar, asentado sobre zócalos, redondos unos, cortados otros.

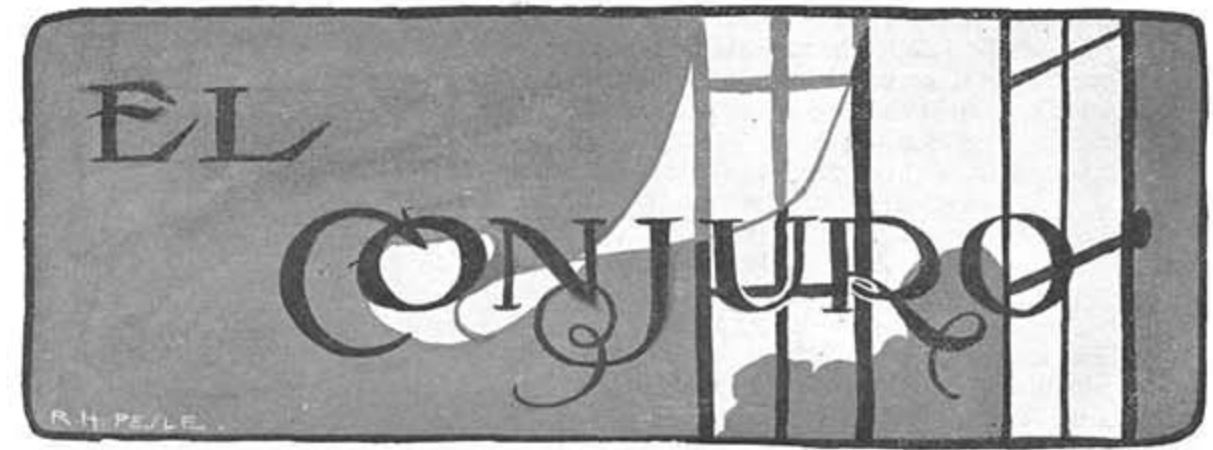
Debajo de la iglesia, el Panteón de los Reyes. Nada más sugestivo y evocador. Está formado de seis bóvedas bajas, oscuras, sombrías,

que descansan sobre dos columnas aisladas.

La invasión francesa profanó aquel panteón de los monarcas del viejo Reino. Pocos túmulos reales, de treinta que había, dejaron los franceses. Rompióse la urna de mármol blanco de la infanta Doña Urraca de Zamora, los panteones de Bermudo II y de Doña Elvira, el nicho de la mora Zaida.

Desmantelado, roto, profanado por la barbarie, está hoy el panteón de San Isidoro. En él parece dormir el silencio de la historia. Adivínase la majestad, la adustez, la fé sombría y brava de aquellos monarcas guerreros, de aquellas infantas varoniles, de aquellas princesas pretéritas, venidas de Franconia, para evitar en cortesanos entronques sangre de batallas.

Y el silencio, la poesía, el hechizo misterioso, inefable, evocador, de las gestas leonesas, duerme para siempre en aquel Panteón. La leyenda del Conde Don García, asesinado por los Velas, resbala por el espíritu mansamente, y nos parece percibir, cerca del nicho vacío de Doña Urraca, la voz traidora de Bellido Dolfos, el gesto del Cid defendiendo á su Rey, los campos zamoranos de valorio teñidos de sangre generosa...



Narración novelesca por AMICHATIS

□ □ □



Al terminar la cena, me levanté presuroso y me retiré á mi cuarto de fonda. El viejo camarero Paco, que compadecía mi orfandad, preguntóme paternal y solícito:

— ¿No sale hoy el señorito?

—No... no... hoy no salgo — contesté.

Ante la sequedad de la respuesta, poco acostumbrado á tales brusquedades, calló, dándome las buenas noches. Yo me encerré en mi cuarto y me dispuse á trabajar. Estaba terminando una novela que era como una venganza; un compañero en el arte de las letras, antiguo camarada de francachelas de la adolescencia, me molestaba sobremedida; era un tipo bajo y raquítico que envidiaba mis triunfos, y amargaba mis horas felices con sus ironías biliosas. Hasta en mis amores quiso meter cizaña, haciendo suposiciones malévolas acerca de mi amada, amada cándida como novicia, y pura como vestal. Titulaba mi novela: « El amigo malo ». En ella pintaba, de cuerpo entero, el ente ridículo que me causaba tantos dolores. Otro de mis compañeros me aconsejaba desistiese de la venganza.

— Ese Gustavo — decía — tiene alma de jorobado y se vengará...

Reía yo de los consejos, y me apresuraba á terminar la novela de Gustavo el bilioso y de las torpes ironías.

Al sentarme ante mi mesa, me encontré inquieto, molesto. Yo soy muy supersticioso. Llevo en el alma el peso de todas las aberraciones

creídas por mi difunto padre, como buen italiano. Creo en supercherías y conjuros, y tengo por herejes á los que se ríen de agüeros y no temen el « mal de ojo ». Aquella tarde, en compañía de mi amada, la niña cándida, había ido al Circo. Ella descaba contemplar á una danzarina de fama mundial, que traía revueltas á todas las damiselas que tenían amador. Quería saborear el poder de



¿No sale hoy el señorito?...

los ojos fementidos que hicieron enloquecer á tantos jóvenes y llorar á tantas adolescentes, ante el abandono de los tornadizos galanes. Yo me opuse á tal capricho temiendo, inconscientemente, una desgracia. Pero ella, con sus ruegos, venció mis recelos, y fui.

Apenas apareció en el escenario la danzarina, sentí un escalofrío de terror. Iba luciendo su desnudez impúdica y desenvuelta, como una cortesana de Alejandría. Cubría su cintura un anillo de amuletos con colgantes de púrpura, y en su cuello y brazos llevaba tres culebras movedizas y vibrantes, de mirar fijo. Yo quedé atontado. Es para mí la culebra un reptil de agüero malísimo, inevitable. Tuve que salir del salón abandonando á mi novia. Al cruzar la antesala, hirió mis oídos una risa sarcástica y punzante como un insulto. Era Gustavo...

El resto de la tarde lo pasé inquieto, azorado, asustándome sin saber por qué; evitaba hablar con las gentes, y daba grandes caminatas para calmar mis nervios en tensión. Al caer de la tarde, entré en un templo y recé precipitadamente. Cubrí mi cuerpo y mi rostro de cruces trazadas con agua bendita, y logré con ello dar un sedante á mi agitación. Pero durante la cena volvió á apoderarse de mí el

temor supersticioso: vertí un salero, rompí un vaso y, del portazo que di al salir del cuarto tocador, saltó hecha pedazos la luna del espejo. Indudablemente, me esperaba algo siniestro, fatídico; mis pasos habían sido marcados por un conjuro.

No podía coordinar ideas. Las impresiones de la tarde danzaban aturridoras en mi cabeza. A punto estuve de romper las ya escritas cuartillas, y olvidar mi anunciada venganza. Aquel barullo de risas de Gustavo y

miradas de culebra con la presencia de mi novia, me enloquecía... Para distraer mi ánimo, pensé leer. Busqué libros



Aquella tarde, en compañía de mi amada, había ido al circo.

en la biblioteca, pero nada lograba distraerme. Maquinalmente, arranqué la hoja del calendario. Al leer la fecha, un nuevo atontamiento perturbó mi espíritu. Era la del primero de diciembre... Tiene esta fecha un recuerdo doloroso y trágico. ¡ Al lucir el alba de tal día murió mi madre! Fué allá en mi pueblo, un pueblo del Alto Aragón, tranquilo y silencioso como una abadía. Vivía mi madre recluida en una quinta de familia. Desde que faltó mi padre empezó á perder la razón, y no podía sufrir el trato de gentes. Sólo permitía mi presencia. Aun así, apoderábanse de ella raras exaltaciones, en las que gritaba señalándome.

— ¡ No eres él! ¡ No eres él!... Tenía razón, tenía razón...

Y, tras tales gritos, huía hasta ocultarse en su cámara.

Aquella noche del 1º de diciembre — hacía tres años — estaba tranquila. Después de besar su frente fui á seguir mis estudios de abogado, que entonces terminaba. Dispuesto estaba á pasar la noche ante los libros, cuando sentí un estremecimiento singular. Ante mí, por la pared, á la que estaba adosada la mesa escritorio, comenzó á as-



Era un tipo bajo y raquítico...



Mi madre, sentada en el lecho, miraba extraviadamente la ventana...

cender una araña enorme, ventrada y repugnante. Yo seguía, como en fascinación, su marcha lenta. Torció su camino, y fué hacia el ventanal de mi cuarto. Al acercarse, crujieron los vidrios, y ladró lastimeramente un perro en la lejanía. Oyóse otro ladrido más cercano y, como respondiendo á su eco, el reloj del comedor, un antiguo reloj de caja sonora, comenzó á sonar campanadas. Era media noche; al dar la cuarta hora, oí que mi madre rugía su grito trágico.

— ¡ No eres él!... ¡ No eres él!...

Temeroso y azorado, fui corriendo á su retiro. Al llegar, un viento helado me cruzó la cara. Mi madre, sentada en el lecho, miraba extraviadamente la ventana, diciendo:

— Se fué... se fué...

La ventana estaba abierta; una ráfaga de aire había roto la falleba.

Quise calmarla, y llamé al doctor del vecino pueblo... ¡ Todo fué inútil! Al desaparecer del cielo la última estrella de la noche, murió. Llevado de mi temperamento excitable y raro, no he vuelto al pueblo, pero cada vez que siento las doce campanadas en la soledad de la noche, recibo en la frente un beso frío, como del aire que viene de una montaña nevada...

Tras de las impresiones del día, sólo faltaba este recuerdo para aumentar mis te-

mores. Tal evocación llegó á darme la seguridad, de que el fantasma de una tragedia se había interpuesto en mi camino. Paseando como un enajenado buscaba cansancio para rendir mi cuerpo. En las vueltas por la habitación encontré un montón de cartas y retratos. Eran de amigos. Revolviendo entre ellos, saltó á mi vista uno que me hizo estremecer. Era una cara cínica, de ojos saltones y cabeza huesosa como un cráneo sin piel. Tenía el aspecto siniestro de los signos cabalísticos: Era Gustavo...

— ¡ El!... ¡ El!... ¡ Siempre él! — dije.

Volví á pasear, y los temores fueron desapareciendo para ser dominados por un santo recuerdo. La sombra de mi madre, cubriéndome con sano sentimentalismo, hizo correr lágrimas de mis ojos. Caí de bruces sobre la cama, y oré. No sé cuanto tiempo permanecí rezando, pero, de pronto, sentí un extraño sobresalto. En los vidrios del balcón se oyó, claramente, un crujido seco y estridente. Acerqueme, resuelto á terminar mis temores, y no vi nada.

— El choque de alguna hoja muerta — pensé.

Volví otra vez al lecho. En mi cuarto, el reloj señalaba media noche. Lejos, empezaron á sonar campanadas, mas, al llegar á la cuarta, cesaron, y se oyó un chasquido como de cordaje que se rompe...

Ya no pude resistir más. Miré en mi torno, y todo eran sombras. En el quinqué de mi mesa empezaba á oscilar la llama, al apagarse. Se apoderó de mí un raptó de locura. Cogí el abrigo, el sombrero, y salí precipitadamente.

Paco, el viejo camarero, dijo asustado:



Ante mi mesa, me encontré inquieto y molesto.

— ¡ Salir á tales horas !... ¡ Hace frío, señorito !... ¡ Hace frío !...

Sin contestar, me alejé. El recuerdo de mi novia me atolondraba. ¿ Qué era aquello, señor ? ¿ Qué era aquello ? Y corría, corría buscando tranquilidad en el frío de la noche. La luna, burlona, fingía sombras en los troncos y en las encrucijadas, y el susurro de la brisa entre los árboles me recordaba el eco de la burlona carcajada. Andaba sin rumbo, huyendo de la temida risa y del fantasma...

Inconscientemente, llegué á las afueras de la ciudad. Allí, en antigua casa que fué convento, vivía mi amada. Era un casón, con derruido campanario, sobre el que revoloteaban las agoreras sombras de aves nocturnas. Paréme frente á las ventanas, ahogado por las dudas. Todos los presagios hacíanme adivinar un final en mis amores...

La cristalería de los balconajes, reflejando



Maquinalmente, arranqué la hojadel calendario.

la luz de plata de la luna, era una silenciosa respuesta á mis dudas de enamorado... — « Ella debe dormir » — pensaba. Pero en mis oídos seguía el repiqueteo de la risa burlona...

Tras de la casa había un jardín, rodeado de verja propicia á los coloquios de amor. Allí fui, pretendiendo recordar pasadas noches de idilio... Mi pasos guiábalos el conjuro...

...Allá, bajo el dosel de una madreselva, estaba la amada; y junto á la verja, en gallarda actitud de doncel de poema, estaba Gustavo recitando la eterna canción del amor...

No he vuelto á ver á la amada engañosa. Gustavo me dió el final de la novela. Tuve que cambiar el título. Ahora será : « El amigo bueno »... Tuvo la delicadeza de no esperar á que me hubiera casado... ¡ Oh, la amada cándida como novicia, y pura como vestal !



(Ilustraciones de Basté).



A tarde ha cedido su paso á la noche : noche clara, radiante, con luz de luna en toda su plenitud : encalmada, llena de sosiego, con un oro campestre, seco y ardoroso, mezclado al vaho polvoriento que baja de la urbe.

Por el lecho arenoso y sin angosturas del mísero riachuelo, las aguas discurren lentas, enturbadas, rimando con su visveo monótono una canturrea perezosa, que remeda la oración vespertina de oriental mohecín.

Al claro lunar, la corriente adormecida del Manzanares riela sobre las aguas la caricia de su luz argentada. El cauce árido, donde hay dibujados infinidad de surcos brillantes, en líneas desiguales que se cruzan y entrelazan sobre la superficie de su arenal, contrasta con la nota uniforme, verde intensa, que ofrece la grata frescura de un vergel en las opuestas riberas.

De un lado la vasta posesión de « La Casa de Campo », dominio patrimonial agnado á la Corona. Del otro la visión panorámica del Madrid clásico, con sus Vistillas, San Fran-

cisco, y la majestuosa mole del Real Palacio elevada sobre las frondas del « Campo de' Moro » ; pese al transcurso de los años, subsiste la impresión estética que dejó en el lienzo la huella de supremo arte del muy gran señor D. Francisco de Goya y Lucientes.



Esta noche, Madrid gusta su alegría castiza.

Los tranvías de la *Bombilla* bajan atestados ; no hay ni una *manuela* disponible, y hasta el escuálido jamelgo, con cintajos y flores de trapo en las orejeras, añora los días mejores de su juventud. Arrastra el democrático carruaje con arrogancia ya olvidada, ufano de conducir á un par de chulas de trapío, con rico pañolón de Manila envuelto graciosamente á su talle.

Por los andenes de la Cuesta de San Vicente y del Paseo de la Florida, la gente camina casi estrujándose, apretada en compacta masa humana, que canta y ríe, mostrando alegría retozona, bulliciosa y estridente.

De vez en vez, dos sectores de luz cegadora caen sobre la carretera, iluminando con su haz

blanquecino el barullo y trajin de coches, tranvías, carros y peatones; próximos sueñan acordes de música conocida, ó la ronca voz de una sirena; y, regateando entre los obstáculos, pasa ligero algún automóvil.

Junto á los hundosos merenderos que bajan hasta la orilla del río, nota pintoresca del cuadro, pincelada feliz que pone de relieve

la condición pobre, astrosa y sucia de los suburbios madrileños, se agrupan ellos y ellas, gentes de la más baja clase social, en torno de un organillo, que con sus notas acerradas desquicia la candente armonía de alguna producción popular. Es el espacio reducido; lo delimita destartada valla de maderos mal embadurnados con chillones colores, y peor hincados en el suelo. Unos cuantos farolillos japoneses que perdieron sus galas, mostrando la traza de contar en el haber de servicios muchos años, pendientes de cordajes que unen el muro con los primeros árboles del

paseo, completan el adorno de semejantes lugares acotados para el baile.

Las parejas son muchas. En unos cuantos centímetros de suelo disponible, tejen los pies los movimientos acompasados y menuditos de un *chotis*, ó las vueltas rápidas de una *polka*. Claro es que hay molestias y tropiezos, que la majeza madrileña procura entrelazar con chulaperías y donaires; mas sin este condimento necesario, sería nulo el *espiritual* disfrute del *agarrao*.... Concluyen los minutos de descanso, en los que al ruido del

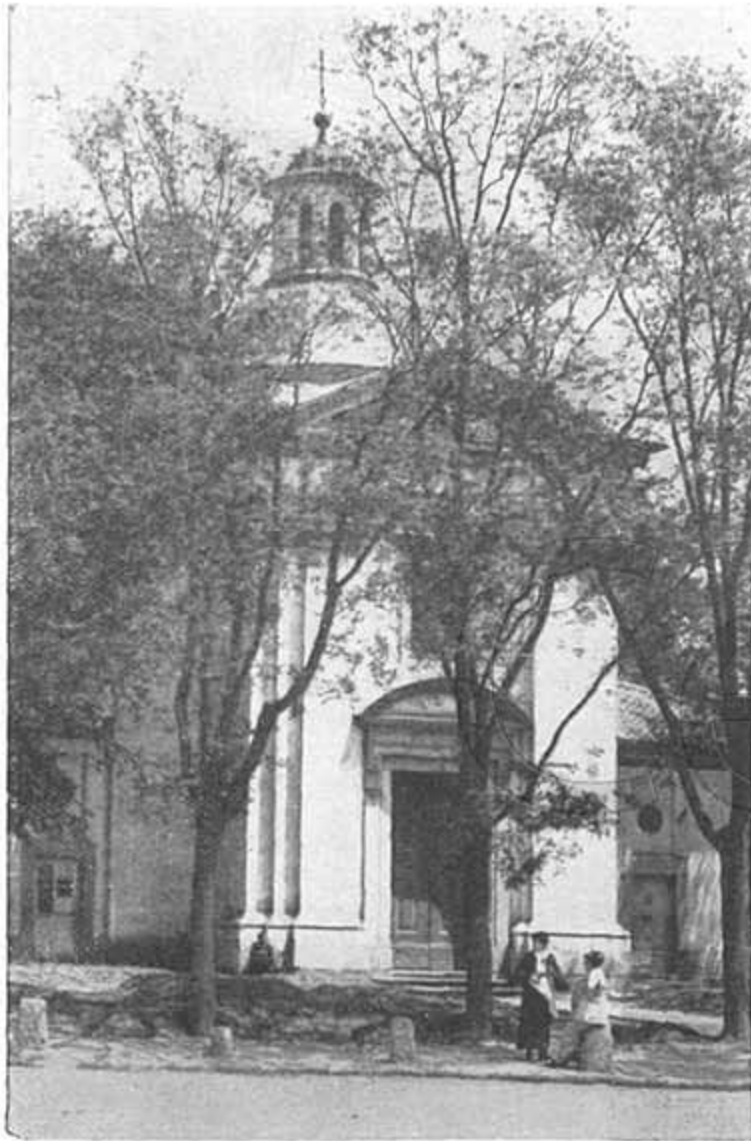
organillo substituyó el del copeo, y cuando el virtuoso de *rizadas persianas* que asoman bajo la calada gorrilla, de ceñida chaqueta, pantalón de odalisca y sedero pañuelo, se dispone nuevamente á empuñar el manubrio del musical artefacto, y hacer con él primores de ejecución, las parejas de baile, que aumentaron todavía, vuelven á iniciar los lánguidos movimientos de una *habanera*.

El cruzar lento de la muchedumbre, sigue por el angosto cauce que marcan las aceras del paseo; la luz exigua de unos faroles muy distanciados de trecho en trecho, trata de romper la sombra de la obscura mancha que avanza, hasta perderse al fondo de la carretera.

Hay allí una calle de aromosas plantas. Las hortensias, grandes, exuberantes de vida, sostenidas en ventrudas macetas, muestran la delicada palidez de su flor al lado de unos tiestos, donde los claveles reventones, estallantes de color y de fragancia, casi

doblan los tallos que apoyan en erguidas cañas; junto á ellos, geranios de infinitas clases y colores, con sus hojas amplias, aterciopeladas, repletas de festones, estampadas de adornos laberínticos y caprichosos.

— ¡Albahaca, albahaca, es la mejor del año! — gritan los vendedores en sus puestos, tras una barrera de verdura, mientras la llama oscilante del carburo de calcio entinta siniestramente de amarillo, con veladuras terrosas, el zafio aspecto de sus rostros vulgares.



Templo Ermita de San Antonio de la Florida.



Un puesto de Mata-Suegras.

Una hembra arrogante, tan negros sus ojos de reina mora como el azabache del pelo, garbosamente ceñido el pañolón de chinoscos bordados, compra también su macetilla de albahaca.

El aroma delicado de la planta se encuentra con la fragancia de sus labios de madrileña neta, bella y castiza; unos cuantos pipos llenos de ingenio, con la gracia chulapa de los *barrios bajos*, se quiebran á su paso por entre la muchedumbre apretada.

En la pesante atmósfera, mezcla de humo y polvo, canta una voz estragada por el copeo:

« La primera verbena que Dios envía
« es la de San Antonio de la Florida ».



San Antonio de la Florida, que ha pasado por muchas vicisitudes, conociendo épocas de vida espléndida, y en ocasiones de penuria extremada, es algo íntimamente unido á la existencia, en ciertos momentos azarosa, de la Capital de España.

Por delante de su puerta, donde Fontana mostró la severidad de su estilo arquitectu-

ral, todos los años, al mediar Junio, parejos á los calores que inician el estío, desfilaron los amantes de la tradición popular en clásica romería. Unidos alegría é ingenio, divisa eterna del carácter español, bajo frondas tupidas de álamos y negrillos, se renuevan promesas de amor y juramentos de felicidad.

El hechizo de la noche queda roto por mil ruidos; algarabía de voces; el chirriar del aceite dispuesto en grandes calderas para la cocción de los *churros*, en las ambulantes buñolerías; las notas melosas aflautadas; cadencia dormilona que al aire lanzan los múltiples tubos de un orquestal, colocado en el centro de magnífico y deslumbrante *lio-vivo*, música que siempre resulta el mejor incentivo para el mareo; los silbidos penetrantes de las ruinosas locomóviles que sirven para poner en marcha los numerosos tinglados de balancines, mareoramas y ruedas monumentales, de donde penden mal sujetas unas toscas barquillas; hasta los fognazos del magnesio para las *fotosgrafías rápidas*, y el estribillo musical de unos cuantos organillos, todo unido á la zalagarda y bullicioso trajin de quienes ocupan el ferial de la verbena, cam-

bian la quietud de las horas nocturnas por el rumor loco de alegría desbordada, que seca la garganta y deja los nervios en una laxitud extrema.

Abierta la ermita, el sagrado recinto espelnde deslumbrante. Entre empellones, casi en volandas, estrujándose materialmente, penetra la gente más que nada por afán de curiosidad, que hasta las gradas del altar la conduce, sin que pueda decirse que una devota costumbre guía sus pasos.

Y es de notar la cuerda de personas que, formando número de la muchedumbre abigarrada, desfila durante la noche por delante del santo. Las madrileñas, nerviosas, finas, que tienen siempre á flor de labios una ocurrente contestación, constituyen el contingente mayor entre los adoradores espontáneos. En la visita ermiteña las aguarda tal vez algún tenorio advenedizo, á quien preocupa poco la santidad del lugar. A hurtadillas, haciendo portavoz con el pajizo sombrero, los ojos chispeantes, casi seca la garganta por el continuado palique, el incansable acompañante suele, en más de una ocasión, distraer la fingida seriedad de las traviesas muchachas; es una ingeniosidad chistosa, quizá el *timo* de moda. Sonríe entonces la juventud; y las lindas mozas, apretados los

labios en gracioso mohín, para no dar rienda suelta á su alegría, empujan con ahinco, para salir cuanto antes del templo. Mas fueron con demasiada rapidez, y los diminutos piececillos se posaron fácilmente sobre los de respetable cuarentona. Son entonces las protestas, las injurias saladísimas y los graciosos decires. Quienes propinaron la ofensa y quien la recibió, se tiretean en diálogo chispeante, repleto de ingenio, hijo legítimo del Madrid castizo.

— Mi alma ¿ se siente usted lastimada ?
— dice una voz aguardentosa, en tono guasón, lleno de punzante ironía.

— Y á usted que se le importa, rey D. Sebastián. Pus ni que fuera su señoría la sota de bastos por lo hinchado — contesta la recia madrileña, mientras recoge de su cabeza el pequeño pañuelo que le sirvió para entrar en la ermita.

— Oye tú, señor Ulogio. No te parece que á la *madame* la podían haber colocao arriba, junto á las chulas de Goya. Y pué que aún no hubiera tenido comodidaz. Pa otro año se viene usted con cascabeles y un palanquín, que yo le rendiré pleitesía... — Y así siguen las bromas, que duran tanto como el desfile de los romeros delante del santo.



Una Churrería.



Gitanas buscando á quien decir la buenaventura.

Si oculto tras de una puerta, el espíritu de Goya pudiera presenciar el cuadro, por bien empleado daría todo su trabajo. Sus majas y chisperos, hermanos son de quienes hoy visitan la ermita de San Antonio de la Florida. Sólo el tiempo borró las galas de aquel vestir hidalgo, sustituyéndolo por los exotismos de las modas actuales; mas fuera, en el ferial de la verbena, idéntico es el espíritu de alegría, y hasta la música del inmortal Barbieri, que ahora desgrana un organillo, nos vuelve á los días felices que pasaron, en que :

« Manolos y manolas de cuatro en fila
se van á San Antonio de la Florida ».

— ¡ París— Madrid ! — ¡ La vuelta al mundo en un cerdo ! — ¡ Torraos y avellanas ! — ¡ Viaje á América sin marearse ! — ¡ Cahués al vapor ! — ¡ Fotografías al momento ! — ¡ Churros calentitos ! — ¡ Mantecado helado, qué rico está ! — ¡ Barquillos rellenos ! — ¡ Albahaca, albahaca !

Y sobre todos estos pregones de mer-

cancias ó de distracción, se cierce el humo acre, accitoso y pegadizo de las buñolerías, que carraspea en la garganta.

Ya no son los puestos de melindres, de bañadas y de bolaos, los que detienen al transeunte. Ello fué antaño, y los años, al discurrir de su paso, cambiaron gustos quitando finura al paladar. Entonces, las manos artesanas más delicadas, menos encallecidas en el trabajo, desmenuzaban con suavidad las sabrosas bañadas en el opaco líquido emperlado por el anís. Hoy, un quince de Rute ó de Chinchón colma los descos de quien, á la verbena, llega en son de bulla y algazara. Y es que si el fondo espiritual de la raza es el mismo, la corteza carnal que lo recubre se muestra más endurecida, como aclimatada en un ambiente de penalidades y sufrimientos.

Las verbenas de Madrid son válvula por donde salta el buen humor del pueblo, siempre propicio á distracciones que hagan poco peso en su haber exiguo. En la psicología de las grandes multitudes hay una característica de acomodamiento fácil, á cuanto representa disfrute sencillo y esparcimiento espiritual, por otra parte nada costoso. Y esta



¡Torraos y avellanas!

muchedumbre ignara, que constituye el bajo pueblo de la capital española, bien poco exige para contentar el vagar de las horas, que caen como agradecido ocio después de los sufrimientos del duro trabajo.

Podrá faltar en ocasiones el sustento; lo que nunca se separa de la humilde vivienda madrileña, es la nota de franca y riente alegría. Grandeza de la raza ó defecto de ella, la risa popular es como brillante manto que palia dolores y tristezas de la vida.

Algunas veces, al recorrer el Madrid noctámbulo, por entre un dédalo de callejas que constituyen el corazón de la ciudad, allá, por las del « Ave María » y « Humilladero », he oído rasgarse la calma sedante de la noche con el estribillo de alegre canción que, sin embargo, caía en la quietud de las horas como nota sentimental, llena de profunda melancolía, sin que dejase de rezongar en mi pensamiento, en momentos tales, una sola idea, que al corazón advertía el ser aquellos cantos no más que un medio de distraer el hambre.

Media ya la noche. La luna brillante, amplia, luna llena de Junio, inicia su majestuoso descenso por el cielo. Cesó el bullicio de la verbena, y del feriado recinto se retiran los

últimos rezagados. Es ya la atmósfera más pura; los ruidos estridentes parecen por completo acallados; el humo acre y pegajoso se disipó en la frescura del ambiente. De la otra ribera del Manzanares viene aura campesina, hundosa y fragante; arropado en su soplo se percibe el canto acompasado de la chicharra y el silbo triston de la abubilla. Por la carretera pasa vertiginoso, envuelto en una nube de polvo, un automóvil; del río, cuyas aguas discurren lentas y parlanchinas, sube ahora flotante niebla de grata humedad...

En la cuesta de San Vicente alcanzamos una pareja de la Guardia Civil; esposado llevan á un chulo de aspecto repugnante. El vino y el matonismo hicieron en él su presa; allá, en uno de los merenderos de la Bombilla cayó la víctima, hembra morena y arrogante; la sangre de la herida entintó siniestramente el blanco pañolón de Manila, y quiso enrojecer aún más los claveles reventones que adornaban su pecho.

Sobre una de las aceras, tumbado al peso del alcohol, runrrunea un beodo entre ronquidos.

« La primera verbena que Dios envía,
« es la de San Antonio de la Florida ».

GREGORIO CAMPOS.

(Fotos E. Garrido.)



Por ENZO ALOISI BARONTI.

♦ ♦ ♦



CUANDO Salvatore Mottura salió á la calle, creyó que, ante sus ojos, la tarde apacible de sol deslumbrante quemaba á infierno, como quemaban sus sienes febricitantes.

Se alejó cuanto pudo, cuanto se lo permitía la laxitud que el temblor convulsivo del espanto iba poniendo en todo su cuerpo. La callejuela estrecha y sordida, en suave pendiente, le llevó hasta la orilla del río. Se detuvo jadeante, pálido, con un indecible gesto de terror y de angustia. La caricia sedante de la brisa, más fresca allí, pareció calmarle. En la ausencia absoluta de toda idea precisa, en el orgasmo profundo, en el caos de sus emociones entrechocantes, germinó entonces, y fué tomando cuerpo, la rebelión de su buen corazón indignado.

Transcurrieron unos instantes eternos en que sus ojos, que no veían, vieron con complacencia la actividad febril é informe del tráfigo que agitaba la orilla del gran estua-

rio. Ese sordo himno del trabajo, con la amistosa insinuación de las cosas familiares, había puesto un poco más de calma en su violenta turbación. Y muy luego, apoyado á la columna de un farol que proyectaba su sombra enclenque y alargada, bajo la avalancha de luz de ese anacrónico sol de invierno, puestos ya un poco en orden sus nervios en orgasmo, reflexionó.

Había querido gritar, y no por cierto el miedo se lo había impedido, que ahora, aquí, rodeado de brazos robustos, terribles, si él los hubiese hecho alzar en justicia, se sabía al seguro. Pero la íntima cautela que irreflexivamente le había llevado hasta allí, que le había hecho permanecer impasible é inobservado frente á la repugnante escena, y que era la única suma apreciable del breve pero profundo análisis de los hechos, le llevaba más bien hacia la serena ponderación de las cosas que tan terrible conflicto acababa de suscitar en su espíritu, con lívidas proyecciones para el curso de su tranquila vida de buen burgués pacífico.

Media hora antes, Salvatore Mottura, fatigado por la insólita pesantez de la tarde

bochornosa, había abandonado por un instante sus quehaceres, para ir á tomar un refrigerio en la vecina taberna, á la que solía entrar de vez en cuando para memorar con el viejo Battista, como él genovés, y como él, desde largo tiempo, expatriado.

Había saludado al entrar al Señor Torres, el comisario de la próxima sección de policía, que jugaba en una mesa con algunos desconocidos, y se había ido á sentar poco más allá. En la penumbra fresca del salón vacío, la escasa luz que entraba por los postigos entornados desparramaba manchones irregulares de claridad amarillenta. En la sombra más densa que proyectaba un mueble, Mottura vió — con no sabía qué grata emoción de hallazgo — sentado casi enfrente, un recio mocetón que vestía el pintoresco é inconfundible uniforme de la Marina Real Italiana.

Con fuerza de evocación, ese encuentro le obligaba al dulce placer de las remembranzas lejanas, de las que brotaba una visión de días vividos hace mucho, de cosas que fueron como pedazos del alma, de rostros, de paisajes, de gozos, artificiosos ahora de la belleza que guarda lo que huyó en la fuga del tiempo.

También él había sido marino, en aquellas legendarias y milagrosas auroras de la potencialidad militar de su patria; y los recuerdos que ese recuerdo apuraba al usado conjuro del pensamiento veloz, llenábanle el alma de una dulzura, que sólo amargaba la subconsciente preocupación del abismo que las circunstancias abrían ante él, para impedirle volver, en un poco de realidad, hacia esa fantasmagoría del ayer.

Mottura no podía decir fijamente cómo había comenzado aquello. Acaso la guaranguería pungente de una risotada irónica y expresiva, acaso palabras que él no oyera, habían salido de la mesa donde jugaba Torres. Sólo había llamado su atención, bruscamente, la altiva y chocante actitud de desafío que en una sola mirada había lanzado sobre el grupo, el hasta entonces taciturno marinero.

La respuesta había sido directa.

— ¿Qué, estás de cólera, italiano?

Acaso, más que á su oído cosmopolita de marino, la oculta ironía adivinada en la frase había tocado á su alma orgullosa de soldado. Se había puesto de pie, con un insulto en los labios, agudo como un cuchillo, que en su poliglotismo oscuro encerraba muy claro el concepto de una ofensa inferida á la raza, á la patria de los otros. Movidos por un solo impulso, los cuatro se habían puesto de pie, resueltos, terribles... pero la serena

arrogancia del atleta que blandía con inquietante firmeza un banquillo, pesado como una masa, les contuvo.

Más palabras se agregaron á las primeras: ruines, canallescás, ciegas por ambas partes, por ambas partes precisas.

Por sobre todo eso flotaba el espíritu de antagonismos recientes, hechos, rugidoras pasiones en los ánimos exaltados. No era de hombre á hombre, era de estirpe á estirpe, de pueblo á pueblo, con ese ciego impulso que en los necios dicta el servilismo á las circunstancias políticas del momento, circunstancias que por nimias ó antojadizas, por ajenas que sean á la intrínseca armonía de las colectividades, hacen hablar muy hondo, en las almas vulgares, el instinto bestial de los Caínes.

Cuando Mottura tuvo la certidumbre del desenlace, tan inminente era, tan fatal, que por sobre su horror habló toda su prudencia, y se empequeñeció más aún en el escondite que un recodo de pared le prestaba.

Torres, cubierto por los otros tres, que en coro, á gritos, respondían con insultos á los denuestos del marino — siempre á la defensiva en que ya su audacia comenzaba á tomar un tinte de incalificable pasividad — había extraído su revólver, y avanzando de pronto, fulmineo, inevitable, había apuntado fríamente, y fríamente había hecho fuego.

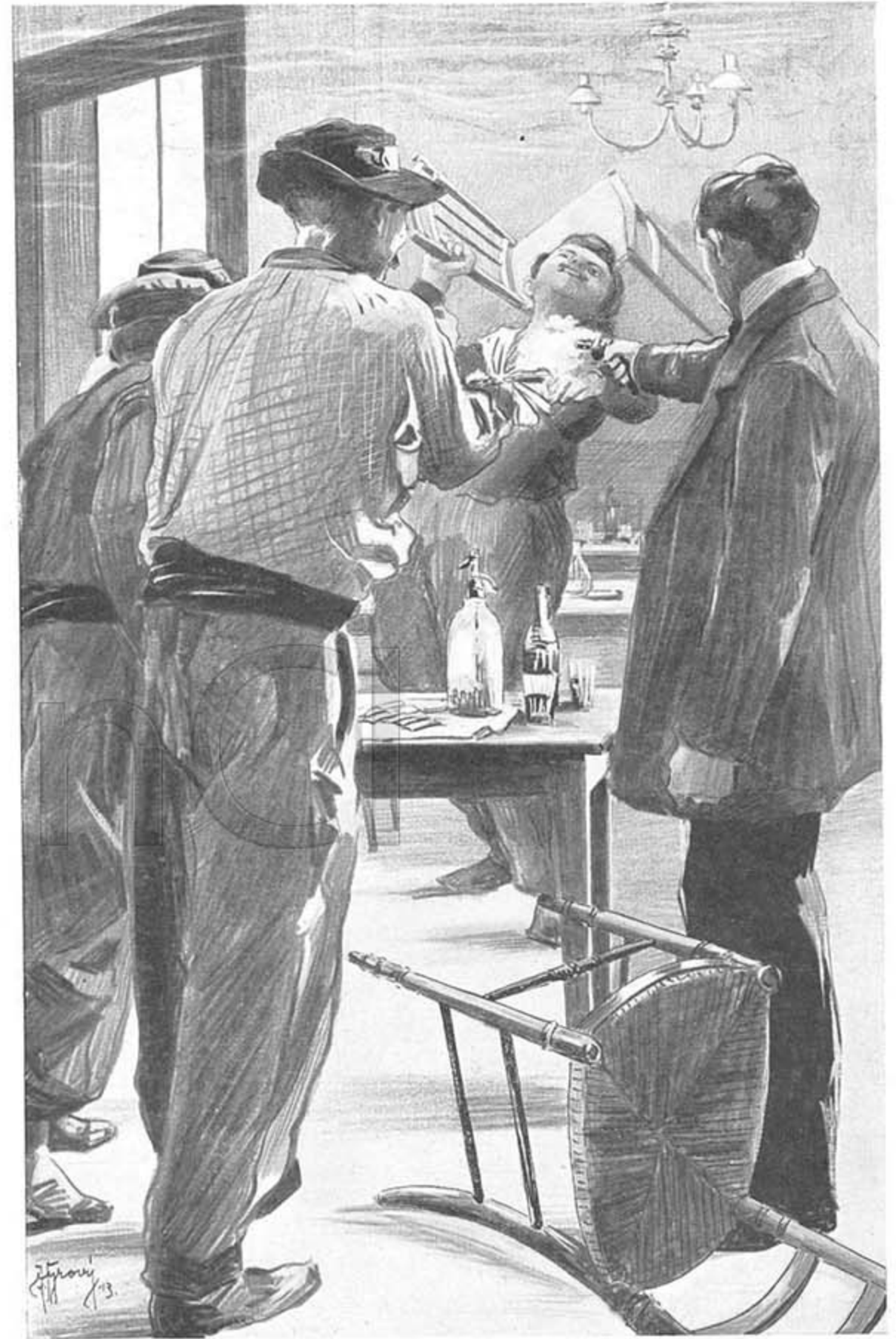
Un doble estampido, repercutido fragorosamente en la estrechez de la estancia, un grito sordo, una caída pesante, y sobre el silencio lúgubre del asombro, el rugido rabioso de un estertor.

Salvatore Mottura reflexionaba todavía dolorosamente. En el suplicio de su cerebro, las ideas coordinadas iban tomando una mortificante precisión.

Su amor á la patria — que exageraba el temor de una vergonzosa disminución por el largo destierro — le marcaba con un gesto imperioso el camino del deber. La idea de esa pobre vida joven y sana, bella y robusta, truncada así, torpemente; la visión de ese hogar lejano en que una madre, ajena á la espantosa desventura, acaso pensaría, para alivio de su abandono triste, al regreso del hijo; la suma de sus sentimientos de hombre, de padre, de patriota, hondamente heridos, brutalmente ultrajados, le imponían su misión justiciera y reparadora.

Y tan grande y noble, tan preciso y claro era el mandato, que no temía la ofuscación del odio sentido hacia el victimario infame, ni cedía á la imposición de su parcialidad posible de parte ofendida.

Despachó algunos quehaceres, y dos horas



Había extraído su revólver, y avanzando de pronto, fulmineo, inevitable, había apuntado fríamente, y fríamente había hecho fuego.

más tarde llegaba al centro, con la decisión madurada de alzar bien alta su voz de justicia.

En la metrópoli, la noticia del hecho ocurrido en el lejano suburbio había cundido turbinosa. Los diarios de la tarde le dedicaban las secciones de última hora; el comentario lo desfiguraba; se le bordaban en torno caprichosas narraciones, y el alma cosmopolita y curiosa de la ciudad entera tomaba un gesto informe, al asomarse ávidamente al borde del enigma.

En muchos hombres, un bien meditado espíritu de cautela, hacía quitar al suceso su terrible carácter de internacionalismo; pero otros, muchísimos, los más, lo explotaban en pro ó en contra, dándole esa magnitud aterradora que había hecho temblar un instante, cavilosos, el alma apacible y el buen corazón indignado de Salvatore Mottura.

Ahora que oía crecer con rumor de marejada tempestuosa, en su alrededor, los ecos del aquel hecho, cuyo recuerdo lo llevaba en la conciencia con el peso de una tremenda responsabilidad, su cavilación se hacía nuevamente agitada.

En la exacerbación de los ánimos, antagónica, tornadiza, multiforme; en la obsesante insistencia con que por todas partes le rodeaba la repercusión del suceso; en la

expectativa ansiosa; en los pronósticos exaltados; en todas las diversas expresiones de la emoción provocada, se abría ante sus ojos la perspectiva de las consecuencias, dilatándose á lo infinito de los detalles nimios, trágicos y fatales.

Por la centésima vez, en esas dos horas, la idea de ser el árbitro de capitales destinos, tuvo el irónico privilegio de ponerle, con una terrible interrogación insoluble en el alma, frente á su propia indecisión. Y por la centésima vez, habló en él ese amor delirante que guarda el alma del proscrito hacia la tierra natal, lejana como una ilusión en la poesía de los tiempos idos.

Así, con su enérgica decisión en la voluntad, y en el alma el hondo desgarrón que le costaba el sacrificio, entró en su casa á esperar, que la hora oportuna le permitiese llevar donde caería inexorable su terrible confesión.

Cenado apenas, malhumorado é intran-

quilo, se dispuso á salir. Pero á la puerta de su casa se encontró con su primogénito, que con la esposa y el nietecito querido venían á pasar junto á él la velada.

Tuvo la visión de su última y decisiva cobardía, porque quiso escurrirse; pero lo insólito de su actitud contribuyó á detenerle más de lo que no quería. El pequeño le cerraba el paso, abrazándose á sus rodillas, y pidiendo:



Quando le vió poner con mano trémula su firma honrada al pie del acta...

— Un beso, abuelito, un beso.

Con brusquedad que cedía, le tomó en los brazos, y vió á la luz vacilante del farol los maternos ojazos negros de Argentino, que le miraban con su estupor interrogante, y poniendo violentamente sus labios secos sobre los blondos rizos del pequeñuelo, disimuló malamente las lágrimas que ya le nublaban los ojos. Después, sin hablar, precipitadamente, con un gesto, se despidió y se fué casi corriendo, calle abajo, con un infierno en la cabeza.

Todo su pasado se le había venido encima, en esa fresca viviente visión de su porvenir.

Revivió en un instante los años remotos de miseria y de labor; comprendió ineludible su deber de gratitud hacia la generosa cooperación de la tierra fecunda; palpó el acero de los vínculos que le encadenaban á esta segunda patria; y esa suma de pequeños egoísmos, de sublimes y gigantescos afectos y deberes, hizo torcer bruscamente su decisión.

Quando Salvatore Mottura fué introducido á la presencia del Juez de Instrucción, y sometido á un previo reconocimiento por parte de los imputados, Pedro Torres había palidecido tan visiblemente que, sobre la frente del magistrado, como un reflejo de esa turbación, se plegó una arruga de desagrado, y se llenó su rostro hermético de un gran desaliento.

A solas ya con el juez, el único testigo, tras un instante de titubeo que fué para ambos de angustiosa expectativa, comenzó su declaración.

Mottura hablaba lentamente, escogiendo las palabras, poniendo en ellas cuanto veracidad le era posible; pero evocada por su propia voz la monstruosidad del delito, iba alzándose ante sus ojos y le atenazaba la

garganta, cual si una última rebelión desesperada de su atribulada conciencia quisiese hacerle torcer el destino de sus palabras.

Con un supremo esfuerzo, con los ojos cerrados como para no ver más que lo que ahora quería ver, para cobrar nuevos alientos — los últimos alientos que necesitaba para continuar — puso frente á frente la magnitud del delito y el horror de las consecuencias.

La exaltación de su fantasía le llevaba muy lejos. Tuvo la espantosa visión de fraticidas contiendas. Pensó á forzosos abandonos de esta segunda patria, dolorosos como otros nuevos destierros, que decretarían la monstruosa desmembración de los hogares, en que los padres y los hijos serían enemigos...

Luego, como supierele á egoísmo la objeción, con más serenidad, con más cordura, se dijo á sí mismo que no tenía derecho de turbar, aunque fuera un instante, muy poco, apenas, apenas, la serena marcha triunfal de un progreso de que había sido factor, para castigar una salvajada que, aunque infame, era anónima, y sin más patria que la patria única del crimen.

Durante su narración, los ojos del juez habían ido tomando un brillo extraño de incredulidad, ante aquel hombre que le hablaba con voz entrecortada, poniendo en cada palabra el esfuerzo de una intensa concentración. Y cuando hubo terminado, cuando le vió poner con mano trémula su firma honrada, al pie del acta en que constaba que Pedro Torres había dado muerte á Tito Malvassi, en uso de legítima defensa y por desacato á su autoridad, cuando vió que iba á salir para ocultar un sollozo que le hinchaba el pecho, mudo, elocuente, reconocido, le tendió la mano, en la que se crispó nerviosa la gruesa y callosa de Salvatore Mottura.



INFORMACIONES AMERICANAS

Ferrocarril Central del Perú



ENTRE las diversas vías férreas que unen el litoral del Pacífico con el interior del Perú, la más importante y la que ofrece mayor interés es sin duda el Ferrocarril Central transandino, llamado así porque atraviesa, dominándola, la formidable cadena de los Andes.

Este ferrocarril une el Callao, puerto principal de la República, que con la apertura del

Canal de Panamá llegará a ser uno de los más importantes de América, con el Callao — decimos — y Lima, la Capital, con el centro del país. Su importancia política es considerable, pues establece lazos de unión y facilita la acción del Gobierno. Su importancia económica es enorme. El ha permitido el rápido desarrollo de las diversas poblaciones mineras situadas en el trayecto, y permite traer a la costa no sólo los minerales, sino



Zig-zag entre San Mateo y Matucana.



LA ANTORCHA DE LA CIVILIZACION

Dibujo del reputado caricaturista chileno, Carlos C. WIEDNER.

también los productos de la industria agrícola de la Sierra. Prolongado hasta el Cerro de Paseo, ha contribuido poderosamente al progreso de ese importantísimo asiento mineral, donde un sindicato americano ha establecido la estación metalúrgica más poderosa de Sud-América. Los ricos productos de la región del Chanchamayo: café, cacao, etc., tienen con él fácil salida, y prolongado como será hasta un punto navegable del río Ucayali, habrá asegurado

las comunicaciones rápidas con la montaña rica, en toda clase de producciones.

Además, desde el punto de vista técnico, el ferrocarril del Callao a la Oroya es una de las más admirables y atrevidas obras de ingeniería que existen en el mundo. Es difícil imaginarse las enormes dificultades, los obstáculos de todo género que han tenido



Un aspecto de la quebrada cerca del puente de Challape.

que vencerse para llevar á cabo esta obra. Es necesario haber visto esa masa imponente de montañas que atraviesa, rodea y domina, para llegar, desde el nivel del mar, hasta la mayor altura que jamás ferrocarril alguno ha alcanzado hasta ahora.

Principió su construcción en 1870. Entre las diversas propuestas, el Gobierno aceptó la del ingeniero americano Meiggs.

Después de detenidos estudios previos, se eligió la quebrada del río Rimac para el trazo del ferrocarril y el pueblo de la Oroya, como remate del tronco principal.

Se trataba de unir el Callao y la Capital con los importantes centros del Cerro de Paseo, Chanchamayo y Jauja. Para ello era necesario atravesar la cordillera, y las únicas vías eran las diversas quebradas que bajan de la Sierra, como sucede siem-



La región de las nieves eternas, cerca de Ticho, la estación mas alta del mundo.



Ruinas de Cajamarquilla, en las inmediaciones de Lima.

pre que se quiere llegar á la cumbre de cerros importantes para salvarlos. La quebrada del Rimac era la que más facilidades prestaba, y el pueblo de la Oroya el punto más indicado para *terminus*, por poder partir de él tres ramales en las direcciones de los centros antes indicados.

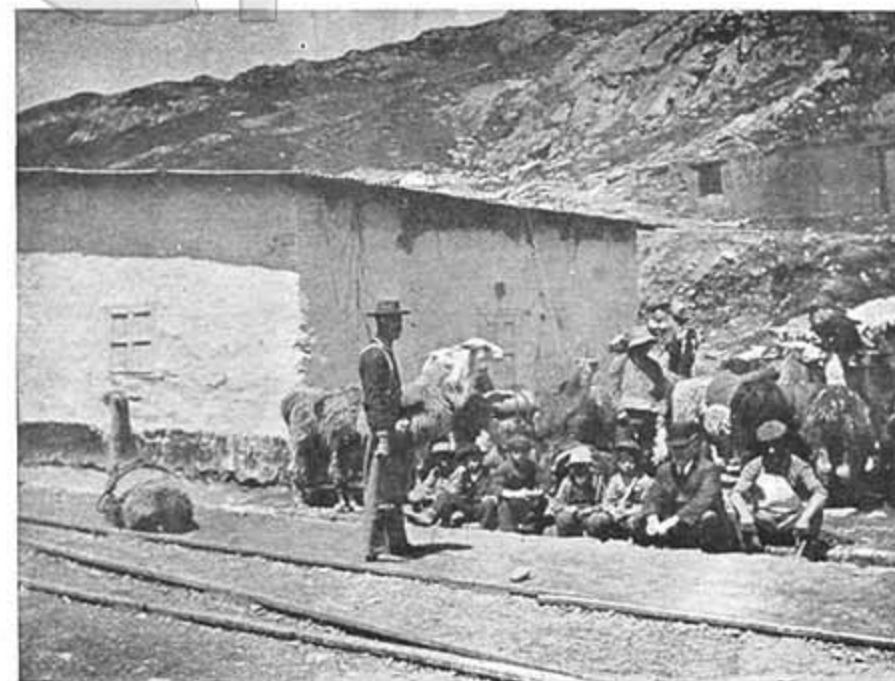
En la parte baja, la quebrada tiene una inclinación moderada. Hasta San Pedro, la gradiente no llega á 2 por ciento. Hasta ese punto, no hay ninguna obra de arte digna de mención. En San Pedro y más allá, la pendiente aumenta considerablemente, y es necesario emplear otras locomotoras.

De Cocachacra á la cima de la cordillera se encuentran las mayores dificultades. En una extensión de 88 kilómetros, la quebrada tiene una inclinación siempre mayor del 4 por ciento. El

trazo se desarrolla entonces. El ferrocarril tiene que ladear los cerros que forman los costados de la quebrada, y para salvar los puntos salientes imposibles de ladear, tiene que atravesar túneles y pasar puentes ó viaductos.

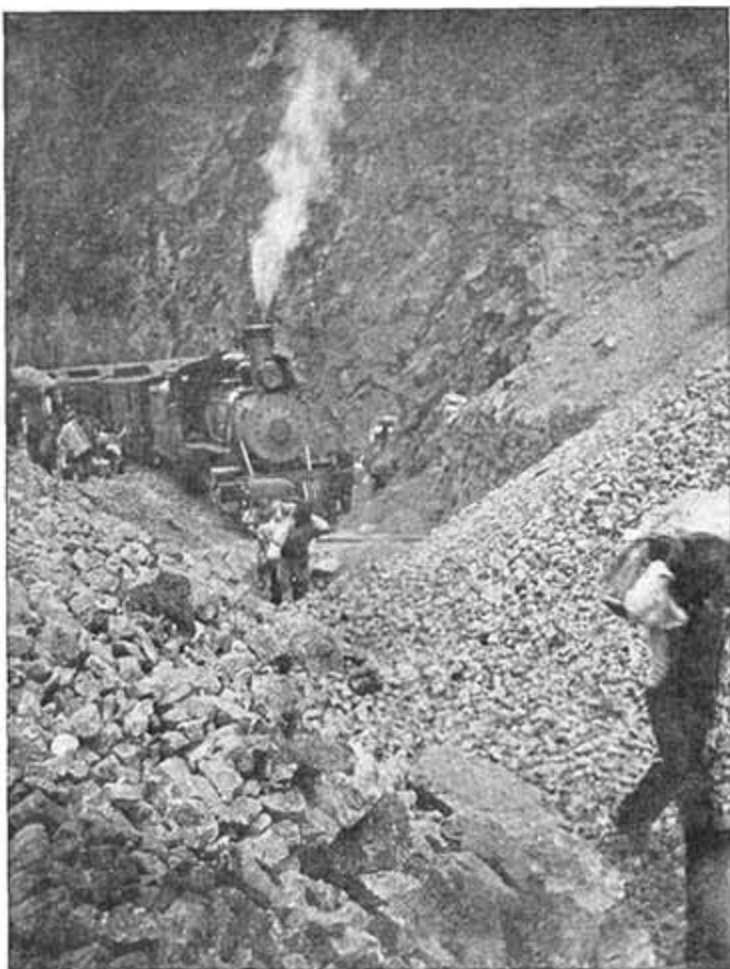
De Cocachacra á San Bartolomé, el ferrocarril sube por terrenos poco inclinados; y dando una vuelta completa por medio de dos puentes y dos túneles, que juntos miden 925 metros, llega á Surco.

De Surco á Matucana, el tren sigue la orilla izquierda. Más allá de Matucana llega á la altura del río, y, atravesándolo, faldea los cerros de la orilla derecha. Entre este último sitio y San Mateo, la quebrada es sumamente áspera, y fuera de varios túneles hay que atravesarla por medio de dos viaductos, de 50 metros de altura sobre el río.



Un grupo de llamas, animales de utilidad inapreciable para el transporte en las abruptas regiones de la cordillera.

Así se llega á la quebrada del Parac, que ha permitido salvar el mal paso situado entre San Mateo y Anche. La quebrada del Rimac tiene allí una caída de 425 metros, en un largo de 6.800, comprendiendo en este espacio una cascada de 50 metros de alto, al pie de la cual corren las aguas entre dos murallas de cerros casi verticales, en el sitio que llaman *El*



Derrumbe ocurrido el 7 de Octubre de 1907, que interrumpió el tráfico de la línea más arriba de Matucana.

Infiernillo. Grandes han sido las dificultades que han tenido que vencerse por medio de varios túneles, de los que el más largo tiene 1.800 metros. Entre dos de esos y en el sitio llamado *El Infiernillo* hay un puente.

Salvada esta parte, el ferrocarril entra en la quebrada de Río Blanco, donde existe una importante explotación metalúrgica. De Río Blanco á Bellavista, el ferrocarril recorre la orilla izquierda del río. De Bellavista á Casapalca, aunque las dificultades impresionan menos que las que se presentan entre Matucana y San Mateo, la pendiente de la quebrada tiene siempre más del 4 por ciento. Para reducirla á este límite, el trazo tiene

que volver atrás y, aprovechando de la meseta de Chicla, atraviesa la quebrada por un viaducto, y gana Casapalca.

Ya estamos cerca de la cumbre (4.800 metros). El ferrocarril la atraviesa por medio del túnel de Galera, el más largo de la línea, que mide poco más ó menos 2.000 metros de largo. Este túnel está construido de modo, que el punto más alto de la línea queda en su centro, facilitándose así la evacuación de las aguas.

Una vez atravesada la cordillera, el ferrocarril deja de encontrar dificultades mayores. Hasta la Oroya, las faldas de los cerros son de una suavidad extraordinaria. El fondo de la quebrada es casi llano.

Antes de llegar á la Oroya pasamos por Yauli, importante población minera, á la que el ferrocarril ha prestado poderoso impulso. La Oroya es el término de este importante ferrocarril. De ella parte el ferrocarril al Cerro de Paseo y Gollarisquisga, así como el ferrocarril que pasando que el valle de Jauja llega á Hiyancayo, y se está prolongando hasta Ayacucho. Dada ya la ley, han comenzado los trabajos del ferrocarril al Ucayali.

Más de veinte puentes atraviesan el río y los barrancos en el curso del tren. Los más notables son el ya indicado de « El Infiernillo » y el de *Verrugas*, que es el más largo y alto de toda la línea. Tiene 192 metros de largo y 71 de alto, sobre el río. De los sesenta túneles que hay en la línea, el más importante es el de Galera, que como hemos dicho atraviesa la cima de la cordillera, y tiene cerca de 2.000 metros de largo.

La gran obra entregada al público hasta la Oroya, en 1893, había costado la suma de 5.520.000 libras esterlinas.

	Distancia en km.	Altura en m.	Tiempo que tarda el tren	
			Ordinario	Extraord.
Callao.....	0 000	2 65		
Lima (Desamparado)	13 500	137 15	» 30	» 25
Chosica.....	54 »	853 60	2 h. 10	1 h. 35
S. Bartolomé..	76 »	1511 60	3 h. 10	2 h. 45
Surco.....	91 »	2030 20	4 h. 05	3 h. 40
Matucana.....	103 »	2374 »	4 h. 45	4 h. 15
S. Mateo.....	126 500	3210 73	6 h. 50	5 h. 40

	Distancia en km.	Altura en m.	Tiempo que tarda el tren	
			Ordinario	Extraord.
Chicla.....	142 »	3723 21	7 h. 45	6 h. 30
Casapalca.....	154 »	4147 31	8 h. 25	7 h. 55
Tielio.....	171 »		9 h. 35	8 h. 55
Yauli.....	194 »	4090 60	10 h. 50	10 h. 05
Oroya.....	222 »	3712 50	11 h. 45	10 h. 45

El tiempo que un tren ordinario emplea, es de más de 11 horas. En este espacio de tiempo, el espectáculo que se presenta ante el viajero es verdaderamente inolvidable. De las secas llanuras de la costa, donde la temperatura es bastante elevada y donde se cultiva el algodón, la caña de azúcar, etc., donde se ven aún las ruinas de misteriosas ciudades incaicas, pasando por regiones cálidas de vegetación abundante y productoras de toda clase de frutos, sube el tren, poco á poco, atravesando puentes y túneles, bordeando precipicios, escalando en zig-zag las laderas de las montañas hasta la región de las nieves eternas, para descender después hasta su término, en un recorrido total de 222 kilómetros.

Pintorescos pueblos se alinean en el trayecto: Chosica, Matucana, lugares de excelente temperamento; Chicla, Casapalca, Yauli, poblaciones mineras de creciente importancia.

Los panoramas y las emociones se suceden rápidos y cambiantes, desde los agrestes y áridos paisajes de la costa hasta la región de las nieves eternas, que brillan con inmaculada blancura en la cima de los montes gigantes. Cuando, al atravesar el puente de « El Infiernillo », se ve al tren salir del seno de la montaña para desaparecer misteriosamente en el túnel opuesto, el efecto es singularmente fantástico. Las profundas hondonadas en cuyo fondo crecen, rudas y bravías, las hierbas de la montaña, se presentan numerosas á lo largo del camino. Al atravesarlas, se diría que se viaja por los aires. El río parece entonces delgada cinta de plata. Unas veces es tranquilo y se desliza sua-

vemente. Otras cae en tumultuosas cascadas arrastrando infinidad de piedras con ruido ensordecedor. A lo lejos, muy abajo, se distingue la línea que momentos antes ha recorrido el tren, mientras que muy alta, muy alta, una abertura se muestra, casi imperceptible: es la entrada del túnel que pocos momentos después ha de franquear la loco-



Caída de agua de Río Blanco, donde existe una importante estación metalúrgica.

motora, en su marcha siempre ascendente. Al caer la tarde, llega el tren á la Oroya. El sol baña con sus últimos rayos las cimas de los montes. Viendo los enormes picos lejanos cubiertos de nieve, viendo la masa inmensa de rocas que nos rodea, se pregunta uno si, en verdad, no es una fantasía ese viaje por el seno de las montañas y sobre abismos insondables.

E. HERRERA.



CURIOSIDADES LITERARIAS

Por RUBEN DARIO



ABLABAMOS varios hombres de letras de las cosas curiosas que, desde griegos y latinos, han hecho ingenios risueños, pacientes ó desocupados, con el lenguaje. Versos que se pueden leer al revés tanto como al derecho, guardando siempre el mismo sentido, acrósticos arresados, en losange; y

luego, prosas en que se suprimiera una de las vocales, en largos cuentos castellanos.

Entonces, yo les hablé de una curiosidad, en verdad de las más peregrinas, que hice insertar, siendo muy joven, en una revista que dirigía, allá en la lejana Nicaragua, en mi íntimo amigo. Es un cuento corto, en el cual no se suprime una vocal, sino cuatro. Váis á leerlo. No encontraréis otra vocal más que la *a*. Y os mantendrá con la boca abierta. ¿Su autor? Sudamericano, seguramente, quizás antillano, posiblemente de Colombia. Ignoro é ignoré siempre su nombre. He aquí la lucubración á que me refiero:

AMAR HASTA FRACASAR.

Trazada para la *A*.

La Habana aclamaba á Ana la dama más agarbada, más afamada. — Amaba á Ana Blas, galán asaz cabal, tal amaba Chactas á Atala.

Ya pasaban largas albas para Ana, para Blas; mas nada alcanzaban. Casar trataban; mas hallaban avaras á las hadas, para dar grata andanza á tal plan.

La plaza, llamada Armas, daba casa á la dama; Blas la hablaba cada mañana; mas la mamá, llamada Marta Albar, nada alcanzaba. La tal mamá trataba jamás casar á Ana hasta hallar gran galán, casa alta, ancha arca para apañar larga plata, para agarrar adahalas (1). ¡Bravas agallas! — ¿Mas bastaba tal cábala? — Nada ¡ca! ¡nada basta á atajar la llama aflamada!

Ana alzaba la cama al aclarar; Blas la hablaba ya parada á la bajada. Las gradas callaban las alharacas adaptadas á almas tan

(1) Adahalas, lo mismo que adehalas.

abrasadas. Allá, halagadas faz á faz, pactaban hasta la parca amar Blas á Ana, Ana á Blas. ¡Ah! ráfagas claras bajadas á las almas arras-tradas á amar! gratas pasan para apalambrarlas (1) más, para clavar la azagaya (2) al alma. ¡Ya nada habrá capaz á arrancar-la!

Pasaban las añadas (3). Acabada la marcada para dar Blas á Ana las sagradas arras, trataban hablar á Marta para *afrancar* (4) á Ana, hablar al abad, abastar saya, manta, sábanas, cama, alhajar casa ¡ca! ¡nada faltaba para andar al altar!

Mas la mañana marcada, trata Marta ¡mala andanza! pasar á Santa Clara al alba, para clamar á la santa adaptada al galán para Ana. Agarrada bajaba ya las gradas; mas ¡caramba! halla á Ana abrazada á Blas, cara á cara. ¡Ah! la *a* nada basta para trazar la zambra armada. Marta araña á Ana, tal arañan las gatas á las ratas; Blas la ampara; para parar las brazadas á Marta, agárrala la saya. Marta lanza las palabras más malas á más alta garganta. Al azar pasan atalayas, alarmadas á tal algazara, atalantadas á las palabras: — ¡acá! ¡acá! ¡atrapad al cañalla mata-damas! ¡amarrad al rapaz! — Van á la casa: Blas arranca tablas á las gradas para lanzar á la armada; mas nada hará para tantas armas blancas. Clama, apalabra, aclara ¡vanas palabras! nada alcanza. Amarran á Blas. Marta manda á Ana para Santa Clara; Blas va á la cabaña. ¡Ah! ¡Mañana fatal!

¡Bárbara Marta! avara bajasa (5) al atrancar á Ana tras las barbacanas sagradas (algar (6) fatal para damas blandas). ¿Trataba alcanzar paz á Ana? ¡Ca! ¡Asparla (7) alafagarla, matarla! tal trataba la malvada Marta. Ana, cada alba, amaba más á Blas; cada alba más aflatada, aflacaba más. Blas, á la banda allá la mar, tras Casa Blanca, asayaba (8) á la par gran mal; á la par balaba (9) allanar las barras para atacar la

(1) Apalambrar, incendiar.
(2) Azagaya, dardo.
(3) Añadas, el tiempo de un año.
(4) Afrancar, dar libertad, licencia.
(5) Bajasa, mujer mala.
(6) Algar, caverna ó cueva.
(7) Aspar, atormentar.
(8) Asayar, experimentar.
(9) Balar, desear ardientemente.

alfana, (1) sacar la amada, hablarla, abrazarla...

Ha ya largas mañanas trama Blas la alcal-dada: para tal, habla. Al rayar la alba al atalaya, da plata, saltan las barras, avanza á la playa. La lancha, ya aparada (2) pasa al galán á la Habana. ¡Ya la has amada (3) gran Blas; ya vas á agarrar la aldaba para llamar á Ana! ¡Ah! ¡Avanza, galán, avanza! Clama alas al alcatraz, patas al alazán ¡avanza, galán, avanza!

Mas para nada alcanzará la llamada: atafagarán (4) más la tapada, taparánla más. Aplaza la hazaña..

Blas la aplaza; para apartar malandanza, trata hablar á Ana para Ana nada más. Para tal alcanzar, canta á garganta baja:

La barea lanzada
allá al ancha mar
arrastra á la Habana
cañalla rapaz.

Al tal, *mula* damas
llamaban asaz,
mas jamás las mata,
las ha para amar.

Fallas las marras
hará tal galán,
ca, brava alabarda
llaman á la mar.

Las alas, la al'aba,
la azagaya... ¡Bah!
nada, nada basta
á tal batallar.

Ah, marcha, alma Atala
á dar grata paz,
á dar grata andanza
á Chactas acá.

Acabada la cantata Blas anda para acá, para allá, para nada alarmar al adra (5). Ana agrada á las palabras cantadas salta la cama. La alma la da al galán. Afanada llama á ña Blasa, aya (6) parda. Ña Blasa.

(1) Alfana, iglesia. Voz de la germania.
(2) Aparar, preparar.
(3) Amanar, p ner á la mano. Ya la tienes á mano.
(4) Atafagar, fatigar, sofocar.
(5) Adra, porción de un barrio, barriada.
(6) Aba, se dice vulgarmente de las criadas de razón.

zampada á la larga, nada alcanza la tal llama-da; para alzarla, Ana la *jala* las pasas. La aya habla, Ana la acalla; habla más; la da alhajas para ablandarla. Blasa las agarras. Blanda ya, para acabar, la parda da franca bajada á Ana para la sala magna. Ya allá, Ana zafa aldaba tras aldaba hasta dar á la plaza. Allá anda Blas. ¡Para, para, Blas!

Atrás va Ana. ¡Ya llama! ¡Avanza, galán, avanza! Clama alas al alcatraz, patas al alazán. ¡Avanza, galán, avanza!

— ¡Amada Ana!...

— ¡Blas!...

— ¡Ya jamás apartarán á Blas para Ana!

— ¡Ah! ¡jamás!!

— ¡Alma amada!...

— ¡Abraza á Ana hasta matarla!

— ¡¡Abraza á Blas hasta lanzar la alma!!...

A la mañana tras la pasada, alzaba ancla para Málaga la fragata Atlas. La cá-mara daba lar para Blas, para Ana...

Faltaba ya nada para anclar; mas la mar brava, brava, lanza á la playa la fragata: la vara.

La mar trabaja las bandas: mas brava, arranca tablas al tajamar; nada basta á salvar la fragata ¡Ah, tantas almas lanzadas al mar, ya agarradas á tablas claman, ya nadan para ganar la playa! Blas nada para acá, para allá, para hallar á Ana, para salvarla. ¡Ah! tantas brazadas, tan gran afán para nada, hállala, mas la halla ya mata-da. ¡¡¡Matada!!!... Al palpar tan gran mal nada *bala* ya, nada trata alcanzar. Abraza á la amada: « ¡Amar hasta fracasar! » clama... Ambas almas abrazadas bajan á la nada (1). La mar traga á Ana, traga á Blas, traga más... ¡ca! ya Ana hablaba á Blas para pañal, para fajas, para zarandajas. ¡ « Mamá, ya, » acababa Ana. « Papá, ya, » acababa Blas!...

Nada habla la Habana para sacar á plaza á Marta, tras las pasadas; mas la palma canta hartas hazañas para cardarla la lana.

Et voilà. ¿ Quién me dirá el nombre del autor?

(1) Almas por cuerpos, Dios me libre de a impiedad



LEOPOLDO THEVENIN

(Monsieur Perrichon)



EJERCIÓ simultáneamente y con igual autoridad de médico y de crítico. Estas líneas aludirán presentemente al periodista de vigoroso y conciso estilo, cuyos escritos, durante estos últimos años, han constituido uno de los indiscutidos factores de elevada amenidad en la prensa montevideana. El 9 del pasado Junio cumplió el primer aniversario de su muerte, acaecida en Montevideo á la edad de 32 años.

Con pluma inusualmente amena y vigorosa en las prácticas periodísticas corrientes, censuró primordialmente y sin desfallecimientos apetencias estéticas colectivas, y fórmulas de arte hasta entonces indiscutidas y gratas á la mayoría. En esta ardua tarea, la labor del amable escritor fué,

por lo general, más universalmente justificada que la intención del crítico. Y en su envoltura exóticamente parisina, con relación al medio al expresarse en críticas levemente irónicas ó aceradas y exigentes, « Monsieur Perrichon » pagó el más filial tributo de amor al rincón del Mundo que le viera nacer. Fué, más que nada, un ciudadano de su ciudad, por cuyo embellecimiento bregó constantemente en todos los sentidos. Su prédica tendió invariablemente á fustigar una indefinible falta de espíritu debidamente científico y artístico, el dilettantismo y el empirismo edilicio que erigen la expansión de muchas ciudades sudamericanas. « Ensanchemos » es el epígrafe de



uno de sus más sonados artículos, que pudiera también sintetizar el génesis de toda su propaganda.

Se le acusó de parisino. El amó, incontestablemente, lo que del genio francés constituye sus características: la claridad y sus afinidades helénicas. Eludió de sus escritos y de sus gustos la prosopopeya y la ampulosidad, mostrándose más ático que conceptuoso. Se le acusó de galófilo unilateral, porque bregara contra determinadas artes justapuestas al criterio francés corriente. No combatió nacionalidades. Combatió fórmulas para él censurables.

Fué, sobre todo, un ecléctico admirador del Arte abstracto y universal. Se le comparó á Larra, y había quizá tanto de Ruskin en la intención de su prédica.

Los principales artículos de « Monsieur Perrichon » han sido editados en dos volúmenes: « Colección de artículos » y « Nueva colección de artículos », esta última publicación póstuma (1). Los límites de este artículo no autorizan mayores transcripciones. En todo el correr de la obra transluce la galanura y el instinto de la amenidad, cualidades primordiales en un periodista cuando van relevadas por un hondo criterio artístico. Por eso, más que periodista, « Monsieur Perrichon » era quizá un escritor...

Y fué, sobre todo, un cultor de la Verdad.

A. B.

(1) Batreiro y Ramos. — Montevideo.



Por E. GOMEZ CARRILLO



LA MARIA MAGDALENA,

DE MAETERLINCK.

VOULOIR,
DE GUSTAVE GUICHES.

RÉUSSIR,
DE PAUL ZAHORI.



La *Maria Magdalena*, del gran Maeterlinck, se había representado en Rusia, en los Estados Unidos y en Inglaterra. — ¿Por qué no en París? — preguntábase la gente.

Y como el autor no parecía dispuesto á explicarse este raro fenómeno, las reflexiones que se le antojaban.

Ahora que hemos, al fin, asistido al estreno de tan deseado y tan esperado drama, casi todos están de acuerdo en reconocer, que quizás habría sido mejor que la pecadora legendaria hubiese continuado su camino por el mundo, sin decidirse á penetrar en esta Jerusalén del arte que se llama París. Porque en verdad, para nada tenía necesidad el poeta de « Monna Vanna » del éxito relativo del Châtelet, después de sus triunfos francos de otros días. El mismo « Figaro », que es el más Maeterlinckiano de los periódicos, reconoce lo poco digno que es de sus hermanas mayores la última creación del autor del *Temple Enseveli*. « Sin duda — dice Robert de Flers — no encontramos en ella ni el aleteo del *Pájaro Azul*, ni la primavera embalsamada y dolorosa de *Peleas y Melisanda*, ni el estremecimiento misterioso de la *Intrusa* ó de *Tintagiles* » Sin duda... Y es en vano que los incondicionales y los snobs se empeñen en hacernos creer, que la nueva obra es más admirable, más profunda, más bella, más emocionadora que las anteriores.

Por mucho que quisiéramos creerles, en efecto, la simple evocación de nuestras sensaciones nos lo impediría. ¿Dónde están en *Maria Magdalena* las deliciosas angustias y los fogosos entusiasmos de *Monna Vanna*? Ni la « manera » parece la misma. En una obra que debiera ser todo ingenuidad, ó todo perversidad, el poeta adopta una actitud terriblemente literaria. Cada uno de sus personajes parece salir, no del fondo vago de la leyenda, sino de las páginas sabias de un libro. Ese filósofo epicuriano, que sonríe como en un festín cuando la más grande tragedia se desarrolla á su puerta, y que considera al Hijo del Hombre cual un fino maestro de parábolas, es un ser escapado de las obras de Anatole France, un hermano del Procurador de Judea, un renanista de toga; esa pecadora que se corona de bellas rosas, y que desgrana crueles risas entre el esplendor de su prestigio y la apoteosis de su vida, es una imagen salida de una comedia de Oscar Wilde; ese tribuno soberbio, cuyas frases lucen con más lujo que el acero de su coraza, nos parece haberle encontrado antes entre las imágenes de Flaubert; ese Cristo, en fin, ese Cristo invisible de quien todos hablan y de quien nosotros no oímos sino la voz, ese Cristo algo desteñido, algo pálido, es el que dejamos hace veinte años en los tomitos célebres de Theodor de Wizeva. En cuanto á la acción, que algunos nos habían anunciado como digna de rivalizar con las invenciones paradójicas y sublimes de « Salomé » y de la « Tentación de San Antonio », no resulta, realmente, ni muy profunda, ni muy nueva. María de Magdalá se halla en el apogeo de



Mr. Denis d'Inès, Mr. Karl y M^{lle}. G. Leblanc-Maeterlinck, en *Marie-Magdeleine*.

su existencia libertina. Con orgullo, proclama su venalidad y su indiferencia. Al soldado que le ofrece su alma, hácele comprender que una esmeralda sería un regalo de más precio. Y todos la aceptan tal cual es. El viejo epicúreo la invita á sus fiestas; los filósofos analizan sus ideas con regocijo; los efebos suspiran ante sus ojos azules. En el momento en que principia la obra, los amigos de Silvano rodean de adulaciones á la bella cortesana en el jardín de Betania. De pronto, un rumor de voces llega hasta ellos.

— Es un místico judío que quiere transformar el mundo — dice Silvano. — Yo le he visto. Tiene un gran encanto de palabra, y ofreció á los miserables una existencia futura llena de bienaventuranzas. La plebe le sigue por los caminos, y asiste á sus milagros con una fé enternecedora. Yo he presenciado uno de esos milagros: la resurrección de un tal Lázaro que vivía aquí cerca. Estas cosas son frecuentes en Judea.

La asistencia sonríe. Magdalena quiere hablar de sus placeres. Pero en ese momento, una voz armoniosa llega hasta el jardín. Y lo que esa voz dice, nunca ningún hombre ha oído hasta entonces. « Bienaventurados los pobres, porque de ellos será el reino de mi padre... bienaventurados los que han sed de justicia, porque podrán saciarla... bienaventurados los que sufren persecu-

ciones, porque serán consolados... » Obedeciendo á un ímpetu sagrado, Magdalena corre hacia donde está el profeta. La multitud, que odia á las pecadoras, quiere lapidarla. Entonces, la voz divina vuelve á alzarse en el tumulto, y dice: « Que aquél que está sin culpa le tire la primera piedra ». Desde este instante, la mujer antes venal, se convierte en un ser de sacrificio. Abandona su palacio, sus joyas, sus placeres, y sigue al Señor con los pies descalzos. Le sigue hasta el calvario, y cuando los apóstoles no están allí, ella está. Pero antes de este supremo adiós, un terrible problema le atormenta. El tribuno enamorado de su belleza es el que se halla encargado de custodiar al Cristo.

— Sé mía — le dice — y lo haré evadirse.

¡ Salvar á Jesús con el sacrificio de un beso ! Su primer movimiento se lo aconseja. Sin embargo, algo hay en el fondo del alma que le ordena que no lo haga. No, no puede ser. El justo no puede ser salvado con un vil mercado.

— Vade retro — exclama.



Como el patricio del soneto de Verlaine, el protagonista de la nueva comedia de Gustave Guiches parece murmurar:

— Ah ! ne pouvoir vouloir un peu !



M^{lle}. Sorel, Mr. Grand y Mr. de Fernandez, en *"Vouloir"*.

Porque esta obra triste, oscura, desigual, es la tragedia íntima de la voluntad que agoniza en un alma. Un dramaturgo que no temiera lo pintoresco, la habría titulado: *Los tormentos de un neurasténico*. Pero en la Comedia Francesa, los títulos, como los asuntos, deben ser graves, y aun algo secos si es posible. *Vouloir* está bien. Sólo que *Vouloir* parece que fuera « querer » ó « desear », cuando, en realidad, es la voluntad débil frente á la voluntad fuerte.

Felipe Richard, viudo, vive en su castillo, sólo y triste. Desde que desapareció su mujer, nada le anima, nada le gusta Vivir, para él, es esperar la muerte. Nada le parece valer la pena de un esfuerzo. Nada le atrae y nada le despierta. Un día, sin embargo, una linda dama va á visitarle en compañía de su médico, el célebre Lemas. Por primera vez, algo palpita en su corazón. El buen doctor comprende, que aquella mujer providencial podría más que toda su ciencia en el ánimo de su pobre amigo neurasténico.

« ¿ Por qué no casarlos ? » piensa. El egoísmo le contesta: « Porque tú también la amas ». Y en efecto, la ama. Pero su voluntad es superior á sus sentimientos. Se trata de salvar á un ser que merece todo su cariño. Un sacrificio no es nada, y en cambio una obra piadosa es todo. Heroicamente, pues, realiza la unión. He ahí á Felipe que vuelve á la vida. Sólo que sus nervios no funcionan ya de un modo normal. Lo que debiera ser su ventura, se convierte en su tormento. Los celos le enloquecen. La familiaridad de su mujer con el sabio médico le vuelven injusto, violento, grosero. Un día, después de una disputa, exclama:

— M^{archate}... m^{archate}... Ya no puedo soportarte...

Ella se va, decidida á no volver. Al casarse, más que amor, había sentido lástima. Era el enfermo el que la interesaba, era el deseo de salvar á un ser triste el que la decidió. Comprendiendo la inutilidad de su esfuerzo, se decide á renunciar á la lucha. El divorcio le devolverá su libertad. Des-

pués de confesar todo esto á Lemas, le dice:

— Lo curioso es que estaba celoso de Ud., que nunca ha tenido por mí el menor cariño.

Entonces, sin poderse contener, el doctor confiesa su amor.

— ¡ Si me lo hubiera Ud. dicho! — exclama ella.

Y luego, con la decisión que las mujeres ponen en sus combinaciones sentimentales, agrega:

— Aún es tiempo. Una vez mi divorcio obtenido, seré libre.

Lemas duda de nuevo. Su alma le da consejos de tierno egoísmo. Pero su voluntad triunfa. En vez de tomar para sí la mano blanca que le tienden, la coloca entre las de su pobre amigo. Reconciliar á la mujer que ama con el amigo á quien desea hacer feliz, le parece más bello que asegurar su propia ventura.



Mientras la Comedia estrenaba *Vouloir*, el Odeón ensayaba por última vez *Réussir*. En francés, este título es clarísimo. « Réussir » es réussir... En español, después de mucho buscar, no hemos logrado, ni aun con la ayuda de Mariano de Cavia, hallar un término correspondiente. ¿ Se trata acaso de algo muy especial de Francia? De ninguna manera. En España también hay quien « réussit », quien no « réussit » y quien se muere por « réussir ». Un hombre que logra lo que se propone, « réussit ». El análisis de la obra de Paul Zahori va á indicarnos, mejor que una disquisición gramatical, dos matices de la palabra.

Marco Andrés Vives, hombre político y naturalmente ambicioso, se encuentra entre dos mujeres, una que es su esposa y otra que no es sino su amiga. Estas dos heroínas burguesas forman un contraste pintoresco. La primera, Florina, es la ternura y la sencillez en persona. La segunda, madame de Saint-Charmeil, es coqueta, es brillante, es suntuosa, es seductora. Y Marco Andrés, que se encuentra en situación de ser ministro, piensa con amargura: « Mi mujercita es muy buena

para ama de casa. Para ministra, no. En los magníficos salones del palacio oficial, parecerá un fantasma casi invisible. Servirme, no me servirá de nada. ¡ Qué digo! Me hará daño. En cambio, la otra, tan insidiosa y tan imperiosa, tan insinuante y tan elegante, sería una señora ministra capaz de sostener á su marido en los casos difíciles, y de hacerlo admirar siempre. Además, ésta es sobrina de Tardivel, y Tardivel será Presidente del Consejo dentro de pocos días ».

Apenas se ha dirigido á sí mismo este discurso, en efecto, los periódicos le anuncian que el ministerio ha caído, y que Tardivel está llamado á formar un nuevo gabinete. ¡ Ah! ¡ si en vez de tener como esposa á Florina, estuviese casado con la otra! Y lo más cruel es que Chapart, el ambicioso Chapart que también quiere ser ministro, hace la corte á Madame de Saint-Charmeil. ¡ Cómo hacer, Dios Santo, cómo hacer! La dama coqueta é imperiosa se lo dice:

— Ante todo, tiene Ud. que renunciar á su proyecto de ley contra el divorcio. ¡ Ah! yo sé que todo el programa político de V. está basado en ese proyecto. Pero á mí no me conviene. Así, pues...

Renuncio al proyecto — contesta Marco Andrés.

— Será Ud. ministro.

En su egoísta entusiasmo, el ambicioso le confiesa á su pobre mujer sus ideas secretas. El gran escollo de su vida es ella. Entonces ella, con el corazón desgarrado, le dice:

— Me marchó... Te abandono... No quiero ser el escollo... Adiós...

En su alma amorosa, el hombre político siente el impulso de detenerla, de hablar. Pero la imagen de Madame de Saint-Charmeil surge, y calla. La cartera está ahí. La infeliz esposa se va. El nombramiento de ministro aparece. Marco Andrés ha « réussi ».

¿ Me decís que en este sentido la palabra tiene un sabor amargo? Es cierto. « Réussir », como triunfar, como « arribar », significa casi siempre hacer algún sacrificio doloroso, y dejar entre las espinas de las rosas un poco de nuestra vida interior.



Mr. Vargas, en « Réussir ».

{ Dibujos inéditos de Yves Marevéry. }



Los muebles de antiguo estilo francés son indudablemente los más buscados por las personas de buen gusto. Pero los ejemplares auténticos, á más de escasear mucho, alcanzan precios fabulosos, que se cuentan por centenares de miles de francos. En estas condiciones, estos muebles son muy difíciles de encontrar, y aún más difíciles de adquirir. Tales circunstancias han dado origen á una industria hoy floreciente, que es la de la reproducción exacta y artística de los más bellos modelos de mobiliario antiguo que se conservan en nuestros museos/nacionales.

Así pues, de las manos de nuestros constructores modernos, maestros en el arte de ebanistería, surgen de nuevo aquellas obras admirables que fueron gala de los artifices de los siglos XVII y XVIII. Los modelos que ilustran estas páginas han sido construidos por una de las casas que más justamente sobresalen en este arte, y que pone especial empeño en copiar, exclusivamente, los más bellos modelos de los museos y de las colecciones particulares (1).

Esta casa publica actualmente, con el concurso de distinguidísimos escritores, y de los conservadores de los principales museos franceses, una obra acerca de la historia del mueble, obra interesantísima cuyo prólogo, firmado por Jules Lemaitre, insertamos á continuación.

Esmerándose en continuar empleando los antiguos sistemas de construcción, con objeto de prestar más fidelidad á sus reproducciones, esta casa utiliza al mismo tiempo un procedimiento moderno, del que tiene la exclusiva, y merced al cual las piezas de marquetería no se agrietan ni se despegan, como ocurre en esta clase de muebles, al someterse á la acción de los climas extremos. Hemos tenido ocasión de ver una de las obras de marquetería construida con este nuevo procedimiento, y que luego de permanecer en agua hirviendo durante varias horas continuaba intacta, sin que ni uno de sus trozos se separase ó se resquebrajara.

Este invento subsana el gran inconveniente de las construcciones de marquetería, inconveniente del cual se quejaba en su célebre libro el gran ebanista Roubo, y que hasta la fecha había subsistido en pie.

Juzgamos estos datos del mayor interés, especialmente para nuestros lectores de la zona tropical de América, quienes, en más de una ocasión, habrán lamentado los deterioros sufridos por muebles caros traídos de Europa, y no dispuestos para afrontar tales extremos climatológicos.

Los muebles antiguos son símbolos de la historia familiar. Sus transformaciones obedecieron á la evolución de las costumbres, y por lo tanto compendian la vida del sentimiento.

Fueron primero góticos y monumentales; parecían muebles de iglesia. Usábanlos reacios hidalgos vestidos de hierro, y serenas damas piadosas. No eran, por tanto, muebles hechos en afán de comodidad.

Con el Renacimiento llegan la marquetería y el mosaico, y aparecen los muebles cincelados como joyas, y construidos por encargo de suntuosos magnates.

El estilo Luis XIV se armoniza con las pelucas; los sillones de alto respaldo parecen apropiados para conversaciones ordenadas y trascendentales.

La charla frívola del siglo XVIII exigió sitials más elegantes, y de siluetas más airosas.

(1) Establecimientos B. PEYRAT & Fils, & Cie, 107, boulevard Richard-Lenoir, Paris.



ESCRITORIO DE CORTINA, EPOCA LUIS XVI
(Museo del Louvre.)

El estilo Luis XV reúne — al fin — la gracia y la comodidad.

El estilo Luis XVI completa y depura esta elegancia refinada.

El falso estilo antiguo, del tiempo de la Revolución y del Imperio, nos regocija como una lectura de Plutarco. La rigidez de estos muebles y el carácter bélico de sus adornos de cobre: espadas, laureles, haces de lictores, responden al ambiente en que triunfan los soldados del Emperador.

Y después, nada más... ¿Puede decirse que exista realmente un estilo Luis-Felipe ó un estilo Segundo Imperio?... En cuanto al «Modern-Style», reacción del gusto contra el abuso del almohadillado y de las felpas, lo único agradable que en él encontramos, algunas veces, es su concisión frágil y la pulcritud de su brillo.

Pero los muebles no sólo nos hablan de la historia, sino también de la geografía y de los climas. Un armario normando, un bargueño flamenco ú holandés evocan ciertos paisajes, determinados aspectos de la vida y, si se quiere, las huellas de ciertas virtudes.

De tal modo, al ser expresión de una índole de vida, los muebles nos inclinan á vivir conforme á ella. Rodeados de muebles Luis XVI, antójáenos tener un alma del siglo XVIII, y los vetustos muebles familiares de roble y de nogal, amplios, resistentes y hospitalarios, nos aconsejan una vida sencilla, serena y sana, apegada á la tierra y fiel á la tradición.

Sumemos á todo esto el estímulo que nos lleva á buscar esos muebles viejos, y el placer que produce el dar con ellos, recordando que no hay mueble bello que no sea francés, ó por lo menos, que los muebles franceses sirvieron durante mucho tiempo de modelo á todos los países de Europa.

Por eso, en nuestros días, tantas gentes se dedican á la difícil y atractiva persecución de los muebles antiguos, que se hacen cada vez más escasos, hasta el punto de que es casi imposible dar con ellos, distinguiéndolos de la legión de imitaciones viles que se construyen, para engaño de los aficionados ingeniosos.

Libros enteros se han escrito dedicados á



COMODA DE ESTILO REGENCIA
(Colección Richard Wallace.)



ESCRITORIO DE LUIS XV
(Museo del Louvre.)

prevenir á los incautos contra tales asechanzas, dispuestas por comerciantes sin escrúpulos. En efecto, pululan los muebles de construcción grosera y descuidada, en los cuales se ha pretendido imitar la artística rudeza de los constructores primitivos, completando la falsificación merced al auxilio de ácidos, cuya corrosión produce una huella semejante á la de la pátina del tiempo y del uso. Y así, estos muebles maculados distan mucho de tener el noble aspecto venerable de aquellos otros pulidos por las manos de las mujeres hacendosas, al través de los años y de las generaciones.

En cambio, nos es dado encontrar copias leales y seguras, que son perfectas reproducciones hechas por manos habilidosas y honradas. Para hermanarse con sus originales, estas copias no necesitan sino del tiempo, y, en tanto, nos procuran la sensación y el ambiente del pasado que resucita.

El encanto de los muebles antiguos, considerados en su aspecto familiar, es el encanto de lo que fué, y de lo que fué, sobre todo, en nuestro hogar...

JULES LEMAITRE,
de la Academia Francesa.

Modelos reproducidos por los Establecimientos B. PEYRAT & Fils, & C^{ie}.



Elegancia Masculina

DIALOGO "BOULEVARDIER"

— Sí, querido amigo... Marcho al borde del mar. He arreglado mi equipaje en tres días.

— Pues yo marchó también, pero voy á la montaña que me agrada más que la playa.

— Ya veremos quien vuelve más contento...

— Ya lo veremos...

— Y tú ¿ qué ropa llevas para tu veraneo al borde del mar?

— ¡ No me lo recuerdes!... ¡ Todavía me hace temblar la factura que acabo de pagarle á Kriegck! Figúrate que me ha hecho dos smokings, uno negro y fuerte para las noches frescas — que al borde del mar son frecuentes — y otro de fantasía color pizarra, para las noches de calor; este último smoking se combina con chalecos blancos y con chalecos de seda de color. Además, me ha hecho un traje de playa, blanco, con americana cruzada para poderla llevar sin chaleco; otro traje de hilo para los fuertes calores, cuando se pasea en el jardín; seis trajes de diferentes colores, á rayas y á cuadros; un par de trajes del tejido llamado fresco; y en fin, un traje y un abrigo especiales para el tennis. Con esto creí tener lo suficiente, pero á última hora me encontré en casa con otro envío de Kriegck, quien pretende que me era indispensable una « jaquette » de color claro para las carreras,

otra « jaquette » blanca, y otra marrón. Para el Grand Prix de Dauville, me ha enviado, aparte, una levita oscura.

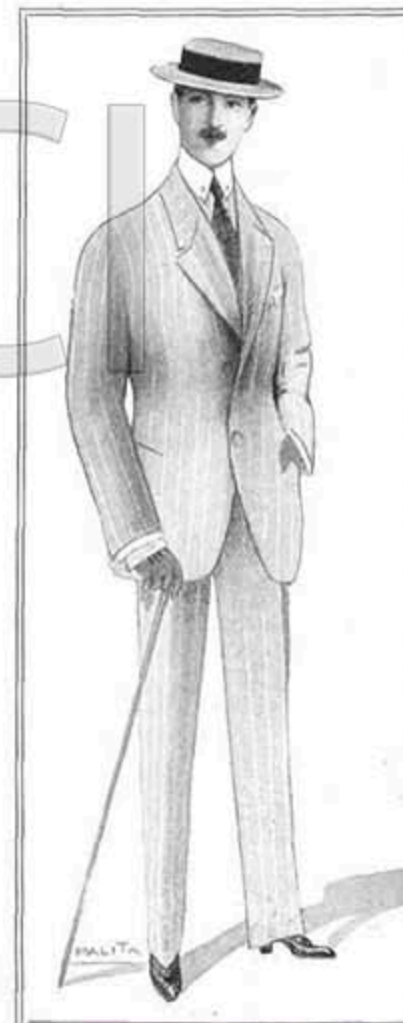
— Nada de lo que me dices me sorprende, porque otro tanto me ocurre á mí, por lo mismo que Kriegck es también mi sastre. Por ende, me ha confeccionado trajes para montaña, y puede decirse que en ese género tengo uno para cada hora del día. Además, como la especialidad de Kriegck

son los « homespuns », me ha enviado varias combinaciones de esta clase.

Los trajes son todos ligeros, especialmente los pantalones, pues dice Kriegck que se ha de conservar toda libertad en los movimientos de las piernas. Como ves, este sastre entienda también de « sport », y además es un higienista.

Hice la tontería de decirle que pensaba ir de caza, y á rajatabla me remitió una colección de ternos de Harris, porque dice que estos tejidos son los más resistentes y sólidos. Yo deseaba para estos trajes colores de hoja muerta, pero Kriegck asegura que estos matices no deben elegirse para la caza, porque se confunden de lejos con los árboles, y puede uno encontrarse con una perdigonada ó con un balazo por inadvertencia de un compañero.

Llevo también calzado especial, pero he prescindido de la gorra de caza, pues nuestro sastre dice que ya no la llevan más que los piqueros, y que sólo el sombrero debe utilizarse.



Traje de playa, modelo de la Casa Kriegck, rue Royale 23, París.



LIBROS RECIBIDOS

La Hija de Moctezuma, por H. RIDER HAGGARD, versión española de GUTIERREZ CAVADA.

Reconstituir el pasado históricamente es una labor ardua y por demás curiosa, pero reproducirlo en forma novelesca, haciendo revivir á los protagonistas de hechos trágicos ó gloriosos, interviniendo en una trama pasional, es no sólo curioso é instructivo, sino por demás interesante para toda clase de lectores.

A este género literario pertenece la obra que nos ocupa. Su autor, el eminente novelista inglés Rider Haggard, ha sabido vencer las extraordinarias dificultades que se le debieron presentar para llevar á cabo su magna reconstitución de una época histórica, destacándose vigorosamente la figura del altivo castellano y la de la poética hija del último emperador de Méjico, vencido por Hernán Cortés.

Cuando esta novela vió la luz en su idioma primitivo, fueron muchas las ediciones que se sucedieron, y seguramente ahora, traducida esmeradamente por el distinguido escritor don Carlos Gutiérrez Cavada, se hará igualmente popular entre los lectores de habla castellana.

Esta lujosa edición forma un magnífico y

elegante tomo en 4.º de 400 páginas, impreso en excelente papel y adornado con artísticas láminas de Pujol Hermann.

La Casa Editorial Maucci, que acaba de enriquecer su extenso catálogo con esta joya literaria, merece toda clase de plácemes por la publicación de este libro, en cuyas páginas late vigorosa el alma apasionada y llena de energía de nuestros antepasados.

Precio de la obra: 3 pesetas en rústica, y 5 encuadernada.

Curso de Economía política, por CHARLES GIDE, profesor de Economía Política Social en la Facultad de Derecho de la Universidad de París, y en la Escuela Nacional de Puentes y Caminos.

Este libro de texto es una ampliación del editado anteriormente con el título de *Principios de Economía política*, y responde á la extensión cada día mayor con que se estudia esta asignatura en los cursos modernos. Traducido al castellano, y primorosamente editado por la Librería de la Vda. de Bouret, este libro ha de ser indispensable para los estudiantes que deseen prepararse bien en sus exámenes.



CASA de COMPRAS en PARIS y LONDRES

Sombrerería y Camisería

Humbert & Cia

Artículos de Viaje

Novedades para hombres

AVENIDA 18 DE JULIO Y ARAPEY MONTEVIDEO



Tarde en Douarnenez, por A. Gué.



LAS PERFUMERIAS DE GABILLA

EL SUEÑO DE GABILLA • LA ROSA DE GABILLA
LA PASION LOCA • TODA LA PRIMAVERA
LOS JUEGOS Y LAS RISAS • LA VIRGEN LOCA
EL RAMO DE GABILLA

EXTRACTOS . POLVOS . ARROZ . LOCIONES

93 . B' POISSONNIERE - PARIS

DETALLE EN TODAS LAS MEJORES CASAS DE NOVEDADES

ILLUSTRACIONES



Para el higiene y la belleza de la cara.

RIS & SOURIS
Crema de Belleza.

RIS & SOURIS
Polvos de Belleza.

PERFUMES DE EXTRACTOS NATURALES
MURATI
PARIS



ILLUSTRATION PHOTO.

Crema de belleza, \$ 1,00 el tarro. — De Venta en la casa **LETE & Cia**, Sarandi, 680, Montevideo.

La RUTA de los ALPES = NIZA - THONON - ÉVIAN
(O VICE VERSA)

UNA DE LAS MAS MARAVILLOSAS ATRACCIONES TURISTAS

GRAN SERVICIO de AUTO-CARS - 1º Julio - 15 Septiembre 1913

NIZA - BRIANÇON

Auto-cars: Costa Azul. - Valle del Var. - Annot. - Col Saint-Michel (1.505 m.). - Valle del Verdon. - Beauvezer. - Col d'Allos (2.250 m.). - Barcelonnette. - Valle de la Ubaye. - Col de Vars (2.115 m.). - Valle del Queyras. - Aiguilles. - Col de Izoard (2.409 m.). - Briançon.

BRIANÇON - CHAMONIX, 2 variantes.

A. Auto-cars: Valle de la Guisanne. - El Lautaret (2.075 m.).

La Grave. - Valle de la Romanche. - Bourg-d'Oisans. - Vizille. - Uriage. - Grenoble. - Massif de la Chartreuse. - Cois de Porte (1.354 m.). - del Cucheron (1.080 m.). - del Frene (1.164 m.). - Chambéry. - Aix-les-Bains. - Puente del Abisno. - Col de Leschaux. - Annecy (tranvia). - Thones (auto-cars). - Col de los Aravis (1.500 m.). - Flumet. - Mégeve. - Saint-Gévais. - El Fayet y ferrocarril.

B. Auto-cars: Valle de la Guisanne. - El Lautaret (2.075 m.). - Col del Galibier (2.658 m.). - Saint-Jean-de-Maurienne (ferrocarril). - Saint-Pierre-d'Albigny. - Albertville (auto-cars). - Ugines. - Gargantans del Arly. - Flumet é itinerario A, ó Saint-Jean-de-Maurienne (ferrocarril). - Chambéry é itinerario A.

CHAMONIX - THONON - ÉVIAN

Ferrocarril: El Fayet. - Auto-cars: Valle del Arve. - Cluses. - Col des Gets (1.172 m.). - Valle de la Dranse.

El turista puede efectuar este maravilloso recorrido en uno ú otro sentido. Puede hacerlo por entero, ó hacer sólo una parte, según su deseo. Puede detenerse, en camino, en los centros de excursiones no servidos por la vía férrea, y permanecer en ellos.

Numerosos servicios de correspondencia P.-L.-M. por auto-cars, permiten hacer, en las mejores condiciones de confort y rapidez, las excursiones más interesantes de una y otra parte del trayecto principal.

Grandes Circulares á precios reducidos.
Circulares regionales.
Circulares de excursión.

N. B. — Para más detalles, consúltense los prospectos especiales distribuidos gratuitamente, ó el *Livret-Guide-Horaire P.-L.M.*, al precio de 60 céntimos, de venta en todas las estaciones del recorrido.



Ci. Boulanger.

LAC d'ALLOS

PUBLICACIONES ALFRED & ARMAND GUIDO
6, Cité Paradis. PARIS.

Elegancias
es
la Revista Femenina

mas UJOSA...
y de mayor.....

CIRCULACIÓN...
en los países de...
habla CASTELLANA

y PORTUGUESA
— DOS EDICIONES:

en CASTELLANO y en PORTUGUÉS.

SUSCRIPCIÓN ANUAL:
FRANCIA..... 12 francos.
UNIÓN POSTAL. 18 "

De venta en todas las librerías de España y de la América latina...
Se envía un número de muestra gratis a quien lo solicite



Automovilistas!

Adaptad en las bocinas la maravillosa pera **EOLIEN "L'ETOILE"** en caoutchouc comprimido, cuya duración es, comparada con los otros sistemas, á lo menos cuádruple (garantía absoluta)

Y POSEEREIS EL APARATO IDEAL
EL MAS SOLIDO
EL MAS PRACTICO
EL MAS ELEGANTE

Para detalles, dirigirse á MUNDIAL MAGAZINE.

Para ventas al por mayor, al fabricante

E. KALKER

Manufactura general de caoutchouc.

LILAS, cerca de Paris (Francia).

Depósito en Montevideo:

JOSE AVAÑO Y HNOS. - Cerrito, 664



EOLIEN "L'ETOILE"

ALIMENTACION .. YODADA ..

(Garantida sin yodismo)

Regenerador de la vida, del Abate Sébire

Antiguo Limosnero del Hotel-Dieu de Abbeville.

¡ 20 VECES MAS NUTRITIVO QUE LA CARNE !

Crea carnes, huesos, músculos, nervios, y substancia gris (Cerebro).

Este producto es el que con mayor eficacia sirve de base alimenticia á todos los enfermos sin excepción.

Es también un preventivo que conserva la salud.

Contiene: Algas y zoosteras marinas alimenticias en proporción de 20%, y leguminosas molidas en la de 80%.

¡ ES LA SALVACION DE LOS DESESPERADOS !

Hace engordar á los Tuberculosos que, mediante él, ganan de 3 á 5 kilos por mes.

Tiene gusto exquisito, y sólo cuesta 0 fr. 10 céntimos cada potaje, substituyendo: al pescado, á la carne, al aceite de hígado de bacalao, á los huevos, y á todos los reconstituyentes conocidos á los cuales aventaja.

Gratis y franco: Muestra para tres potajes, con explicación del método del abate Sébire, y numerosos testimonios que demuestran su eficacia sin igual. ESCRIBIR á M. le Dr de Laboratoires Marins á Enghien-les-Bains (S.-et-O.) Francia, Telé-1000: 173.

NOTA: Se desean agentes en todas partes, ofreciendo las mejores condiciones ventajosísimas, que se detallarán al responder á toda solicitud que se nos dirija.

POUR AVOIR de BELLES et BONNES DENTS
SERVEZ-VOUS TOUS LES JOURS de

SAVON DENTIFRICE VIGIER

Le Meilleur Antiseptique, 31, Faubourg, 12, B^e Bonne-Nouvelle, Paris.



Théodore CHAMPION
13, RUE DROUOT
PARIS
SELLOS DE CORREO
PRECIOS
CORRIENTES
GRATIS Y FRANCO

"ELEGANCIAS"

Es la única revista mundana
editada en Paris en lenguas
-- española y portuguesa --

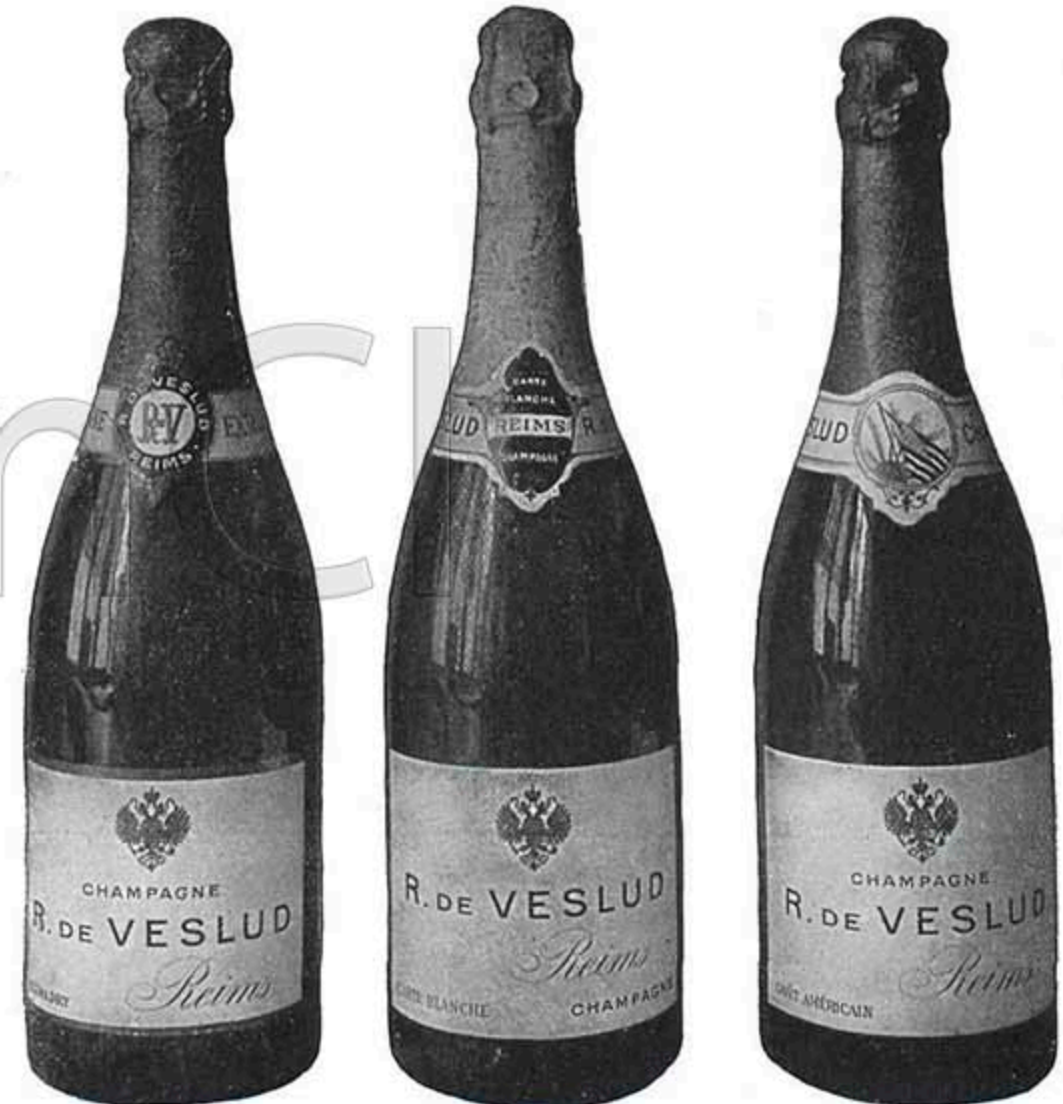
DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

GRANDES VINOS DE CHAMPAGNE

R. DE VESLUD

Reims

P. CHEVRIER SUCESOR



AGENTE GENERAL PARA LA EXPORTACION
M. DUBLANCHET - 24, Rue Traversière - Paris

¡ El Tango triunfa en todas partes !

Hommage à M.M. GUIDO, directeurs de "MUNDIAL" et "ELEGANCIAS"

Elegancias
NOUVEAU
TANGO ARGENTIN

Depósito para la América del Sud :
Société des Editions et Compositions Musicales
817, Avenida de Mayo, BUENOS-AIRES

Depósito para la América del Sud :
Société des Editions et Compositions Musicales
817, Avenida de Mayo, BUENOS-AIRES

PIANO SEUL
2^e net 2,- net

ORCHESTRE
2^e net 2,- net

PAR
A.G. VILLOLDO
compositeur du
"VRAI TANGO ARGENTIN EL CHOCLO"
ET DU CÉLÈBRE TANGO "EL ESQUINAZO"...

ÉDITIONS EDOUARD SALABERT
(FRANCIS SALABERT)
22, Rue Chauchat, 22, PARIS
Londres, J.R. Lafleur and Son, 147, Wardour str. W.

El célebre compositor argentino, el Maestro VILLOLDO, acaba de componer el nuevo Tango

“ ELEGANCIAS ”

dedicado a todos los lectores de nuestro "Magazine", el cual está haciendo ya furor en todos los cursos de danza parisienses.

La pieza para piano será remitida bajo recepción de 2 francos dirigidos al
Editor SALABERT, 22, Rue Chauchat, Paris,
en cuya casa se encuentran todos los éxitos a la moda.

CORDIALEMENT A MESSIEURS ALFRED ET ARMAND GUIDO

MUNDIAL DANCE

MARCHE ONE-STEP
POUR PIANO
PAR ANTONIO PARERA

ÉDITIONS EDOUARD SALABERT
(FRANCIS SALABERT)
22, Rue Chauchat, 22
PARIS

PRIX NET 2 FR^s

F. DUMAT

GRAN EXITO PARA PIANO

Dirigir los pedidos a : **Editions Edouard Salabert**
22, Rue Chauchat, PARIS.

Envío por correo contra remesa de 2.50 fcos.



Perfumeria A. EUZIERE

PARIS
89 RUE D'HAUTEVILLE

USINE A GRASSE
(ALPES-MARITIMES)



Especialidades para Reclamos



TARJETAS
POSTALES
Y
TARJETAS
ARTISTICAS
EN HELIOGRABADO

Cromos á recortar
Muñecas - Construcciones.

Calendarios para bolsillo

Textos en
FRANCES, INGLES, ESPAÑOL Y PORTUGUES

Ch. DUFFIT

62, Boulevard de Strasbourg, PARIS
TELEFONO 451-97

Artículos para Reclamo.

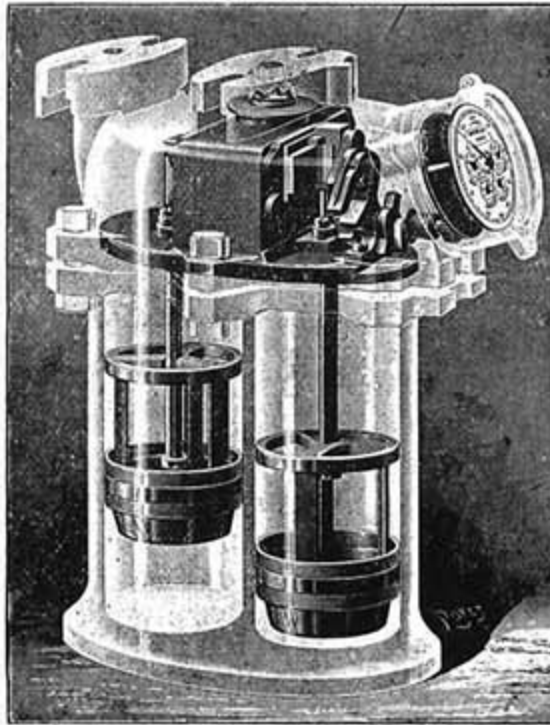
ANTIGUA CASA MICHEL & C^o

Compañía para la Fabricación de Contadores

Y MATERIAL PARA TALLERES MOVIDOS A GAS

Sociedad anónima: Capital 9.000.000 de francos.

16 y 18, Boulevard de Vaugirard, Paris.
Dirección telegráfica: Compto-Paris.



Contador para Agua, Sistema Frager (Modelo 1883 bis).

CRÊPE DE SANTÉ RUMPF

Exigir siempre esta marca de fábrica
Paris 1900. Fuera de concurso, Miembro de jurado.
La casa más antigua y apreciada en artículos para
señoras, hombres y niños. Camisetas, camisolas
(mangas cortas y largas) calzoncillos. Enaguas
de hilo de Escocia, lana, y lana y seda.



De venta
en todos
los
grandes
almacenes
y buenas
casas

Representante
para la
exportación á
los países de
la América
del sur

E.H.EPP, 94 Rue Lafayette PARIS.

A. & L. BEAUDET Frères

Cosecheros de Vinos de todas clases
BEAUNE, COTE-D'OR (Francia)



Chateau de la Tour au Clos de Vougeot

IMPORTANTES PROPIEDADES en la COTE-D'OR y en BEAUJOLAIS

AGENTE GENERAL PARA LA EXPORTACION
M. DUBLANCHET — 24, rue Traversière — PARIS

HOTELES DE FRANCIA

VILLA DE LAS FLORES 11, Rue Vineuse (Trocadero), Paris
HOTEL PARTICULAR - PENSION DE FAMILIA Confort moderno. Gran Jardin. Cocina exquisita y de régimen. Reunión de Hispano-Americanos.

HOTEL PENSION SAN RAFAEL
5, RUE DES PYRAMIDES, 5 PARIS

ASCENSOR : ELECTRICIDAD : CUARTOS DE BAÑOS
CALEFACCION CENTRAL : COCINA EXCELENTE

HOTELES DE INGLATERRA

ST. JAMES PALACE HOTEL

AND RESTAURANT, Burg street. St James, London S. W.

Recientemente construido, con los adelantos más modernos, en el barrio más selecto. Cocina y Servicio sin igual. Tarifamódica. Dirección Telegráfica: "Suppings London". Teléfono: 5500 y 5501. Mayfair T. R. - Sartori, Gerente.

HOTELES DE ITALIA

GENOVA
HOTEL EXCELSIOR Via Carlo Felice, 4. — Posición central.
GENOVA
EDEN PALACE HOTEL En un magnífico jardín.

GENOVA
GRAND HOTEL DE GENES RESTAURANT FRANCES
SAN REMO
ROYAL-HOTEL BERTOLINI Propietario - De primer orden. - Magnífico jardín. - Garage.

NAPOLIS **BERTOLINI'S PALACE HOTEL**
De primer orden. — Abierto todo el año. — Parque y jardines. — El mejor panorama del mundo. — Arreglos para temporadas. Dir. Tel. BERTOLINI-NAPOLIS.

HOTELES DE SUIZA

LUGANO
EL GRAND HOTEL y LUGANO-PALACE Confort moderno. - Prop. : BUCHER-DURRER - A orillas del lago
ZURICH
SAVOY HOTEL Confort moderno

CLARENS - MONTREUX
GRAND HOTEL DE CLARENS Casa de familia de primer orden.
ZURICH
GRAND HOTEL VICTORIA Frente a la estación central

MONTREUX
GRAND HOTEL EXCELSIOR Casa de familia de primer orden. - Cuartos con baños.
CAUX (Cerca de Montreux)

ZURICH
HOTEL BAUR AU LAC Confort moderno — A orillas del lago
PALACE-HOTEL CONFORT MODERNO

THE **London and River Plate Bank Ltd**

Fundado en 1862 PRINCES STREET, LONDON, E. C. Fundado en 1862

Capital suscrito...£ 3.000.000 | Capital realizado. £1.800.000 | Fondo de reserva. £2.000.000

CONSEJO DE ADMINISTRACION

Presidente : M. E. Ross Duffield — Administrador-delegado : M. R. A. Thurburn
JOHN G. GRIFFITHS :: : DAVID SIMSON :: : KENNETH MATHIESON :: :
Hon HUGO BARING :: : HERMAN B. SIM :: : WILLIAM THOMAS BRAND.

SUCURSALES

Paris Anvers Buenos-Aires Barracas al Norte Boca del Riachuelo Once de Setiembre	Calle Santa Fé Calle B. de Irigoyen Mendoza Rosario Bahía Blanca Concordia	Córdoba Tucumán Paraná Montevideo Río-de-Janeiro Pernambuco	Pará Santos Curlytba Victoria Sao Paulo Bahía Valparaíso
---	---	--	--

AGENCIAS : Paysandú, Salto (Uruguay), New-York, Manaus (Brasil).

Emisión de cartas de crédito, letras, transferencias telegráficas, adelantos, cobranzas y compra de letras de cambio. Cobro de valores y cupones de la República Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, etc. — Depositos a plazo fijo.

SUCURSAL DE PARIS : 16, RUE HALÉVY

Dirección telegráfica : PAMPAS, PARIS

BANCO ITALIANO del URUGUAY

MONTEVIDEO (Uruguay) 207, Calle Cerrito, 207

SUCURSALES EN PAYSANDU Y MERCEDES

DIRECTORIO

Presidente : J. A. CRISPO BRANDIS — Vice-Presidente : DON BUENAVENTURA CAVIGLIA — Secretario : LUIS GAMINARA
Director-Gerente : DON ALEJANDRO TALICE — Vocales : DON CARLOS ANSELMI, HECTOR TRABUCATI, DON VICENTE COSTA

Capital autorizado \$ 5.000.000 00
Capital suscrito y realizado.. . . . \$ 3.000.000 00
Fondo de reserva. \$ 850.000 00
Fondo de previsión \$ 150.000 00

Corresponsal especial de la Banca d'Italia y Banco di Napoli.

Para remesas y Giros Postales sobre todas las ciudades y pueblos de Italia.

El Banco emite : Cartas de Crédito, transferencias telegráficas, letras de cambio, a la vista y a plazo sobre los principales Bancos y banqueros de Italia, Inglaterra, Francia, Alemania, Austria, Bélgica, España, Portugal, Estados Unidos de América, República Argentina y Brasil, etc., y da giros postales sobre todos los pueblos de Italia, España, Francia y sus respectivas colonias.

Se ocupa en general de todas las demás operaciones de Banco.

Para comodidad de los trabajadores, el Banco está abierto todos los domingos de 10 a 11 a. m., para el servicio de Caja de Ahorros y giros sobre Italia y exterior.

TASA DE INTERESES

Hasta nuevo aviso :
Paga. — Por depósitos en cuenta corriente
a la vista 1 % al año
A retirar 30 días de aviso. 1 1/2 %
A plazo fijo de 3 meses. 3 %
Id Id de 6 meses. 4 %

CAJA DE AHORROS

Recibe cualquier cantidad y paga los intereses siguientes :
Sobre depósitos a la vista, después de 30 días cumplidos 1 % al año
Sobre depósitos a 3 meses. 3 %
Id id de 6 meses. 4 %
Cobro. — Anticipos en cuenta corriente. Convencional

ADMINISTRACION DE PROPIEDADES

El Banco, desde hace tiempo, se ocupa de la Administración de Propiedades, mediante una módica comisión, teniendo instalada una oficina especial, la que se encarga, además, del cobro de alquileres y remesa de fondos a cualquier punto de la República y el Extranjero, a indicación de los interesados.

DEUDA ITALIANA

El Banco compra y vende por cuenta de terceros dichos títulos, y hace el servicio de intereses en el Río de la Plata, de acuerdo con la Banca d'Italia del Reino Italiano.

CAJA DE SEGURIDAD

El Banco alquila al público, a precios módicos, cajas de seguridad de varios tamaños, instaladas en el subsuelo de su propio local, de absoluta seguridad, contra incendio, robo, etc.

COMPTOIR NATIONAL d'ESCOMPTE DE PARIS

CAPITAL : 200 MILLONES DE FRANCO

CASA CENTRAL : Rue Bergère, 14
SUCURSAL : 2, place de l'Opéra, París

Presidente del Consejo de Administración :
M. Alexis ROSTANG, C. *
Vice-Presidente Director : M. E. ULLMANN, O. *
Administrador Director : M. P. BOYER, *

OPERACIONES DEL COMPTOIR

Bonos á plazo fijo. Descuento y cobros negociación de cheques. Compra y venta de monedas extranjeras. Cartas de crédito, Ordenes de bolsa. Préstamos sobre Títulos, Cheques, Letras. Envios de fondos á Provincias y Extranjero. Suscripciones. Custodia de títulos. Préstamos marítimos hipotecarios. Garantía contra los riesgos de reembolso á la par Pago de cupones, etc.

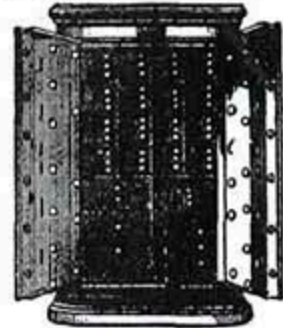
AGENCIAS

41 Agencias en París.
16 id. en los alrededores.
180 id. en provincias.
11 Agencias en las colonias y países de protectorado.
12 Agencias en el extranjero.

ALQUILER DE CAJAS PARA CAUDALES

El Comptoir tiene un servicio de cajas para caudales á la disposición del público, 14, rue Bergère; 2, place de l'Opéra; 147, boulevard St-Germain; 49, avenue des Champs-Élysées, y en las principales agencias.

GARANTIA Y SEGURIDAD
ABSOLUTAS



COMPARTIMENTOS DESDE
5 FCS AL MES

BONOS A PLAZO FIJO

Intereses pagados sobre las sumas depositadas
De 6 á 11 meses. 1 1/2 0/0 | De 1 á 2 años..... 2 0/0
De 2 á 4 años..... 3 0/0

ESTACIONES BALNEARIAS

El COMPTOIR NATIONAL tiene agencias en las principales estaciones balnearias; estas agencias tratan todas las operaciones como la casa central y las demás agencias, de manera que los extranjeros, los turistas y los bañistas, pueden continuar ocupándose de negocios durante sus viajes.

CARTAS DE CREDITO PARA VIAJES

El COMPTOIR NATIONAL d'ESCOMPTE, expende Cartas de Crédito circulares pagaderas en el mundo entero por sus agencias y corresponsales; estas cartas de crédito van acompañadas de un cuaderno de identidad y de indicaciones, ofreciendo á los viajeros las mayores comodidades, al propio tiempo que una seguridad incontestable.

Salones (Administración central, 14, rue Bergère, para los acreditados) Sucursal, 2, place de l'Opéra.

Las operaciones que trata el Comptoir con el Extranjero están centralizadas en un Departamento especial, que hace la correspondencia en los principales idiomas del mundo.

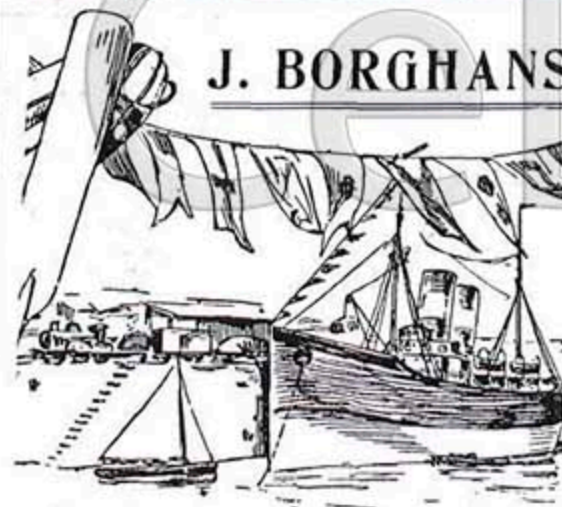
Para CATÁLOGOS ANUNCIOS TARJETAS ARTISTICAS



TELÉFONO
418-37

TODO LO CONCERNIENTE
Á PUBLICIDAD.

J. BORGHANS



PARIS # 32, rue d'Hauteville, 32 # PARIS
AGENCIA GENERAL MARITIMA

Tránsito, Seguros, Transportes á destajo.

Dirección teleg. general : "BORGHANS"

CASAS EN AGENTES EN
LE HAVRE, 51, quai d'Orléans. BURDEOS, DUNKERQUE,
AMBERES, 2, rue Jan Van Lier. MARSELLA, LIVERPOOL,
HAMBURGO, Dovenhof. LA PALLICE, GENOVA

SERVICIO ESPECIAL PARA LA AMÉRICA DEL SUR
Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay, etc.

Recepción á domicilio de las mercaderías, agrupamiento, embalaje, reexpedición, seguro y despacho de aduana, con facultad de pago á la llegada de las mismas.

Vida anecdótica y pintoresca de los Grandes Escritores

CADA TOMO DE 200
PAGINAS CONTIENE
45 ILUSTRACIONES
- DOCUMENTALES -

Precio: En rústica. . . . 2 fr. 25
— En pasta flexible 3 francos

Acaba de publicarse :



Retrato de Stendhal (Enrique Beyle).

STENDHAL

por A. SÉCHÉ

Traducción de José FRANCÉS

La vida de Enrique Beyle, que ha inmortalizado el seudónimo de Stendhal, encierra todo el interés apasionado de una novela, porque el mismo, que ya se describió en un libro, es un personaje verdaderamente novelesco. De Stendhal, estudiante, empleado, sub-oficial y comisario, puede decirse que tuvo otra ocupación más alta: la de amar, que se inició en él muy niño, cuando ni siquiera podía discernir lo que era amor, y terminó con él en la tumba. Pero Stendhal, gran analista, gran psicólogo, incomparable conocedor del corazón humano en *La Cartuja de Parma* y en *El Rojo y el Negro*, erraba siempre lastimosamente cuando se trataba del corazón de las mujeres reales que enamoraba, y este peregrino contraste que se advierte entre el gran escritor y el hombre, anima y presta singular interés á la presente obra, que está esmaltada con numerosas anécdotas y aventuras del egregio autor de la *Cartuja*.

EN LA MISMA COLECCION : PUBLICADOS :

George SAND -:- Lord BYRON -:- GOETHE -:- BALZAC -:- TOLSTOY
VICTOR HUGO -:- BAUDELAIRE -:- VOLTAIRE -:- A. de MUSSET

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS Y EN LA SOCIEDAD DE EDICIONES
LOUIS-MICHAUD 168, Boul^d Saint-Germain, PARIS
2065, Calle Estados Unidos, BUENOS AIRES

Cómo poseer un olor fragante y particular a cada una

El mayor y último triunfo del arte de la perfumería Parisiense.



Hasta con todos los perfumes conocidos y de más fama que se venden ahora, las mujeres están obligadas a tolerar la misma vejación, y hallarse un día u otro en el caso de ver que otra se ha apropiado su perfume preferido. Sin embargo, nada da a la mujer un encanto tan seductor como un esfluvio delicado de un olor verdaderamente bueno.

Después de una larga serie de experiencias, un Francés, especialista en perfumería, ha descubierto recientemente una combinación de ingredientes basada sobre esencias de flores naturales, que tiene la propiedad muy extraordinaria de adaptarse de una manera enteramente diferente sobre cada epidermis, con el contacto de la cual la ponen; entonces produce un olor personal y particular a cada persona que la usa. Ese producto único y enteramente nuevo es vendido únicamente por

TOKALON

BAJO EL NOMBRE DE

PARIS

Parfum "Petalias"

Es tan reconcentrado, que la más pequeña gota es suficiente para producir un efecto maravilloso y persistente. Cuando ese perfume es empleado por una morenita, se desprende una mezcla misteriosa que se parece un poco a la rosa, al clavel ó al ciclamen, mientras que en una rubia el olor se parece más a la violeta, heno cortado, lilas ó muguete; pero no hay regla invariable, y según la piel con la cual está en contacto el perfume "PETALIAS", se transforma en un olor personal, exclusivo y siempre muy fino, muy raro, muy persistente.



Después de haber probado el perfume "PETALIAS", la mayoría de las mujeres no querían emplear polvos preparados con otras esencias; por eso, unos polvos especiales perfumados con "PETALIAS", y que tienen las mismas propiedades, han sido preparados. Esos polvos son un complemento perfecto del perfume "PETALIAS", y poseen una frescura y dan un aterciopelado sin igual. Ellos adhieren perfectamente a la piel y son enteramente invisibles, dando únicamente a la tez ese airecillo realmente parisiense, y que es indispensable a toda mujer verdaderamente elegante. Un tarro rico de perfume "PETALIAS", de 90 gramos, y una hermosa caja de polvos "PETALIAS", son combinados y vendidos en un bonito cofrecito cuyo dibujo hallará al lado.

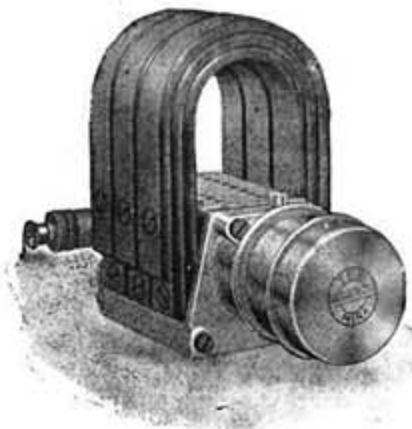
"PETALIAS" es un perfume para todos, para el millonario y para la persona de situación más modesta, porque su olor es enteramente diferente sobre cada uno y es siempre personal. Ud. puede poseer su propio perfume, y por un precio verdaderamente bajo. Pida Ud. en seguida ese nuevo y único

Cofrecito "Petalias"

que se halla en todas las casas importantes de perfumerías de la América del Sur.

Depósito en Montevideo

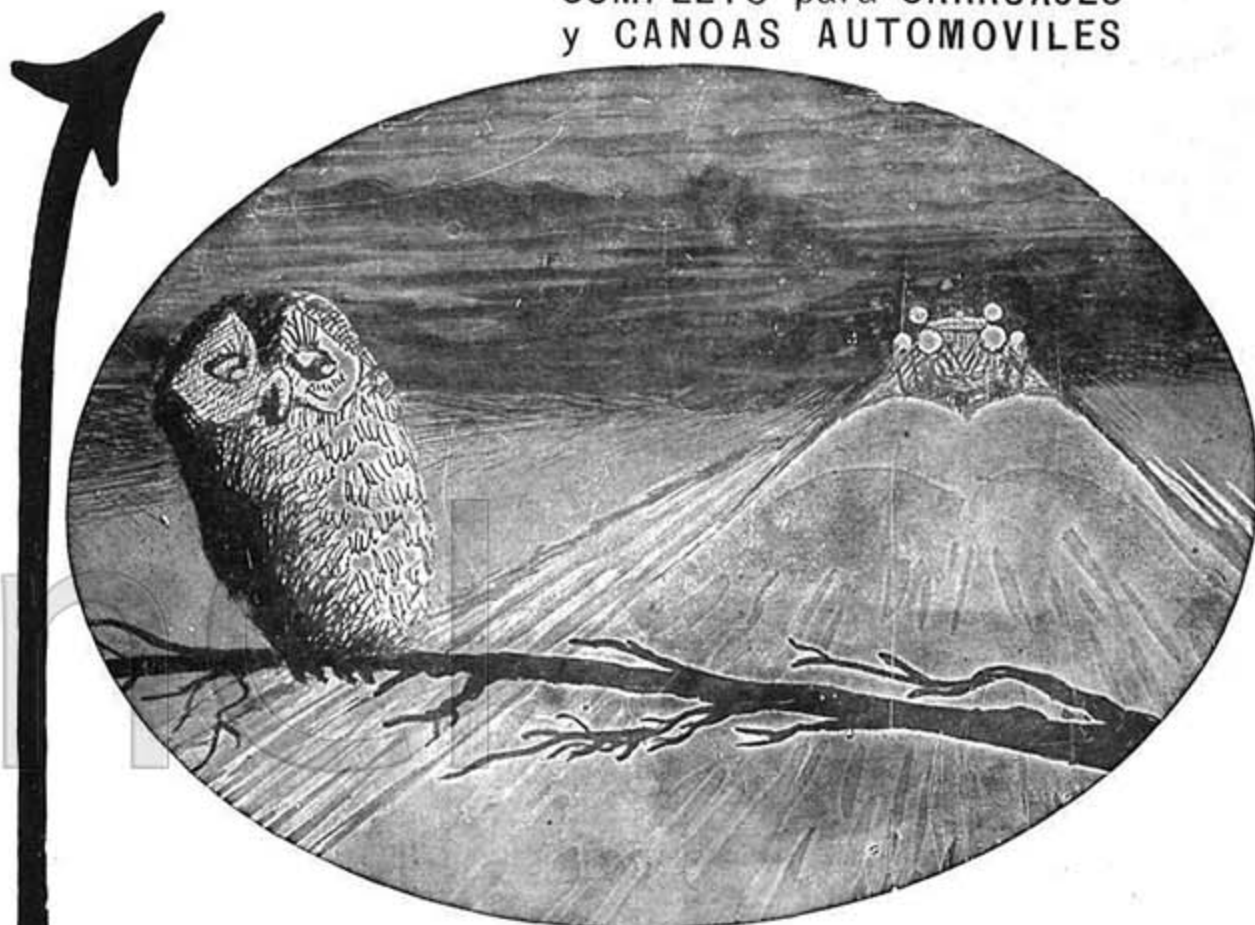
HUMBERT & Cia, Avenida 18 Julio y Arapey,
Francisco L. CABRERA, Suc., Sarandi, 685-7.



DINAMO MIRA-MESTRE 12 volts.

ALUMBRADO ELECTRICO

COMPLETO para CARRUAJES
y CANOAS AUTOMOVILES



¡¡¡ Como !!! ¡ Tan pronto de día !

POR EL

DINAMO "MIRA-MESTRE"

DINAMO 12 volts, cuadro de Distribución, Bateria de acumuladores, proyectores, linternas, alambres y accesorios para montaje. Precio 950 frs.

PRECIOS Y PRESUPUESTOS DE INSTALACION SOBRE PEDIDO

Pídanse informes a

MESTRE & BLATGÉ

46, Avenue de la Grande-Armée, PARIS — 5, 7, 18, rue Brunel.

La casa más importante del mundo para accesorios de automóviles.

EL GLOBÉOL

es el combustible ideal para el Motor Humano

El GLOBÉOL es, con relación al organismo, lo que la antracita ó el petróleo son con relación al motor mecánico.



EL GLOBÉOL es mucho más activo que la carne cruda, la kola, el licor de Fowler, la hemoglobina comercial, los ferruginosos, y todos los demás tónicos.

*Anemia
Convalecencia
Tuberculosis
Cuarentena
Neurcstenia
Crecimiento
Formación
de las jóvenes
Edad crítica*

Comunicación á la Academia de Medicina en 7 de Junio de 1910, por el doctor José Noé, antiguo jefe de la Facultad de Medicina de Paris.

Un motor cualquiera no se alimenta exclusivamente de aire, y esto mismo puede decirse del motor de explosiones, en el cual el oxígeno atmosférico desempeña sin embargo un papel considerable.

Para que una máquina funcione, es menester una provisión de esencia, de benzol, de alcohol, de gas, etc., y cuando esta provisión está próxima á agotarse, la máquina renquea, y, por último, se para.

El motor vivo, el motor humano, por ejemplo, está sometido á la misma ley. En realidad, es un motor análogo á los demás; podría clasificarse entre los motores térmicos, sin más diferencia que su mayor complejidad y su extraordinaria delicadeza. Pero á semejanza de los demás motores, necesita de combustible servido con regularidad, tanto por el aire atmosférico introducido en los pulmones, como por los alimentos introducidos en el tubo digestivo. Todo esto se transforma en un líquido nutritivo especial que se llama sangre, y que nutre al motor vivo infinitamente mejor que todos los combustibles á los motores mecánicos.

Para que el motor humano funcione como debe, para que con el minimum de fatiga produzca el maximum de trabajo, es indispensable que se alimente de modo continuo con sangre rica y pura. Si la sangre se agota, se empobrece ó se corrompe, ocurre con el organismo lo propio que con un motor que carece de combustible, ó que funciona con un combustible de mediana calidad: anda mal, ó se para.

El remedio es bien fácil: consiste, sencillamente, en procurarse buen combustible, capaz de suministrar, si es posible, el maximum de energía con el minimum de vo-

lumen, y sin dejar residuo. Este combustible para motor humano no se encuentra en la carbonería ó en la tienda de un lampista: se vende en las farmacias, y es el GLOBÉOL.

El GLOBÉOL posee, en efecto, sangre verdadera, integral y viva. (Lo he dicho cien veces y lo repetiré otras tantas). Y esta sangre que contiene el GLOBÉOL no carece de nada, bastando por tanto para proveer al motor humano de calor animal, de energía motriz, y de elementos dinamiógenos autorregeneradores, antidóticos y estimulantes.

Emprender una cura de GLOBÉOL es, en suma, preparar y aun anticipar la obra reparadora de la naturaleza, cuando ésta no se basta por sí sola, á causa de su cansancio, para saldar los déficits orgánicos.

Recuérdese la experiencia cien veces llevada á cabo, y en virtud de la cual, ocho únicas píldoras de GLOBÉOL por día dan á la sangre 500 millones de glóbulos rojos nuevos, en cada jornada.

Acabaré recordando que el GLOBÉOL ha sido objeto de una comunicación hecha á la Academia de Medicina (7 de Junio de 1910) por el doctor José Noé, antiguo jefe de laboratorio de la Facultad de Medicina de Paris.

EMILE GAUTIER

N.-B. — Se encuentra el GLOBÉOL (2 píldoras en cada comida) en todas las buenas farmacias y en los Establecimientos Chatelain, 207, boulevard Pereire, Paris. — El frasco, franco, 7 francos: la cura integral (4 frascos) franco, 26 francos.